

fichas

de investigación económica y social

año 1 número 2 julio 1964



WRIGHT MILLS

concurso de trabajos sobre
C. Wright Mills:
 valor de sus críticas
 a la sociología norteamericana
 y al marxismo

La revista FICHAS invita a sus lectores a participar en este concurso, cuyas bases se exponen a continuación.

- 1 Los trabajos constarán de un máximo de 15.000 palabras. Se requieren dos ejemplares, dactilografiados, a interlineado doble, sobre un solo lado del papel.
- 2 Los trabajos deberán ser enviados antes del 1 de diciembre de 1964 dirigidos a JS, Casilla de Correo 37, Sucursal 34 B.
- 3 El jurado estará integrado por la Junta de Editores de FICHAS.
- 4 Se otorgará un primer premio de \$ 20.000 m/n. y un segundo premio de \$ 10.000 m/n.
- 5 El resultado será dado a conocer en el primer número de FICHAS correspondiente al año 1965.
- 6 Serán publicados todos los trabajos recibidos.

ARTICULOS

C. Wright Mills	3	Los Marxistas i. Reglas para Críticos
C. Wright Mills	8	Los Marxistas ii. Observaciones Críticas
C. Wright Mills	22	Los Marxistas iii. ¿Nuevos Comienzos?
Irving L. Horowitz	25	Los Escritos Inconclusos de C. Wright Mills: La Ultima Fase
Hans H. Gerth	34	C. Wright Mills, 1916-1962.
Alfredo Parera Dennis	37	Gino Germani Sobre W. Mills o las Enojosas Reflexiones de la Paja Seca Ante el Fuego
Oscar Morgenstern	49	A Propósito de las Estadísticas del Consejo Nacional de Desarrollo: i. "Quien Comienza a Contar Comienza a Errar".
Víctor Testa	54	ii. Las Cifras Cambian, el Estancamiento Queda
Víctor Testa	58	Significación del Capital Internacional en la Industria Argentina: i. El Capital Norteamericano.
Alexander Erlich	72	El Debate Sobre la Industrialización Soviética, 1924-1928. i. La Posición de Preobrazhenski.

SECCIONES

Fichas de Actualización Profesional	79	La Noción de Estructura.
--	----	--------------------------

EDITOR RESPONSABLE

Editorial Data (s.e.c.p.a.)

JUNTA DE EDITORES

Héctor Carlos W. Diéguez, Manuel López Blanco,
Alfredo Parera Dennis, Gustavo Polit, Daniel
Speroni, Víctor Testa

DIRECTOR

Manuel López Blanco

ARTE

Ernesto Rollé

DISTRIBUCION

A. Peña Lillo

INTERIOR

DISTRIBUCION

Pedro Sirera

KIOSCOS

BRASIL

Estados Unidos y Latinoamerica

Leo Huberman
Paul M. Sweezy

LA LUCHA DE LOS PUEBLOS AFROASIATICOS

Gregorio Goldenberg

**MONTHLY
REVIEW**

SELECCIONES EN CASTELLANO

junio 1964

AÑO 1

11

REVISTA MENSUAL DE INVESTIGACION POLITICA INTERNACIONAL

EDITORIAL PERSPECTIVAS

Los marxistas

I. Reglas para críticos

C. Wright Mills

5. Reglas para los críticos del marxismo

LOS CRITICOS a menudo confunden el marxismo de Marx con el de los marxistas posteriores, y tienden a mezclar sus aspectos políticos e intelectuales. Clasificando los diferentes tipos de información y de argumentos que son relevantes para "aclararse las ideas acerca del marxismo" estaré también en condiciones de aclarar los fundamentos de mi propia crítica.

1

A juzgar por quienes lo practican como por quienes lo critican, parecen existir por lo menos tres tipos intelectuales de marxismo: el Marxismo Vulgar, el Marxismo Sofisticado, y el Marxismo a secas. Los marxistas vulgares toman ciertos aspectos ideológicos de la filosofía política de Marx e identifican a éstas partes con el todo. Esto es verdad tanto para los adherentes como para los críticos. En este lugar no necesitamos decir más acerca de este tipo.

Los marxistas sofisticados son mucho más complicados. Fundamentalmente, ellos se interesan por el marxismo como un modelo de la sociedad, y por la teoría desarrolladas con ayuda de ese modelo. Las excepciones empíricas a las teorías son relegadas a un plano subordinado; para responder por esas excepciones se elaboran nuevas teorías de modo tal que no sea necesaria la revisión del modelo general. Luego

He aquí tres capítulos decisivos de Los Marxistas, último libro de Wright Mills, "Reglas para Críticos", en el cual se elucidan los criterios adecuados para una crítica honesta del marxismo y se establece el esquema referencial dentro del cual Mills elabora su propia crítica. "Observaciones Críticas", en el cual Mills examina las principales teorías de Marx a la luz de las nuevas realidades sociales, apuntando algunos errores y ambigüedades. Y finalmente "Nuevos comienzos?", donde Mills expone la variedad de tendencias y sociedades en que hoy día se encarna el marxismo, los nuevos comienzos que se insinúan dentro del bloque soviético y los interrogantes que encierra el futuro para las sociedades socialistas.

estas teorías son retrospectivamente leídas en los textos de Marx. Siempre es posible salvar una teoría agregándole explicaciones suplementarias; si se supone que la teoría es cierta, entonces, por supuesto, uno puede encontrar explicaciones para los hechos discordantes de modo que “realmente” no contradigan la teoría. Sin duda, algo de esto, está pasablemente bien; es sólo una elaboración y un refinamiento de la teoría. Pero llega un momento en que las hipótesis suplementarias se vuelven tan voluminosas, los casos discordantes son tan aplastantes, que toda la teoría o incluso el modelo se transforman en algo torpe. A esta altura, el marxismo se torna “sofisticado” en un sentido obscurantista e inútil.

Por ejemplo: 1) es verdad, admite el marxista sofisticado, que los obreros asalariados en las sociedades capitalistas avanzadas no son revolucionarios; no son ni siquiera un proletario con conciencia de clase. 2) Pero, argumenta, esto es así a consecuencia de la intensa propaganda capitalista, de los pseudos dirigentes obreros que dominan los sindicatos, de la “aristocracia obrera” que es sobornada por las potencias imperialistas, de los traidores que dirigen los partidos obreros socialdemócratas.

Las admisiones del hecho (afirmación 1) parecen desmentir la teoría básica, la proletarianización de los trabajadores, pero existen explicaciones suplementarias (2) contenidas en la teoría, o constituyen ellas nuevas teorías? Las explicaciones sugieren el rol decisivo, y aparentemente autónomo del aparato cultural, como parte de la superestructura, en la formación y persistencia de las ideologías políticas, el problema de la mediación entre base y superestructura, el papel de la organización social y política en la vida de una clase económica; la durabilidad del capitalismo monopolista como un sistema económico y su estabilidad política como un tipo de sociedad; los efectos sobre las expectativas de Marx acerca de la diferenciación ocupacional y de ingresos en el seno de los asalariados, con la consecuente necesidad de categorías más refinadas para la clase misma. Todas éstas son, por lo menos, modificaciones extremas de la teoría básica.

El estilo de los marxistas más sofisticados los lleva a tratar las predicciones de Marx, no como acontecimientos a suceder, sino en términos cercanos a su *modelo*, siempre con la calificación de “si todo lo demás permanece igual”.

Por ejemplo, ellos ven en el Volumen I de “El Capital”, donde se establece la teoría de la miseria creciente, un modelo abstracto en el cual Marx introduce luego más elementos empíricos. Por lo tanto llegan a la conclusión de que Marx realmente no está equivocado acer-

ca de la miseria creciente. Esta es una estrategia confusa y lleva a la confusión.

Es correcta en general si se la usa sólo para juzgar o para alabar a Marx como una figura histórica, y como un cuidadoso pensador. Pero es incorrecta y conduce a error si se la emplea para afirmar o para implicar que la obra de Marx es relevante acerca de cualquier punto de referencia específico en la sociedad de nuestros días.

Los marxistas sofisticados generalmente están comprometidos en la actividad marxista habitual, tanto política como intelectualmente. En consecuencia, tienden a incorporar en el “marxismo” toda la tradición de la sociología, anterior y posterior a Marx. Algunos conocen muy poco aparte de Marx; ellos no han asimilado la totalidad de la tradición sociológica, en cuyo interior la gran conversación con Marx es un aspecto muy importante, pero sólo uno. Para ellos no hay “ciencia social” que valga la pena; sólo existe la ciencia social marxista.

De tal modo, tienden a encoger y a estirar las ideas marxistas para acomodarlas a los nuevos hechos, y a confundir el modelo general de Marx con teorías específicas. Con frecuencia se rehusan a abandonar la terminología de Marx, incluso cuando ésta es obviamente ambigua e inadecuada por completo. En el mejor de los casos, éste estilo de pensamiento es tedioso y entorpece innecesariamente el análisis. En el peor, se convierte en un sustituto de la reflexión y de la investigación, en una forma sofisticada de fabricar slogans.

Los marxistas a secas (ya sea que estén de acuerdo o en desacuerdo con él) trabajan en la propia tradición de Marx. Entienden que Marx, y también muchos marxistas posteriores, constituyen firmemente una parte integrante de la tradición clásica del pensamiento sociológico. Tratan a Marx de modo erudito, como a cualquier gran figura del siglo XIX; tratan cada fase posterior del marxismo como históricamente específica. Coinciden generalmente en que la obra de Marx exhibe las huellas características de la sociedad del siglo XIX, pero que el modelo general y el estilo de pensamiento de Marx, son ejes para su propia historia intelectual y siguen siendo relevantes para sus intentos de aprehender los mundos sociales del presente. Tal es, por ejemplo, el punto de vista de Isaac Deutscher en sus biografías y en sus análisis del mundo soviético, y el de Joan Robinson en sus *Ensayos sobre economía y marxismo*. Tal es también, por supuesto, el punto de vista adoptado por el presente ensayo.

Otros intentos de caracterizar a los marxistas a secas incluyen frases tales como los marxistas de Edward Thompson, los marxistas del

corazón de George L. Moore, y lo que muchos escritores mencionan como la *tradición marxista*, opuesta a cualquier marxismo rígido e institucionalizado.

Aunque sin agotar en modo alguno la lista, entre los marxistas a secas se encuentran pensadores tan diversos como el último W. Moors, Antonio Gramsci, Rosa Luxemburgo, G. D. H. Cole, George Lukacs, Christopher Coud Well, Jean Paul Sartre, el último John Strachey, George Sorel, Edward Thompson, Lazlo Kolokorosky, Williams A. Williams, Paul Sweezy y Erich Fromm.

Políticamente, los marxistas a secas han estado, por lo general, entre los perdedores. Pueden haber pasado por el Partido, de uno u otro tipo, y sin embargo como marxistas a secas realmente permanecieron fuera, no quedaron encerrados.

Pueden haber sido simplemente teóricos, no actores políticos.

Y hay otro punto de diferenciación, el intelectual (que varía por supuesto de un hombre a otro): en su trabajo, los marxistas a secas han subrayado el humanismo del marxismo, especialmente el del joven Marx, y el rol de la superestructura en la historia; han apuntado que subestimar la *interacción* de las bases y la superestructura en la construcción de la historia es transformar al hombre en esa abstracción, a raíz de la cual el propio Marx criticó a Feuerbach. Han sido “abiertos” (en el sentido de opuestos a lo dogmático) en sus interpretaciones y en sus usos del marxismo. Han destacado que el “determinismo económico” es, después de todo una cuestión de grado, y han sostenido que así fue usado por Marx en sus escritos, especialmente en sus ensayos históricos. Han enfatizado la voluntad de los hombres en su realización de la historia —su libertad— en contraste con cualesquiera Leyes Deterministas de la Historia y, en consecuencia, con la falta de responsabilidad individual.

En suma, han enfrentado la tensión no resuelta en la obra de Marx —y en la historia mismo: la tensión entre humanismo y determinismo, entre libertad humana y necesidad histórica.

La distinción entre los marxistas a secas y todos los otros que han trabajado en nombre de Marx no implica en modo alguno una incompatibilidad excluyente entre unos y otros, un mismo hombre puede ser ambas cosas, una u otra, en diferentes momentos o simultáneamente, en cuanto asume diferentes roles: por ejemplo, el rol ideológico y el rol teórico. Lenin y Trotsky, son especialmente ambiguos en este sentido, como ya veremos, Stalin no lo fue: no fue un marxista a secas en ningún sentido y en ningún momento. Por otra parte, muchos

marxistas a secas, de aire erudito, hoy día tampoco son ambiguos: ellos son marxistas a secas y —tanto intelectual como políticamente— nada más que eso.

Los marxistas a secas son hombres que, aunque sujetos a grandes dificultades, han enfrentado los problemas del mundo; son incapaces de tomar el camino más fácil. Pero este libro no se refiere a ellos. En mi selección he destacado a los marxistas que lograron el poder, o se acercaron a él. Esto no implica ninguna falta de estima para quienes perdieron: es que uno no puede hacer más en un solo libro.

Una diferencia fundamental en la actitud de los eruditos frente al “marxismo” reside en si ven las prácticas y las proclamas del stalinismo como una continuación de las doctrinas de Marx, o como distintas de ellas, como una traición en términos morales y políticos y como un conjunto de errores en términos intelectuales. La palabra alrededor de la cual frecuentemente giran las diferencias es la misma palabra “socialismo”. ¿Es o no es socialista la Unión Soviética? En términos más generales, ¿qué es y qué no es el socialismo?

Al examinar las definiciones del socialismo pueden resultar útiles dos criterios sugeridos para considerar las filosofías políticas. Si nos referimos a un conjunto complejo de ideales en el cual son amontonados toda suerte de valores —morales, políticos, humanos— y toda clase de ordenamientos sociales y económicos imaginados, podemos muy bien condenar las realizaciones parciales, o los intentos parciales de realización como engañosos o incluso como distorsiones directamente antisocialistas.

En el extremo opuestos están los críticos que emplean como referencia el criterio de las agencias institucionales. Antes de la Revolución esta agencia era la clase obrera, después, la abolición de la propiedad de los medios de producción y el establecimiento de la planificación central de la economía. En estos términos la Unión Soviética es socialista. Ambas actitudes son correctas, dados los términos de sus definiciones.

¿Pero cuál es la distinción adecuada? ¿Puede uno ser realmente marxista y sin embargo aprobar a la URSS? ¿Puede uno ser realmente marxista y no aprobarla? Intentar una definición final es involucrarse en una controversia que sólo concierne a aquellos que tienen intereses creados ya sea en condenar o en justificar a la URSS. En la mayoría de estas controversias los contendientes tratan de usurpar el prestigio y la autoridad que la palabra “socialismo” o la palabra “Marx” pueden tener, y monopolizar ese prestigio para sus propios puntos de

vista. Muchos de ellos necesitan personalmente el apoyo ideológico de la ortodoxia; y esta seguridad ha sido requerida también por urgentes razones políticas. Desde el punto de vista de muchas otras filosofías políticas, el "marxismo" tiene una curiosa historia intelectual, pues ha estado tan mezclado con la práctica que resulta pesadamente ideológico.

El acercamiento más fructífero consiste en tratar de responder a preguntas tales como: ¿Fue el curso de los acontecimientos en la Unión Soviética "inevitable" a causa de la aceptación del marxismo por la cambiante élite del poder y por muchos otros sectores del pueblo soviético? (2) En el futuro previsible, ¿habrá de continuar inevitablemente su carácter actual? (3) ¿El curso de los sucesos en la URSS, prueba que en otros países los intentos de aplicar las ideas de Marx terminarán del mismo modo? Mi respuesta a cada una de estas preguntas es: NO. Mis razones se aclararán, espero, más adelante, en este mismo libro. Sé que estoy provocando la consternación de muchas clases de marxistas, quienes preferirían preguntar: ¿Cuál de las varias interpretaciones de Marx desarrolladas desde su muerte está más cerca de su intención original?

Fue Stalin *el* (o incluso *un*) heredero legítimo de Marx? ¿Lo fue Lenin? ¿Lo fueron los socialdemócratas? La respuesta, por supuesto, es: ninguno lo fue; al menos enteramente. Pero juzgando en base a lo que él escribió, considerado como un todo, pienso que esas interpretaciones son "desviaciones" respecto de Marx. El leninismo en particular, aunque en varios aspectos "basado en Marx", difiere profundamente de otras de sus teorías y del rango de la acción política esperada así como de la política más claramente derivable de Marx. Por cierto que lo mismo vale para el stalinismo. Y para la socialdemocracia. Y para el trotskismo. Es bastante imposible, me parece, inferir del trabajo de Marx qué puntos de vista o qué conductas hubiera apoyado en varios momentos a partir de su muerte en 1883.

Es posible contrastar lo que Marx escribió con la práctica de aquellos que actuaron políticamente en su nombre, y con los resultados de esa práctica. Estas Lecciones Extraídas de la Práctica de Otros nos informan que los enunciados clásicos han sido modificados por quienes actuaron en la práctica, no importa cuán insistentes y tediosos puedan ser sus reclamos de "ortodoxia".

Sólo aquellos que están poseídos por la fantasía —y por las urgencias políticas— de certezas imputables, pueden creer que Marx, o Marx y Lenin, pudieron haber anticipado por su sabiduría las actuales necesidades teóricas de China, de Estados Unidos, Rusia, Cuba, Polonia,

Francia, Yugoslavia y Australia— tal como estos países existen y luchan hoy día.

Por lo que a la historia intelectual se refiere la noción de ortodoxia eterna es absurda, aunque a veces —como bajo el stalinismo— realmente no existe historia intelectual, sino tan sólo una modificación de ideas heredadas y su interpretación oficial para su conveniente uso interno e internacional.

3

Existen muchas orientaciones hacia el marxismo. Una de ellas es un tipo de pensamiento social que rechaza la tradición clásica de la sociología —y, por lo tanto, al marxismo junto con ella. Marx, si es que se lo considera históricamente, figura como uno de los "filósofos sociales" a quienes los áridos libros de texto hacen desfilar como "predecesores" de La Verdadera Ciencia Social. O, más crudamente, tales científicos sociales sostienen que la significación del marxismo es enteramente ideológica y política, mientras que su propio trabajo es políticamente neutral y moralmente puro —en una palabra, objetivo.

Marx es descartado como "sólo un filósofo", y por lo tanto, ajeno a la "ciencia social empírica". Por supuesto, Marx puede ser leído como básicamente en continuidad con Hegel, en especial dada su terminología; también puede leerse en continuidad con el estudio social empírico y con la más cuidadosa especulación. Porque es a la vez un filósofo y un sociólogo empírico.

Es también un revolucionario, un novelista, un hombre muy erudito y muchas cosas más. Es un audaz especulador acerca de cada acto del hombre y la sociedad en la historia. También está lleno de genuina oscuridad. Yo no sé cuál es el Verdadero Marx, pero afortunadamente para nosotros el problema del Verdadero Marx no es un problema dogmático, sujeto a decisión política. Podemos libremente usar de él todo aquello de lo cual sentimos necesidad y rechazar lo que no necesitamos.

El marxismo es a la vez una crítica intelectual y moral. En sus documentos, en sus mismas concepciones, los dos aspectos son frecuentemente difíciles de separar, pero es una filosofía política y al mismo tiempo es, definitivamente, ciencia social.

Uno puede comparar las expectativas enunciadas por Marx, o derivables de su obra, con lo que en efecto ha sucedido y con lo que no ha sucedido (lo mismo puede hacerse con cualquier otro marxista). En tales intentos uno vuelve a preguntar: ¿En qué medidas se han realizado las expectativas de Marx? ¿Qué valor

predictivo o de orientación tienen, y qué valor predictivo es probable que tengan? Semejantes lecciones en base a los acontecimientos históricos no son tan fáciles de extraer como parecen creerlo muchos críticos, porque los significados de los acontecimientos son casi siempre ambiguos. Además, cualquier crítica de una teoría dirigida a una época resulta difícil en virtud de una cierta vaguedad o flexibilidad acerca de qué es corto plazo y qué es largo plazo. Sin embargo, seguramente ha transcurrido ya un tiempo suficiente para permitirnos juzgar las expectativas de Carlos Marx sin encontrarnos a cada plazo con una réplica: "Espere un poco, todavía puede suceder". El recurso para manejar el problema del corto y el largo plazo es el recurso del propio Marx: especificar el alcance histórico. Siempre deben tenerse presentes dos puntos. Primero, generalmente, Marx fue un analista de fuerzas y tendencias a largo plazo. Nuestro tiempo inmediato (digamos de 1945 a 1965) no debe ser considerado como "el normal", o como un lapso de tiempo ya cerrado, en término del cual pueden ser juzgadas sus predicciones. Proceder así elimina hechos fundamentales de nuestro siglo: la depresión capitalista de la década del treinta, el auge del fascismo a partir de una forma específica del capitalismo, y las dos Guerras Mundiales. Empero, dado el acelerado ritmo de la historia, no resulta útil especular en el futuro más allá de una década o algo así. Segundo, los hechos históricos usados para refutar teorías, como todos los hechos, no explican por sí mismos; para comprenderlos debemos considerar un período histórico más amplio; sólo entonces podemos considerar la naturaleza de los mecanismos que lo han producido y que los mantienen. Tenemos que hacer esto, porque Marx se ocupa no sólo de lo que va o no va a suceder, sino también del *por qué*, del mecanismo estructural subyacente, de los sucesos y de las tendencias. En consecuencia, para confrontar sus teorías más adecuadamente, nosotros también debemos entrar en el "por qué"; procediendo así debemos considerar si es necesario o no modificar el modelo de sociedad formulado por Marx, o tan sólo modificar una de sus teorías.

4

He aquí pues, algunas reglas obvias para críticos a las cuales trataré de ajustarme. No voy a discutir definiciones en cuanto tales, especialmente definiciones de términos emotivos, sino que trataré de descomponerlas en preguntas bien definidas y susceptibles de obtener una respuesta empírica, usando términos neutrales

de significado claro y no ambiguo. Examinaré cada fase y tipo del desarrollo marxista en términos de su especificidad histórica, distinguiendo cada fase de la historia de las teorías y de las prácticas marxistas; considerando sólo después —cuidadosamente— el movimiento como un todo. En síntesis, trataré de trabajar como un marxista a secas, evitando el estilo de los marxistas vulgares y de los marxistas sofisticados. Trataré de reconocer y explicitar mis propios valores. Haré lo posible para evitar colocarme en la posición de quienes optan por un desarrollo u otro del marxismo. Cuando acepte o rechaze alguna teoría, distinguiré sus diversos aspectos de acuerdo con los criterios de cualquier filosofía política (ideología, ideal, teoría, agencia) y para cada estadio del desarrollo marxista, trataré de establecer cuidadosamente las relaciones entre ellos.

Quizás todas estas reglas pueden resumirse en una auto-admonición, extraída de la práctica del propio Marx. Entender y usar consistentemente el principio de la especificidad histórica. Cada hombre puede pensar sólo *dentro* de su propio tiempo; pero puede pensar *acerca* del pasado y del futuro, intentando así expandir su tiempo, construyendo en base a sus materiales la imagen de una época. Esto fue lo que en brillante medida hizo el propio Marx. En su obra se encuentra disponible la conciencia de una época. Intelectualmente, lo que suministró fue un modelo general de su realidad social. Quizá fue la suya la mejor aproximación *sobre* su época disponible *en* su época. Sus mismas inexactitudes de detalles, la propia inadecuación de sus teorías específicas, resultan errores fructíferos.

He aquí por qué la obra de Marx vive todavía. Está siendo usada en el sentimiento y en la práctica. El marxismo vivo se da cuenta que ni los eruditos marxistas, no marxistas o anti-marxistas, han hecho mucho por él, en ningún sentido de rigor intelectual, pero esto puede deberse menos a algo inherente a las ideas, que a consecuencias políticas y a otros factores ajenos al marxismo como teoría. Tal marxismo es una parte viva de cualquier ciencia social contemporánea que resulte viable.

El marxismo muerto es justamente lo contrario. Es apelar a Marx (o a Lenin, o a Trotsky, o a quien fuere) como Autoridad; tratar sus textos, e incluso sus frases, como sagradas. El marxismo muerto es el punto de vista que se considera totalmente cierto, y cree que contiene todo lo que los hombres necesitan conocer.

Por lo tanto, supongo que la regla maestra para los críticos es: ser un crítico directo y vital del marxismo vital, liso y llano.

La utilidad de cualquier crítica depende de que exista acuerdo sobre lo que está siendo criticado —y eso supone una interpretación. La utilidad también depende de las reglas que se siguen y éstas deben ser explicitadas. Las observaciones que siguen son críticas de Marx según yo interpreto su obra (capítulo 4) y están de acuerdo con las reglas para críticos (capítulo 5) ¹.

1. *La base económica de una sociedad determina su estructura social como un todo, así como la psicología de quienes viven en ella.*

2. *La dinámica del cambio histórico consiste en el conflicto entre las fuerzas de producción y las relaciones de producción.*

3. *La lucha de clase entre propietarios y trabajadores es un reflejo social, político y psicológico de conflictos económicos objetivos.*

No es en modo alguno claro qué es exactamente lo que está incluido y lo que no está incluido en la “base económica”, y las “fuerzas” y “relaciones” de producción —no están precisamente definidos ni se los usa consistentemente. En particular: “la ciencia” parece flotar entre la base y la superestructura; y es dudoso que base como superestructura puedan ser usadas (a la manera de Marx) como unidades, porque ambas están compuestas por una mezcla de muchos elementos y fuerzas. Para Marx la superestructura es una categoría residual, algo en lo cual se arroja todo lo sobrante.

¹ Seguiré el mismo orden de puntos que en mi inventario, con un comentario preliminar (o contra-argumento) elaborada en mayor o menor detalle. Esta breve crítica no depende de ninguna alternativa positiva. Trataré, tan sólo, de sugerir los lineamientos de un modelo social más adecuado disponible ahora para la sociedad capitalista.

La misma distinción entre base y superestructura no es en modo alguno clara y tajante. La organización institucional de una sociedad, incluyendo las relaciones de producción, penetra ciertamente de modo profundo en los implementos tecnológicos, y en sus desarrollos científicos, incluyendo las fuerzas de producción, informando su significación y su papel en el cambio histórico. Muchos factores que claramente no pueden ser considerados “económicos” entran en lo que Marx parece considerar como “modo de producción” o “base económica”. El hecho de que los marxistas sostengan una amplia variedad de interpretaciones parece también corroborar mi punto de vista. Más aún, el problema de la mediación —exactamente cómo la base determina la superestructura— no está bien trabajado. Exactamente por qué mecanismos y bajo precisamente qué condiciones se “reflejan” los conflictos económicos en la lucha psicológica y política es un problema sobre el cual hemos de volver. Dado el carácter fundamental de estas concepciones, su vaguedad confiere una cierta imprecisión al modelo en su conjunto.

4. *La propiedad en cuanto fuente de ingreso es el criterio objetivo de clase social; en el capitalismo, las dos clases básicas son los propietarios y los trabajadores.*

En la edad moderna, los “estamentos” del orden medioeval fueron generalmente reemplazados por clases económicas. Esto representa un giro importante en el principio prevaleciente de estratificación y es uno de los criterios fundamentales en la definición misma de las dos épocas. Varios aspectos de este tránsito, del estamento a la clase, cuando se los generaliza, pasan a ser corrientes en la reflexión sociológica.

Empero, el modelo de Marx descarta todos los residuos de status, definiendo la posición de los hombres en la sociedad capitalista sólo en términos de su relación con los medios de producción, con las fuentes de su ingreso. En parte, esto se debe a su método de abstracción, y en parte a sus expectativas acerca del desarrollo del capitalismo. Como método, es una simplificación fructífera si “clase” es empleada como una dimensión en la estratificación. Como predicción sustantiva ha resultado equivocada. De manera similar, pensadores posteriores han abstraído y enfatizado otras dimensiones, tales como estatus, poder, y ocupación, y han refinado y elaborado la concepción misma de clase económica. Cada uno de estos métodos para comprender la estratificación de una sociedad es empleado del modo más fructífero, primero como una herramienta particular, analítica; luego, para la búsqueda empírica, histórica, de las

diversas clases de cambiantes relaciones entre cada una de aquéllas.

Pero Marx no confrontó sistemáticamente tales problemas. En sus pocos comentarios sobre la concepción de clase, así como en su expectativas generales, se aferró a la simplificación. En sus estudios históricos fue más adecuado, pero en conjunto su simplificación se transforma en algo que confunde y no es fructífero. La propiedad como un criterio objetivo de clase es indispensable para la comprensión de la estratificación de la sociedad capitalista. Por sí sola es inadecuada y confunde, incluso para la comprensión de la estratificación económica. Además de las clases basadas en la propiedad, las cuales dependen de los tipos y de las dimensiones de la propiedad involucrada, podemos fructíferamente clasificar a las personas que no poseen medios de producción de acuerdo a las clases de ingreso.

Por supuesto, muchas combinaciones específicas de fuentes y montos de ingreso son de importancia decisiva para la psicología política tanto de las clases altas como de las bajas. Por ejemplo, aunque el reemplazo de los propietarios por los gerentes en el control inmediato de la propiedad corporativa no significa que la propiedad deviene menos importante, estos cambios han dado lugar a un estrato de los “ricos corporativos”, que no pueden ser comprendidos sólo en términos de la posesión de propiedad.

La simple distinción de propiedad versus salarios no nos permite comprender a fondo ni siquiera los hechos económicos de la estratificación en nuestros días. Tal vez nos lo hubiera permitido, si se hubieran realizado las expectativas de Marx sobre la polarización de una desnuda estructura clasista; pero ésto no ha sucedido y con toda probabilidad no sucederá en las sociedades capitalistas avanzadas. Sea como fuere: depender solamente de esta distinción lleva a nuevas inadecuaciones en la concepción del problema. Ello penetra en su confusión —o por lo menos su ambigüedad— acerca de la relación de “conciencia de clase” y otros “factores subjetivos” con circunstancias objetivas materiales. Sin usar otros criterios que el de la propiedad no puede ser explicada “la conciencia de clase” (o su ausencia), ni puede comprenderse el rol de la ideología en la conciencia política y de clase. En las sociedades capitalistas, entre la inmensa mayoría de los desposeídos, las distinciones de status y ocupación conducen hacia o alejan de las solas consecuencias políticas y psicológicas que Marx esperaba de la estratificación económica. Para nombrar sólo los más obvios, los oficinistas, como los obreros, carecen de propiedad e incluso muchos reciben menos ingresos; pese a ello, considerarlos con-

juntamente como a uno en base al solo criterio de propiedad, es abdicar de cualquier esfuerzo real para comprender uno de los hechos más llenos de consecuencias derivados de la estratificación en todas las sociedades capitalistas avanzadas.

5. *La lucha de clases más bien que la armonía —“natural” o de otra índole— es la condición normal e inevitable de la sociedad capitalista.*

La “armonía natural” es ciertamente un mito que los economistas clásicos (y los filósofos del siglo XVIII) usaron en su apología del capitalismo y en sus esperanzadas visiones de progreso. Sin embargo de esto no se desprende que la lucha de clases sea o normal o inevitable. Afirmar lo primero es formular un juicio de valor más bien que establecer una proposición empírica; afirmar lo segundo es ignorar la creciente institucionalización de los conflictos de intereses económicos. Dentro del capitalismo es posible durante períodos considerables, transformar la lucha de clases en regulaciones administrativas, así como es posible estabilizar al capitalismo en sí mismo, subsidiando sus deficiencias, sus fracasos y sus absurdos, por medios económicos, militares y políticos. En síntesis, los conflictos económicos no son necesariamente “contradicciones” en el sentido de Marx, y no necesariamente conducen a la abierta lucha política entre las clases.

Quizás lo que mejor ilustra ese hecho es el carácter y el rol de los sindicatos. En la medida que los sindicatos representan “clases”, y en que la controversia sindicatos-empresarios representa “lucha de clases”, el objeto de la lucha ha pasado a ser percibir una mayor participación en el producto, más bien que cambiar el capitalismo como una estructura social. Bajo tales condiciones, la lucha de clases en el sentido de Marx, o en cualquier sentido razonable que se le pueda adjudicar, no necesariamente recrudece, ni se torna más abierta, ni reviste una forma más política. Por el contrario, frecuentemente resulta fragmentada en divisiones ocupacionales de complejidad creciente. En el ciclo depresión prosperidad, la lucha de clases es intermitente y a veces está ausente por completo. Por encima de todo, en la economía política en su conjunto ha sido institucionalizada y limitada a objetivos cuya realización se encuentra dentro de los límites del sistema capitalista. En la historia de las clases la colaboración es un hecho tanto como la lucha. Existen muchas variedades y muchas causas de ambas. Causas históricamente específicas que influyen más que las condiciones económicas.

6. *En la sociedad capitalista, los trabajadores no pueden escapar a su condición explotada y a su destino revolucionario mediante la obtención de derechos y privilegios legales o políticos; los sindicatos y los partidos obreros de masa son útiles como campo de entrenamiento para la revolución, pero no son una garantía del socialismo.*

El hecho general es que se han obtenido derechos y privilegios, tanto económicos como políticos, y que en general ni los sindicatos ni los partidos obreros de masa han servido como tales “campos de entrenamiento”. Las organizaciones de trabajadores asalariados han sido incorporadas a las rutinas del capitalismo del siglo XX. Sus objetivos, sus funciones y sus resultados han sido firmemente estabilizados. “Normalmente”, no revelan como sostenía Marx un anticapitalismo espontáneo, y mucho menos el intento de organizar una nueva sociedad. Son organizaciones económicas que operan dentro del capitalismo, y sus políticas no van más allá de su función negociadora.

Más aún, en algunos países avanzados —notablemente los Estados Unidos— la sindicalización decisiva sobrevino muy tarde y en parte considerable fue conseguida bajo la protección legal y política de un estado generalmente dominado por los intereses de las clases media y superior. La militancia que los sindicatos desplegaron en su estadio de organización declinó, y luego fue ampliamente aceptada por los capitalistas. De hecho, una de sus funciones ha venido a formar parte de la administración de la fuerza de trabajo, como agente disciplinario en la planta, en la empresa e incluso en la industria toda. Se han transformado en organizaciones burocráticas que en lo fundamental trabajan para estabilizar las relaciones entre los trabajadores y los propietarios y administradores de los medios de producción.

7. *La explotación es inherente al capitalismo como sistema económico, incrementando por tanto las probabilidades de revolución.*

La primera parte de la oración la considero acertada como juicio moral —dejando completamente aparte las discusiones acerca de las “teoría del valor”. Pero es un juicio moral, disfrazado de afirmación económica. Sin embargo el punto principal y más bien obvio es este: condiciones que (correcta o incorrectamente) pueden ser juzgadas como explotación, todavía no han incrementado las probabilidades de revoluciones proletarias en ninguna sociedad capitalista avanzada.

8. *La estructura de clase deviene más y más polarizada, incrementando así la probabilidad de revolución.*

La polarización no ha ocurrido; en el curso de la historia del capitalismo, la estructura de clases no se ha simplificado en dos clases, como esperaba Marx. Por el contrario, la tendencia opuesta ha sido general —y cuanto más “avanzado” el capitalismo, más compleja y diversificada ha devenido la estratificación. Los trabajadores asalariados en las sociedades capitalistas avanzadas se han estancado como proporción de la fuerza de trabajo—, en Estados Unidos, por ejemplo, esto ocurrió antes de la Primera Guerra Mundial. Con la automatización, puede ciertamente esperarse que la tendencia continúe. Las clases medias o intermediarias no se han esfumado. Su composición interna ha cambiado dramática y drásticamente. Se han vuelto predominantemente una Nueva Clase Media de Empleados Asalariados, más bien que una Vieja Clase Media de Empresarios. En conjunto su proporción con respecto a la población trabajadora ha crecido enormemente.

En el siglo XX esto ha sucedido en todas las sociedades capitalistas avanzadas; entre los empresarios agrarios, drástica declinación de su número; entre las profesiones liberales, estancamiento; entre los pequeños comerciantes, estancamiento pero también gran rotación con una alta tasa de bancarrotas y de nuevas aperturas. El cambio más decisivo reside en la expansión de la nueva clase media de empleados asalariados, creciente estrato formado por profesionales asalariados, gerentes, oficinistas y personal de ventas. Desde un punto de vista marxista estos empleados sólo pueden ser considerados “un nuevo proletariado”, puesto que no poseen los medios de producción con los cuales trabajan, sino que trabajan por sueldos o salarios. Pero considerarlos en esta categoría es limitar seriamente la propia comprensión de lo que significan como un nuevo conjunto de estratos. Son una nueva pirámide del siglo XX, superimpuesta sobre y que se yuxtapone a la más antigua pirámide empresario-trabajador asalariado que data del capitalismo del siglo XIX.

Sus gerentes de alto nivel se han unido a los poseedores de la propiedad y constituyen con ellos un tipo de rico corporativo que Marx no conoció. Sus niveles medio y bajo no pueden ser adecuadamente comprendidos como “meramente” una nueva variedad de proletariado¹. Simplemente no entran en el esquema de estratificación suministrada por el marxismo clásico, ni en cualquier esquema que sea reconocible como marxista; su misma existencia contradice la esperada polarización en dos clases del capitalismo moderno.

9. *La miseria material de los trabajadores crecerá, lo mismo que su alienación.*

La miseria económica o material no ha crecido dentro del mundo capitalista avanzado. Por el contrario el hecho general ha sido un incremento en los standards de la vida material. Generalmente, los trabajadores asalariados han mejorado su condición económica, disminuido sus horas de trabajo, abolido prácticas crueles tales como el trabajo infantil con el cual estaba familiarizado Marx, ganando mediante sus sindicatos diversos grados de control sobre las condiciones de trabajo en las fábricas, y a consecuencia de la mecanización, tienen que hacer mucho menos trabajo brutal, físico, que el que hacían los trabajadores del siglo XIX.

Tales hechos están calificados de modo decisivo por la desocupación masiva en los períodos de depresión; e incluso en medio de la prosperidad general existe mucha miseria material. Pero, como un todo, la tendencia secular del capitalismo avanzado en el siglo XX ha sido contraria a la creciente miseria material esperada por Marx —y ello por razones que no constituyen firmemente una parte integrante del modelo marxista del capitalismo.

La mejora en los standards de la vida material se debe: a) a reformas institucionales de naturaleza política: el desarrollo de programas de bienestar por parte del estado, y del propio estado benefactor que subsidia y alivia las deficiencias económicas del sistema capitalista. Se debe b) a los roles económicos y políticos desempeñados en el capitalismo por los sindicatos y, en algunos países, por partidos obreros. Estas agencias de los trabajadores han sido reformistas, y han tenido éxito en hacer aprobar considerables reformas. La prosperidad se debe también c) al desarrollo de una economía de guerra al parecer permanente que es, desde un punto de vista económico, un puro desperdicio en enorme escala. Y naturalmente los mejorados o continuados standards de vida se asientan en d) todos aquellos mecanismos políticos, económicos y militares sobre los que descansa la estabilización del capitalismo de mediados del siglo XX (serán considerados más abajo).

El peso relativo de cada uno de esos y de otros mecanismos de la prosperidad capitalista y de los mejorados standards de vida está, por supuesto, sujeto a controversia, pero conjuntamente, en una proporción u otra, han refutado la expectativa de Marx acerca de la miseria creciente en las sociedades capitalistas avanzadas. Más aún, a esos mecanismos no se les otorga un peso suficiente en el modelo marxista de esa sociedad.

¹ Cfr. White Collar (Las clases medias en Norteamérica).

El énfasis crítico, tanto por parte de los marxistas como de los no marxistas, pasa de la miseria material a la desposesión psicológica, o alienación. Este énfasis está perfectamente en la órbita del pensamiento de Marx, especialmente del joven Marx, pero como parte del pensamiento marxista carece ahora de la solidez de su viejo acompañamiento, la explotación material. Es preciso agregar nuevos mecanismos de "explotación". Por ejemplo el mayor tiempo disponible para el ocio es dominado, absorbido e incluso expropiado por la maquinaria del entretenimiento. Frecuentemente son expropiadas la oportunidad para experimentar, para razonar, y, a su tiempo la misma capacidad de razonar. Leer retrospectivamente en Marx esta clase de ideas, en el detalle con que ahora las conocemos, es ir demasiado lejos. No están allí. Aunque Marx conoció las sutilezas de la explotación psicológica, no conocía muchas que conocemos nosotros. Los mecanismos, el alcance, la localización y los efectos de la alienación moderna no contradicen necesariamente nada de lo que él escribió, pero él no los describió. Más aún, estas explotaciones psicológicas, sospechamos que no están enraizadas sólo en el capitalismo y como tal. Están apareciendo también en sociedades no capitalistas y post-capitalistas. No están necesariamente enraizadas ni en la propiedad privada ni en la propiedad estatal de los medios de producción; pueden estar enraizadas en los hechos de la industrialización masiva en sí misma.

Sea de esto lo que fuere, la concepción marxista de alienación, brillante y clarificadora como es, sigue siendo, igual que conciencia de clase, una concepción bastante racionalista. En estas concepciones están mezclados juicios morales; ciertamente dentro de su concepción de "alienación", Marx ha acuñado su más alta y más noble imagen del hombre y su más fiera indignación ante la mutilación del hombre por el capitalismo. Y tenía la fuerte tendencia a imputar estos juicios de modo optativo, a las realidades psicológicas del trabajo que los hombres hacen y de la vida que los hombres llevan. Frecuentemente éstas no son las realidades que los hombres experimentan. El problema de la actitud de los hombres hacia el trabajo que hacen, en las sociedades capitalistas y en las no capitalistas, es en gran medida una cuestión empírica para la cual no tenemos respuestas adecuadas.

Además, la alienación no deriva en impulsos revolucionarios ni necesaria ni habitualmente. Al contrario, frecuentemente parece más probable que esté acompañada por una apatía política que por una insurgencia, ya sea de derecha o de izquierda.

Las alternativas psicológicas del hombre en la sociedad capitalista no están más polarizadas que la estructura de clase. Frecuentemente, la

condición psicológica determinante no es conservatismo o insurgencia, proletaria o burguesa, sino la apatía social, una desarrollada y madura indiferencia política. Semejante apatía no se explica fácilmente en términos del modelo racionalista de Marx acerca de las formas ideológicas y de la conciencia de clase, ni mediante su concepción de la alienación.

El argumento acerca de la alienación, por lo tanto, es mucho más convincente que el relativo a la miseria material, aunque las variedades y las causas de la alienación van más allá de los crípticos y no demasiados claros comentarios de Marx acerca de ella.

De cualquier modo, lo menos que puede decirse es que el estado en que Marx dejó la concepción de alienación es bastante incompleta y brillantemente ambigua.

10. *Los trabajadores asalariados —una clase en sí—, se transformarán en el proletariado, una clase para sí.*

En el capitalismo avanzado esto ha ocurrido sólo episódica y parcialmente. Tiende a ocurrir en las primeras más bien que en las últimas fases de la industrialización, y en una situación en la cual la represión política coincide con la explotación económica. Pero Marx no establece adecuadamente ni toda la gama de condiciones bajo las cuales tiende a ocurrir. De hecho, mecanismos y condiciones no pueden ser así planteados en sus categorías (económicas) de estratificación; pues involucran ciertas condiciones políticas (autocráticas) así como consideraciones relativas al status y a la composición ocupacional de las clases económicas.

Pero para Marx el desarrollo estructural del capitalismo —el crecimiento de fábricas, de su ampliada escala y concentración, etc.— lleva al desarrollo psicológico y político del proletariado, a su unidad, a su conciencia de clase, a su insurgencia revolucionaria. Es bastante claro que estaba equivocado. Ni la "conciencia" ni la "existencia" se determinan la una a la otra. Interactúan, como Marx sabía más o menos inconsistentemente. Pero también están en acción las "variables intervinientes": los medios de comunicación masiva, la maquinaria del entretenimiento, el aparato cultural, en síntesis, aspectos de la superestructura ideológica. Tales variables median en las relaciones de "conciencia" y "existencia"; afectan a cada una de estas y afectan su interacción. Pueden jugar, y frecuentemente juegan un rol autónomo en el desarrollo de la conciencia de clase, o de la falta de ella. La existencia misma está sujeta a las definiciones de realidad suministradas por el aparato cultural. La conciencia misma, incluso la auto identidad, está sujeta también a esas estereotipas y significaciones.

En su noción de clase, Marx tiende a confundir el hecho objetivo de la clase, un agregado estadístico de persona, con los desarrollos psicológicos que pueden ocurrir entre sus miembros. Parece creer que la conciencia de clase es una consecuencia psicológica necesaria del desarrollo económico objetivo, el cual incluye la polarización de propietarios y trabajadores. Para Marx no existe ambigüedad acerca de esto porque los resultados psicológicos y políticos son, de algún modo no plenamente explicado, el producto de cambios económicos. Pero las conexiones entre hechos económicos y cambios psicológicos no están bien considerados como problemas empíricos.

No se conocen plenamente las condiciones bajo las cuales aparece una conciencia de clase del tipo que Marx tenía en vista, pero es seguro que incluyen más que el desarrollo económico en general, o las relaciones con los medios de producción en particular. Esto es cierto incluso si suponemos que los desarrollos económicos son el primer motor de todo cambio histórico. Los mecanismos mediante los cuales esos cambios en la base económica dan lugar a cambios psicológicos no han sido trabajados por Marx (ni por marxistas posteriores).

Si coincidimos con Marx en que para tener algún efecto las ideas deben estar conectadas con intereses materiales —deben transformarse en justificaciones o críticas— esto no significa admitir que las ideas son en consecuencia meros "reflejos" de tales intereses. En un modelo satisfactorio de estructura social, debemos conceder un considerable grado de autonomía a la formación y al rol de las ideas. Debemos trazar los caminos por los cuales las ideas se vinculan a los individuos y a las instituciones con más sofisticación que la que Marx fue capaz de lograr en su modelo general. En esta tarea no estamos limitados (por las bases sociales a las que podemos imputar las ideas) a clases económicas, como quiera que se las defina, y menos aún a sólo dos de tales clases.

Lo inadecuado de la noción de Marx acerca de los "intereses de clase" es de gran importancia moral. No considera la diferencia entre a) Que está en el Interés del hombre de acuerdo a un análisis de su posición en la sociedad y b) En que están interesados los Hombres de acuerdo a los hombres mismos. Ni tampoco confronta plenamente (como debemos hacerlo desde Lenin) el significado moral de los usos políticos de esta distinción (esta es la raíz moral de los problemas del leninismo y de la significación de la democracia y la libertad).

Marx mismo es capaz de evitar estos problemas a raíz de una confusión en sus categorías mismas de estratificación, y en virtud del espí-

ritu optativo de sus afirmaciones. Mediante "de acuerdo a los intereses de" Marx significaba, creo, intereses racionales y generales a largo plazo. Y para él, conciencia de tales intereses implica conciencia de revolucionaria clase. Todo lo demás es temporario, parcial, irracional, todavía no plenamente desarrollado.

Pero el hecho es que frecuentemente los hombres están preocupados por intereses temporarios más bien que por intereses de largo plazo, y por intereses particulares, profesionales por ejemplo, más bien que por los intereses generales de su clase. También es materia de controversia intelectual y de juicio moral determinar lo que es durable o temporario, y en parte es sin duda un juicio moral decidir lo que es "racional", y si los intereses de clase son o no los únicos, o incluso los principales intereses racionales. El punto de vista de Marx sobre la conciencia de clase es, la contraparte marxista de la imagen liberal del "hombre como ciudadano".

Deben considerarse dos posibilidades. Primero, la conciencia revolucionaria de clase en la cual lo que está en el interés de los hombres es también aquello en que están interesados: las condiciones objetivas y el desarrollo subjetivo coinciden. Este punto de coincidencia entre las tendencias económicas y psicológicas es el del marxismo clásico y se supone también que es un producto inevitable del curso de la historia capitalista.

Pero, segundo, existen algunas ocasiones en las cuales los hombres NO están interesados en lo que conviene a sus intereses racionales (como quiera que se los juzgue) y otras en las cuales ESTAN interesados en lo que no conviene a sus intereses. Tales hombres tienen, de acuerdo a Marx, "falsa conciencia" y se encuentran en éste estado irracional en virtud que los desarrollos objetivo y subjetivo no coinciden todavía. Marx supone que la historia capitalista barrerá con la falsa conciencia. Obviamente no lo ha hecho.

11. *La oportunidad para la revolución existe sólo cuando coinciden las condiciones objetivas y la disposición subjetiva.*

Este supuesto, que subyace en la teoría marxista del poder, parece estar extraído de la historia de la burguesía. Habiendo llegado a ser funcionalmente superior dentro del sistema feudal, la burguesía rompe con él para formar la nueva sociedad capitalista. Del mismo modo, razonaba Marx, dentro del capitalismo avanzado, a medida que la burguesía deviene parasitaria, y que el capitalismo es acosado por sus contradicciones, los trabajadores se transformarán en

la clase funcionalmente indispensable. En consecuencia, ellos también aplastarán el sistema que impide su propio funcionamiento; ellos también se transformarán en la clase ascendente. Detrás de la teoría marxista del poder, en síntesis, hay una gran —y falsa— analogía histórica entre el proletariado y la burguesía, entre la transición del feudalismo al capitalismo y del capitalismo al socialismo.

“Los viejos esclavos —notó el profesor Bober— no erigieron el sistema feudal, ni los siervos y jornaleros el sistema capitalista. La historia no demuestra que la clase explotada de una sociedad es el arquitecto de la siguiente organización social”. El capitalismo no surgió de la lucha de clases entre los siervos explotados y los nobles o entre los aprendices y los maestros artesanos. La economía y la sociedad de la burguesía crecieron como una estructura independiente en el interior del feudalismo.

En la Francia del siglo XVIII, la burguesía devino suficientemente poderosa en sentido económico y político como para obtener el control sobre el gobierno, destruir el status y los privilegios legales de los nobles, y reconstruir la estructura social de acuerdo con los intereses burgueses en un mercado libre ampliado y una redistribución de las cargas impositivas. Pero, estos triunfos de las clases medias fueron provocados por su misma riqueza, que en última instancia hace imposible gobernar a gobiernos que carezcan de su apoyo.

En contraste, los capitalistas y los trabajadores son parte de la misma estructura económica y social: en el capitalismo, los trabajadores no son representantes de ningún sistema económico independiente. Como ya se ha indicado, por lo que disputan los capitalistas y los trabajadores es por la distribución del producto, no por el sistema capitalista de producción como tal. En contraste con la burguesía (que antes de la Revolución Francesa crecía en tamaño e importancia), los trabajadores del capitalismo avanzado del siglo XX han declinado en ambos aspectos.

Además de la falsedad de la analogía histórica sobre la que descansa, esa teoría del poder parece demasiado formal para ser una guía útil para la investigación. Más que eso, frecuentemente conduce a error. Obscurece la conexión organizativa entre clases e instituciones políticas y el rol de las ideas e ideales políticos, así como el de la fuerza militar, en la captura y utilización del poder del estado. Por ejemplo, la noción es transtornada por el hecho de la

existencia de Alemania Nazi donde, de acuerdo a cualquier descripción razonable, el poder político fue obtenido por elementos parásitos y funcionalmente inútiles de la sociedad alemana. Hay por supuesto muchos otros ejemplos de la conquista militar y la conservación política del poder estatal. La indispensabilidad económica, no conduce necesariamente, y por cierto no automáticamente, hacia el poder político. El parasitismo económico no lleva automáticamente a la pérdida del poder político.

13. *En todas las sociedades de clase, el Estado es el instrumento coercitivo de las clases poseedoras.*

Esto es verdad sólo en parte y ocasionalmente. Ciertamente, no es una exposición exhaustiva de las funciones o los intereses servidos por el Estado en toda la variedad de las sociedades capitalistas avanzadas. En las sociedades con clases propietarias, el estado no puede ser entendido adecuadamente como el “mero” instrumento de tales clases. En las sociedades sin clases propietarias el estado no parece extinguirse, ni cambia milagrosamente todas sus funciones y significados sólo porque aquellos que dominan la sociedad por su intermedio hablen ideológicamente de los “intereses” de clase que el estado sirve.

Junto con la concepción de Marx del Estado, y con su teoría del poder, está la frase acerca de “la clase dirigente”. Tanto como la concepción del Estado, esta frase habilita a aquellos que la usan para introducir de contrabando mediante una definición una Teoría: la teoría de que la clase económicamente más encumbrada, es también necesariamente el grupo político más encumbrado. Digo “de contrabando” porque el uso de la frase clase dirigente, implica lo que debe ser examinado. Para examinar la teoría, para ponerla a prueba, debemos usar términos más tajantes y distintos. Aunque no fue desarrollado como una crítica a Marx, he sugerido “la élite del poder” como un término útil, menos cargado.

Hay algo más que mera terminología en la diferencia entre clase dirigente y élite de poder. La última concepción deja empíricamente abierta la cuestión del determinismo económico y el problema del peso relativo de las clases altas económicas en el interior de los más altos círculos. Si se otorga al orden político y el aparato militar su debido lugar junto al sistema económico, se desprende que nuestra concepción de los más altos círculos en la sociedad capitalista debe ser considerada como más compleja que la relativamente simple “clase dirigente” de Marx, y especialmente de los marxistas posteriores.

Este no es un problema de algo denominado: “teoría de la élite”, (sea esto lo que fuese) versus la “teoría de clase”. Ambas son concepciones “estructurales”, definidas por referencia a las posiciones institucionales que los hombres ocupan y, consecuentemente, a los medios de poder de que disponen. Lo que está en cuestión es la forma, la variedad, las relaciones, el peso de tales instituciones y de tales posiciones dentro de ellas. Y estos no son problemas que puedan ser resueltos mediante definiciones.

El elemento de verdad —y es ésta una grande e importante verdad— en la teoría de Marx sobre el Estado es su consecuencia general del poder de la propiedad. La propiedad no sólo otorga control sobre las cosas, sino también control sobre los hombres. Este poder se ejerce en muchas diferentes esferas de la vida, y en algunas de ellas, sin duda, a través del Estado. Pero es preciso considerar dos puntos.

Primero, los poderes de la propiedad en el capitalismo están restringidos por los sindicatos, que también actúan a través del Estado, y por otras fuerzas que contrarrestan el desnudo poder económico y político de la propiedad.

Segundo, la nacionalización de la propiedad no necesariamente elimina los “poderes de la propiedad”. Puede de hecho aumentar la explotación efectiva del hombre por el hombre en todas las esferas sociales; puede ser más difícil con ella oponerse a la explotación o eliminarla. Marx generalmente asumía que, con la abolición de las clases propietarias, los mecanismos democráticos acompañarían a la colectivización. Hoy para nosotros, esto debe ser tomado, por lo menos, como un problema abierto.

Juntos, estos dos puntos plantean serias preguntas acerca de la adecuación de la concepción marxista del Estado. La fuente de su error es su determinismo económico y su olvido de las instituciones políticas y militares como autónomas y originadoras — problemas que examinaré más adelante. Aquí es suficiente señalar que si definimos al Estado como un “comité de la clase dirigente” o “de las clases propietarias”, no podemos probar, en varias sociedades, el rango de las relaciones entre clases económicas y formas políticas. Pero si enfocamos primero, clara y unilateralmente, los medios de dirección política, y definidos al Estado, con Max Weber, simplemente como una organización que “monopoliza la violencia legítima sobre un territorio dado”, podemos ser en nuestras reflexiones históricamente específicos y empíricamente abiertos. Y eso es lo que debemos lograr: hacer del Estado un objeto de investigación más que una teoría encerrada en un slogan.

Se trata de un problema de investigación comparativa e histórica, pero aún sin un aná-

lisis exhaustivo es obvio que sistemas políticos muy diferentes pueden coexistir y coexisten con similares bases económicas capitalistas: los Estados Unidos en 1920, Alemania Nazi, Inglaterra en la década del 40, Suiza actualmente; seguramente es poco cuidadoso arrojarlos en un mismo bloque como “comités de las clases propietarias”.

14. *El capitalismo se ve envuelto en una crisis económica tras otra. Estas crisis son cada vez peores. De este modo el capitalismo marcha hacia su crisis final y hacia la revolución del proletariado.*

El ciclo prosperidad-depresión es un hecho económico de suprema importancia en la historia del capitalismo. Pero constituye un problema muy real el de si este ciclo es o no inherente al capitalismo, tal cual está actualmente organizado en estados nacionales individuales y en escala internacional. El rol político del Estado, en acciones económicas directas e indirectas, de sindicatos y de partidos obreros, de la trascendencia económica de la preparación militar, estos y otros desarrollos transforman el problema de la crisis de un problema de mecanismos económicos aparentemente inevitables en asuntos militares y políticos a nivel nacional e internacional.

Sobre la estabilización del capitalismo avanzado, en general, creo que en la actualidad debemos decir lo siguiente: no probado ni en un sentido ni en otro, todavía en balance. De ninguna manera podemos descartar severas crisis económicas; el modelo general de crisis presentado por Marx es instructivo. Pero para probar la corrección o incorrección de las teorías de Marx sobre este punto no es suficiente mostrar que el capitalismo tiene problemas, o incluso que está sujeto a severas crisis. Proceder de esta manera sería tratar a Marx como un simple profeta, más que como el analista social que fue. Debemos preguntar: ¿Cuáles son las causas del trastorno, la naturaleza de las crisis? ¿Cuáles los resultados de estas crisis? Para estas preguntas Marx es una guía inadecuada.

La mecánica de esa estabilización, tal como prevalece —también de las inestabilidades y del posible derrumbe— no se deben a los desarrollos económicos, internos, que Marx previó. La mecánica de la estabilización actualmente incluye en gran medida una mecánica imperialista de un tipo que Marx no previó y, sobre todo, la amenaza de competencia con una estructura no-capitalista económicamente desarrollada, políticamente consolidada y militarmente fuerte —el bloque chino-soviético— acerca del cual evidentemente Marx no tenía nada que decir.

¹ M. M. Bober, *Karl Marx's interpretation of History*. Second Edition (Harvard Economic Studies, Vol. 31; Cambridge, Mass., 1948), pág. 340.

Considerados internamente, los problemas de las crisis capitalistas son cuestiones políticas y militares más bien que problemas económicos como tales. Estas cuestiones existen porque lo que debe ser hecho desde un punto de vista económico es políticamente repugnante para los más poderosos intereses capitalistas. Frecuentemente la preparación de la guerra como un medio de fomento económico es más de su agrado.

El capitalismo avanzado, en sus formas políticas militares y económicas, ha sido estabilizado a escala internacional. Las auto-correcciones, en su interior, de naturaleza políticamente facilitada, operan no sólo en, sino, también entre las economías capitalistas avanzadas. Entre las sociedades capitalistas la ayuda y apoyo han existido por razones políticas y militares sin duda, pero con el resultado económico de una prosperidad capitalista tanto de Norte América como de Europa Occidental. La mayor parte de la ayuda norteamericana desde la Segunda Guerra Mundial ha sido empleada para ayudar a resucitar las economías capitalistas de sociedades ya avanzadas, no para industrializar zonas no-industriales. Esta reconstrucción de post-guerra de los sistemas capitalistas avanzados (tanto de los aliados como de los ex enemigos) ha tendido a consolidarlas como un bloque económico a altos niveles de actividad económica, y a estabilizar este bloque militar y políticamente a escala internacional. El mayor significado político de esta tarea reside en las posturas militares que han sido asumidas por los Estados Unidos y la URSS. Dada esta postura, los EE.UU. ayudaron a la recuperación mundial del capitalismo, directamente mediante ayuda militar e indirectamente, asumiendo la mayor parte del "peso" de la preparación militar para una posible Tercera Guerra Mundial.

Mientras tanto, sin considerar las causas de que ello ocurra, el capitalismo avanzado no ha sufrido un colapso económico; sin duda han ocurrido crisis o depresiones, pero aparecen más episódicas que seculares. Más aún, al superarlas en forma no marxista, la sociedad capitalista tal como Marx la conoció ha adoptado otras formas, muchas de las cuales no eran esperadas por Marx.

Lo que ha llegado a prevalecer es un capitalismo política y militarmente organizado. Sus administradores han aliviado las crisis económicas, y ha habido especialmente desde el comienzo de la Segunda Guerra Mundial una expresión económica en escala sin precedentes.

Marx no vio clara y adecuadamente la naturaleza de la forma monopólica del capitalismo y la manera política y militar de su estabilización. En esta forma monopólica no sólo existe "una anarquía de la producción". Vastos secto-

res han sido altamente racionalizados por corporaciones privadas, asociaciones de comercio e intervención estatal. En síntesis, capitalismo y burocracia no son polos opuestos. Han sido integrados. La anarquía de la producción no se ha generalizado: en medida considerable ha sido racionalizada.

La operación a altos niveles de las más avanzadas economías capitalistas se debe también, en parte considerable a las "demandas artificialmente estimuladas"; las partes integrantes de las mismas son un desperdicio sistemático en enorme escala, una escala que ni siquiera Marx percibió plenamente. Un ejemplo lo constituye la "obsolescencia por status" de mercancías perfectamente servibles; el cambio de modelos de automóviles por Detroit cuesta más que varios años de "todo el programa de inversión productiva de toda la India"¹. Más ejemplos los constituyen el desperdicio económico de la publicidad masiva para no hablar de la preparación para la guerra.

Pero el punto es éste: Marx no supo que a pesar de todo este derroche, en parte a causa de él, las usinas y la productividad capitalista podían continuar e incluso crecer. Vio el desperdicio, el fraude, las contradicciones, pero subestimó las fabulosas capacidades (técnicas, económicas, políticas) del capitalismo plenamente desarrollado tal como nosotros lo conocemos hoy. En el capitalismo avanzado la brecha entre la producción posible y la producción real es ciertamente enorme, como Marx lo vio claramente. Esta contradicción, objetivamente hablando se ha hecho más grande y probablemente continuará creciendo, porque las posibilidades científicas están restringidas por el derroche, la ineficiencia, y por la búsqueda de ganancia a corto plazo. Pero es una brecha política más bien que una "contradicción económica". Siendo cada vez más un problema de evaluación moral y un objeto de decisión política, no ha resultado, ni siquiera durante severas depresiones económicas, en ningún "alzamiento proletario" para resolverlo. Marx supone que el capitalismo es un sistema dinámico determinado en gran medida por fuerzas económicas que operan en él. Como tal, su modelo es una descripción brillante, un análisis y una predicción. Pero el hecho es que "otras fuerzas" han interferido con la mecánica económica. Algunas de éstas están en su interior —en particular fuerzas políticas y militares; algunas son externas— en particular la consolidación mundial del bloque chino-soviético como una contra-partida del capitalismo mundial. El destino del capitalismo como

¹ Thomas Balegh. *The New Statement*, diciembre 12 1959.

sistema depende ahora tanto de estas fuerzas externas como de su propio mecanismo económico interno.

15. *La sociedad post-capitalista pasará primero a través de un estado de transición. El de la dictadura del proletariado; luego se moverá hacia una fase más alta en la que prevalecerá el verdadero comunismo.*

Acerca de esto, no tenemos información: nunca ha tenido lugar una revolución proletaria como la imaginada por Marx. Las revoluciones "hecha en su nombre" ocurrieron en tipos de sociedad muy diferentes de las que él pensaba. Volveremos sobre esto cuando examinemos el marxismo posterior a Marx.

16. *Aunque los hombres hacen su propia historia, dadas las circunstancias de los fundamentos económicos, la forma en que la hacen y la dirección que toma, están determinadas. El curso de la historia está estructuralmente limitado hasta el punto de ser inevitable.*

El modelo general de elaboración de la historia, establecido por Marx y Engels es: a) una generalización aplicada a toda la sociedad del modelo económico del mercado del capitalismo clásico en el cual los acontecimientos son el resultado inesperado de innumerables tomadores de decisiones (los compradores y los vendedores determinando los precios por ejemplo); es también b) una generalización desde una fase históricamente específica del capitalismo —en lo principal, la Gran Bretaña Victoriana— hacia toda la época capitalista y quizá también hacia toda la historia anterior. Los hechos históricos ahora disponibles sugieren la necesidad de un modelo adicional. Estos hechos son: el creciente alcance y la centralización de los medios de poder en todos los principales órdenes institucionales de la sociedad, económicos, políticos y militares. A consecuencia de estos hechos debemos construir otro modelo en el cual los sucesos puedan ser comprendidos en relación más estrecha y consciente con las decisiones y faltas de decisiones de las elites poderosas políticas, militares y económicas.

Debemos aplicar este modelo, con modificaciones apropiadas a la comprensión de los tipos de sociedad soviética, y a los países subdesarrollados, así como a las sociedades capitalistas avanzadas. Las categorías de elites militares, políticas y económicas son entonces tan importantes o más para el análisis y la comprensión de nuestros tiempos como la mecánica de las clases económicas y otras fuerzas más impersonales de la elaboración de la historia.

El modelo marxista de la historia está brillantemente construido y, para una fase de un tipo de sociedad, es generalmente el más apro-

piado. Pero tomado aisladamente y usado universalmente es una generalización indebida y, como tal inadecuada. Supone una sociedad en la cual las unidades típicas son pequeñas en escala y su modo de interacción, como la economía de mercado libre, autónoma. En términos marxistas, tal sociedad es mencionada como el "reino de la necesidad". Marx también se refiere, por supuesto, al "reino de la libertad", al reinado post-capitalista en el cual los hombres serán dueños de su propio destino y la intención coincidirá más estrechamente con el suceso resultante. El reinado de la necesidad prevalece todavía; y el modelo de Marx a él referido es útil en todos los tipos de sociedad, en muchas de las sociedades capitalistas avanzadas, tanto como en el mundo subdesarrollado. El reinado de la libertad es todavía sólo un ideal; en el sentido en que Marx lo concebía no existe en ninguna parte.

Pero estos no son los dos únicos modelos disponibles de la elaboración de la historia y no podemos suponer que el segundo es la única alternativa para el primero. Se necesitan otros modelos tanto para el capitalismo avanzado como para otros tipos de sociedad.

No necesariamente ha de ocurrir la secuencia de épocas imaginadas por Marx. La secuencia (del feudalismo al capitalismo y del capitalismo al socialismo) es el gran armazón histórico de la teoría de Marx y de sus expectativas. Ahora debemos modificarla: del capitalismo avanzado en ninguna parte ha surgido un socialismo reconocible como marxista; del feudalismo ha surgido directamente un tipo de socialismo. En este tipo, además, la supuesta coincidencia de los intereses individuales con los de la comunidad —el reinado de la libertad— no es por cierto un hecho carente de ambigüedad.

De modo que esas mismas épocas —feudalismo, capitalismo, socialismo— necesitan ser revisadas: el capitalismo que prevalece no es el capitalismo que Marx conoció; las sociedades post-capitalistas que han aparecido, no concuerdan con las expectativas de Marx, ni en sus orígenes ni en sus características. El socialismo que Marx esperaba, y más aún el comunismo. No es ciertamente todavía la sociedad que ha surgido a partir de un tipo de feudalismo, en la zona chino-soviética.

17. *La estructura social, como se ha indicado en la proposición N° 1, está determinada por sus fundamentos económicos; consecuentemente, el curso de su historia está determinado por cambios en esos fundamentos económicos.*

Los medios económicos son sólo uno de los medios de poder y en sí mismos pueden ser conformados, de hecho determinados, por medios económicos y militares y de acuerdo a propósi-

tos e intereses políticos y militares. El "determinismo político" y el "determinismo militar" son frecuentemente tanto o más relevantes que el "determinismo económico" para la explicación de muchos hechos cruciales ocurridos en la primera mitad del siglo XX.

El determinismo económico de Marx (y con él, la inevitabilidad de la historia con que está estrechamente relacionado) es contrapuesto generalmente al "determinismo moral" de los liberales y los socialistas utópicos. Ambos puntos de vista, creo, son históricamente específicos al período entre la Revolución Francesa y la Primera Guerra Mundial, y en particular a Gran Bretaña y los Estados Unidos. Ninguno de los dos puede ser tomado como universal. Ambos deben ser reconsiderados a la luz de los sucesos en nuestro propio presente y en el futuro inmediatamente previsible. Y por supuesto no estamos limitados al determinismo moral ni al económico.

Desde la época de Marx, la estructura social del capitalismo ha cambiado en grado tal como para requerir un nuevo planteo del peso causal de las instituciones económicas, y de sus relaciones causales con otras instituciones. En vista de la historia de los movimientos marxistas, de los desarrollos del capitalismo avanzado, y de las condiciones y perspectivas del mundo subdesarrollado el determinismo económico ha llegado a parecer ser un error fundamental (aunque muy fructífero) en la obra de Marx. El punto de vista de que las causas económicas son las causas supremas en el interior del capitalismo está directamente ligado a las erróneas expectativas acerca del rol obrero, la super formal teoría del poder y la super simplificada concepción del Estado.

Desde la Primera Guerra Mundial, se ha hecho crecientemente claro que las formas políticas pueden afectar drásticamente —e incluso, en ocasiones, determinar— la economía de una sociedad. Lo decisivo puede muy bien ser no el modo de producción económica sino el modo de acción política.

Desde el momento en que más y más áreas de la vida social, tanto privada como pública, devienen objeto de organización política, deben ser considerados como bases para la realización de la historia por el hombre, una lucha por ideales políticos y por los medios de acción y conjuntamente con los medios económicos, y de decisión política y militar.

Esto no significa que los poderes económicos son de menor importancia, o que no son traducidos en efectivo poder político y militar. Pero sí significa que con la expansión del Estado, los poderes económicos son ahora frecuentemente defensivos y limitados, y que no son la llave todopoderosa para la comprensión del po-

der político o para la conformación de las estructuras sociales totales.

Muchas formas de desarrollo económico del siglo XX deben ser explicadas por cambios en las fuerzas políticas y militares. No quiero decir con esto que haya que remplazar el "determinismo económico" por el "determinismo político" o por el "determinismo militar", sino sólo sugerir que el peso causal de cada uno de estos tipos no está sujeto a ninguna ley universal. Debe ser históricamente determinado en el caso de cada sociedad dada.

En varias sociedades capitalistas, el manejo político ha modificado considerablemente la base económica —y los efectos sociales de la economía— sobre todos los estratos de la población.

El Estado benefactor no sólo está "determinado" por el modo de producción económico, aunque por supuesto se hizo posible por el desarrollo económico. Lo que hoy día es políticamente posible en las economías capitalistas es indudablemente más amplio que lo que la doctrina de Marx nos permitiría esperar. Hasta donde es más amplio no lo podemos predecir, pero no hay nada inherente al sistema económico capitalista que prohíba la realización política de la historia, incluyendo reformas y cambios deliberados en la economía misma.

En la presente etapa del capitalismo, la arena de conflicto y el motor de cambio histórico es menos la base económica como tal que las instituciones políticas y económicas incluidas en la economía política. Esta variedad de capitalismo político no fue conocido ni previsto por Marx. El no aprehendió ni la forma casi neomercantilista que éste ha adoptado, ni la extensión y los efectos del capitalismo políticamente controlado y subsidiado. Los subsidios han sido directos e indirectos, de naturaleza benefactora y militar. Que puedan ser considerados subsidios a los defectos económicos del capitalismo no altera mi punto de vista: lo refuerza.

Las fuerzas políticas que han modificado al capitalismo en algunos países son reformas llevadas a cabo bajo la advocación de Marx; en otros, como en el New Deal, existen fuerzas liberales frecuentemente dirigidas por círculos de la clase superior y fuertemente influidos por el peso de esas "clases intermedias" que Marx suponía que habrían de desaparecer. En parte, también, las modificaciones son sin duda concesiones hechas por el capitalismo monopolista en prosecución de sus propios intereses. Los capitalistas tienen más control político sobre las fuerzas económicas y de esta manera pueden perpetuar su rol en el capitalismo político, contrariando de esta manera las anticipaciones marxistas de crisis económicas y sus esperados resultados.

En síntesis, debemos generalizar el acerca-

miento de Marx a la economía. Enfocaremos así —como lo hizo Marx— las cambiantes técnicas de la producción económica. Pero también enfocaremos —como lo hizo Max Weber— las técnicas de violencia militar, de lucha política y de administración, y los medios de comunicación; en síntesis, enfocaremos todos los medios de poder, y sus variadas relaciones entre sí en sociedades históricamente específicas. Así podemos hablar de modo plenamente marxista de la apropiación y monopolización de tales medios políticos y militares. El énfasis sobre la economía debe ser tratado como una conveniencia de método. Debemos siempre tratar de distinguir su peso causal en la sociedad como un todo, pero debemos dejar abierta en mayor medida que Marx las posibilidades de mayor autonomía política y militar.

Pienso que esto es un refinamiento necesario y útil y una elaboración del modelo general de sociedad bosquejado por Marx. Se puede entonces hacer *cualquier cosa* que los marxistas quieran argumentando e investigando el determinismo económico. Pero el determinismo económico deviene entonces una hipótesis que debe ser probada en cada época específica y en cada sociedad. El determinismo militar o el político puede ser probado de la misma manera. En la etapa actual de nuestro conocimiento, ninguno de los tres debería ser automáticamente asumido como uniformemente predominante entre los factores de desarrollo histórico de todas las sociedades, y ni siquiera en todos los tipos de sociedades capitalistas.

Hay una implicación del determinismo económico que va en detrimento de la utilidad actual del trabajo de Marx: el rol en la historia del estado-nación y del nacionalismo.

Que el nacionalismo declinaría, que el internacionalismo llegaría a ser dominante en la ideología y en la política perseguida por los trabajadores — estas expectativas han resultado bastante erróneas.

Esto se revela en los movimientos socialistas y en los estados comunistas, en las sociedades capitalistas y en las áreas subdesarrolladas y coloniales.

En el capitalismo, el internacionalismo como corriente generalmente ha perdido fuerza desde la época de Marx. Los trabajadores ciertamente se han hecho no menos nacionalistas que las clases media y alta. El golpe más dramático a la idea del "internacionalismo" especialmente en Alemania fue aplicado por la Segunda Internacional en el momento de la Primera Guerra Mundial. El 4 de agosto de 1914, el "socialismo" europeo abrazó de modo decisivo el nacionalismo.

Un significado de tales hechos para el modelo marxista es que las clases son sólo una de las

bases en términos de las cuales puede formarse la conciencia de intereses —y específicamente la conciencia apasionada; muchas otras bases interfieren su acción por fuerte que ella pueda ser a veces. El nacionalismo es sólo el ejemplo más obvio de este hecho más general, pero *es* un hecho perturbador. Contrariamente a las expectativas de Marx, el nacionalismo ha crecido en importancia como fuerza política y económica, como forma militar y como base de la conciencia de los hombres. Hoy día en la realización de la historia los estados-nacionales —y los bloques de estados supra-nacionales— son las formas más inmediatas de organización, de conciencia política y de voluntad militante. Las clases, y particularmente las alianzas de clases, operan por supuesto a través de los estados nacionales, pero los poderes políticos y militares que se ubican en estas estructuras políticas y se apoyan sobre la conciencia nacionalista, frecuentemente modifican las clases y las alianzas de clases. Las diferencias económicas son más grandes entre los estados nacionales que entre las diferentes clases en las naciones capitalistas avanzadas. Independientemente de lo que la práctica de los marxistas posteriores pueda revelar, la idea no forma una parte sistemática en la obra de Carlos Marx.

Para resumir: en el centro del pensamiento de Marx —y de todas las variedades del marxismo— se encuentra esta proposición: de todos los elementos y fuerzas de la sociedad capitalista son los trabajadores quienes están destinados a ser los actores políticos dinámicos en la madurez y en la declinación del capitalismo. Virtualmente cada característica del marxismo, tal como lo hemos indicado, halla su lugar como una explicación del porqué ese proceso ocurre y porqué debe continuar.

Intelectualmente, ese es el corazón del marxismo. Las teorías de tendencia, anotadas en nuestro inventario de las ideas marxistas, yacen inmediatamente por detrás de esta metafísica del trabajo y la sostienen como la proposición central acerca de lo que está sucediendo en el mundo capitalista avanzado.

Moralmente, también, el marxismo es una afirmación del proceso por el cual los trabajadores se están transformando en proletariado revolucionario, y una celebración del drama revolucionario que ellos llevarán a cabo.

Políticamente, la historia de los marxistas es, en última instancia, un conjunto de estrategias y esfuerzos para hacer avanzar este proceso, y de esta manera hacer posible o asegurar la realización de ese drama. Siendo esto así, debe decirse inmediatamente que la principal expectativa política de Marx acerca de las sociedades capitalistas avanzadas ha sufrido un colapso: el agente central que él designó no se desarrolló

conforme a lo esperado; el rol que esperaba que ese agente cumpliera no ha sido cumplido. Las tendencias que supuestamente facilitarían el desarrollo y el rol del agente no han tenido lugar, y cuando han tenido lugar, episódicamente y en parte, no han llevado a los resultados esperados. Los trabajadores en el capitalismo avanzado raramente han devenido "vanguardia proletaria"; no se han transformado en el agente de ningún cambio revolucionario de época. En medida muy considerable han sido incorporados al capitalismo nacionalista — económica, política y psicológicamente. Así incorporados, constituyen en el capitalismo una variable dependiente más que una variable independiente. Lo mismo es verdad de los sindicatos y de los partidos obreros. Estas organizaciones funcionan económica y políticamente de manera reformista tan sólo, y dentro del sistema capitalista. La lucha de clases en el sentido marxista no *prevalece*; los conflictos de intereses económicos han sido generalmente institucionalizados: están sujetos a decisión indirecta y burocrática más que a la lucha política abierta. Hay, por supuesta, conflictos básicos de intereses de clase, pero hay muy poca lucha de clases en torno a ellos.

Estos puntos forman un serio cargo contra Marx; llevan implicaciones para las categorías y el modelo que él estableció. Para decirlo de otra manera: no sólo han fallado las expectativas de Marx en cualquier sociedad capitalista avanzada, sino que también hay muy buenas razones para esperar que no van a darse de la forma y en la escala que Marx esperaba. No se trata nuevamente de un error empírico; se trata de deficiencias teóricas de sus categorías y en su modelo general del capitalismo.

Después de todo, esto era de esperar en vista de que el modelo de Marx como un todo, y virtualmente en cada una de sus partes, está construido sobre y en torno a la metafísica del trabajo. Desde que esta metafísica del trabajo constituye el punto central y las mayores expectativas políticas del marxismo clásico, su colapso implica el colapso de muchas cosas más en su pensamiento.

Detrás de la metafísica del trabajo y de los erróneos puntos de vista acerca de las tendencias que la sostienen hay deficiencias en las categorías marxistas de estratificación; ambigüedades y falsos juicios acerca de las consecuencias políticas y psicológicas del desarrollo de la base económica; errores concernientes a la supremacía de las causas económicas en la historia de las sociedades y en la mentalidad de las clases; inadecuaciones de una teoría psicológica racionalista; una teoría generalmente errónea del poder; y una inadecuada concepción del estado.

Aún siendo lo más generosos posibles en nuestra aplicación a la obra de Marx de su propio

principio de especificidad histórica, lo hallamos demasiado equivocado sobre demasiados puntos. Las expectativas políticas, psicológicas y económicas claramente derivables de su obra parecen crecientemente irreales, y su modelo como un todo crecientemente inadecuado. Sus teorías llevan la marca del capitalismo victoriano. Esto no debe sorprendernos pues a él se aplicaron. Debemos acusarlo de haber muerto dejando inconclusa su obra en 1883.

Por supuesto, es fácil confrontar la doctrina del siglo XIX con los hechos del siglo XX — han pasado tantas décadas desde que fue realizada la obra de Marx. Semejante sabiduría a posteriori frente a una obra como la suya puede hacer que uno se sienta barato; pero es inevitable para cualquier posible avance en la reflexión y en la investigación social. Hoy día el marxismo clásico es menos una definición adecuada de las realidades del capitalismo avanzado que una afirmación política optativa. Pero debemos preguntarnos ahora: ¿ha sido destruido el valor del método de Marx? Mi respuesta debería resultar clara: no. Su método es una gran y duradera contribución a las mejoras tradiciones del pensamiento sociológico y de la investigación.*

Pero el valor de su modelo general de la sociedad y de la historia ¿ha sido destruido por la marcha de acontecimientos históricos que subvertieron teorías y expectativas específicas? Mi respuesta a esta pregunta es sustantivamente: sí. El modelo tal cual Marx lo dejó es inadecuado. Se lo puede emplear sólo con gran torpeza intelectual y desperdicio de sofisticación, y frecuentemente sólo con doblez. Para nosotros, hoy, la obra de Marx es un punto de partida, no una perspectiva terminada de los mundos sociales que estamos tratando de entender. En lo que se refiere a nuestra propia filosofía política orientadora y a nuestras propias teorías sociales, podemos no saber exactamente dónde estamos, pero hay poca duda que estamos en algún punto "más allá" de Marx. Pruebas de esto, fragmentarias y de ninguna manera decisivas, han sido sugeridas a lo largo de este capítulo.

* No me refiero a las misteriosas "leyes de la dialéctica" que Marx nunca explicó claramente, pero que sus discípulos pretenden usar. Quien observe desde afuera debe observar que entre los dialecticistas no hay acuerdo acerca del significado de la dialéctica. Pero considerese, por un momento, las "tres leyes":

Primero, los cambios cuantitativos producen cambios cualitativos, y viceversa. La polémica que Marx hace con esta "ley" es contra los que creen que no hay "saltos" (es decir revoluciones) en la historia, sino una serie de cambios graduales. En nuestra época revolucionaria ya no es más necesario "refutar" tal punto de vista por referencia a pretendidas "leyes". Es obvio que

Pero se plantea todavía otra pregunta. "El marxismo" ciertamente no termina con Marx. Comienza con él. Pensadores y actores posteriores han usado, revisado, elaborado sus ideas, y han establecido nuevas doctrinas, teorías y estrategias. De un modo u otro éstas ciertamente están "basadas en Marx", aunque sólo pueden ser identificadas con el marxismo clásico por aquellos que sienten que deben distorsionar intelectual y políticamente la historia para satisfacer su necesidad antimarxista de lograr certidumbre a través de la ortodoxia. Pero este no es el verdadero problema. La cuestión fundamental es: ¿son algunas de estas teorías posteriores adecuadas como orientación política y útiles para la investigación social hoy día?

si algo cambia en medida suficiente, se transforma en algo diferente a lo que era en un principio.

Segundo, "la negación de la negación": una cosa nace de otra y luego entra en conflicto con ella. A su vez esta última lleva en sí "la simiente de su propia destrucción". Los textos de Marx están llenos de metáforas tomadas del ciclo reproductivo y de la sala de partos. Las cosas están preñadas, existen falsas alarmas, abundan los úteros y las parteras, y finalmente, está el alumbramiento sangriento. Así el proletariado nacido del útero del capitalismo, a su turno hace a la sociedad capitalista "embarazada de revolución". Pero no hay un método claro y tajante para reconocer la "negación"; no se debieran confundir metáforas de estilo con un método de pensamiento, y mucho menos con "una ley científica general de la naturaleza". El contenido sustantivo es meramente esto: que las cosas (a veces) crecen a partir de otras y (a veces) a su vez desplazan a aquellas.

Tercero, la "ley" que los marxistas consideran la más importante: "la interpretación de los opuestos", que yo entiendo que quiere decir que en el mundo existen contradicciones y resoluciones objetivas. Esto es claramente confundir la lógica con la metafísica; uno puede decir que las afirmaciones que hacen los hombres son a menudo contradictorias. Pero no se puede decir que los árboles y las rocas, o las clases, "son contradictorias"

entre sí. Los hombres puede creer que las cargas negativa y positiva de la electricidad "son contradictorias", pero esto es claramente antropomorfizar la electricidad.

La simple verdad acerca de las leyes de la dialéctica en el sentido que se encuentra en la obra de Marx, es que son modos de hablar acerca de los hechos una vez que estos han sido explicados por los medios ordinarios del discurso y la prueba. Marx mismo nunca *explicó* nada mediante las leyes de la dialéctica, aunque, en ocasiones, no evitó el vocabulario dialéctico del oscurantismo. "La dialéctica" era, después de todo, el vocabulario del hombre educado por Hegel, y Marx dio a este vocabulario un buen uso sustantivo: en términos de dialéctica rechazó el absurdo de las opiniones dieciochescas acerca de la "armonía natural"; logró un sentido de la fluidez y de la naturaleza multifacética de la historia; vio la interconexión universal de toda sus fuerzas, mantuvo consistentemente una percepción del cambio perenne, del genuino conflicto y de las ambiguas potencialidades de toda situación histórica.

Podemos también comprender que si no para Marx, sí para muchos marxistas, la mera referencia a la "dialéctica" sirve para escapar a la trampa determinista. Pero para los autodesignados "íntimos" es demasiado frecuentemente un medio intelectualmente barato para alcanzar profundidades misteriosas, un sustituto del duro trabajo de aprender; quizá su insistencia en este lenguaje se debe principalmente a que se transformaron en discípulos antes de haber leído mucho más. Para nosotros, el "método dialéctico" es una mezcla de lugares comunes, una forma de ambigüedad, un oscurantismo pretencioso, o las tres cosas.

El error fundamental de los "dialécticos" es la omnipotente confusión de la lógica y la metafísica; si las leyes de la dialéctica fueran las leyes "más generales del movimiento" todos los físicos las usarían todos los días; por otra parte, si la dialéctica es la "ciencia del pensamiento", entonces se trata del objeto de la psicología y no de una lógica o de método. Como guía para el pensamiento, la dialéctica puede ser más bien una carga que una ayuda, pues si todo está relacionado con todo, dialécticamente, entonces es necesario conocer todo para conocer algo, y es difícil seguir las secuencias causales.

Studies on the Left

a journal of research, social theory and review

P. O. Box 33,
Planetarium Station,
New York 24, New York

Suscripciones: u\$s 4.00

El N° 1 de 1964 contiene dos importantes estudios de Isaac Deutscher
y George Lukacs sobre el conflicto China - URSS

Los marxistas

III. Nuevos comienzos?

PARA Marx la agencia del cambio histórico —el proletariado— es un elemento intrínseco en el desarrollo del capitalismo. De acuerdo a esto, el socialismo no es meramente el ideal de alguna minoría y no puede serle impuesto a la población de un país. Es el próximo estadio de la historia, la época post-capitalista y puede ocurrir solamente cuando el proletariado adquiere conciencia revolucionaria. Virtualmente todas las teorías específicas del marxismo clásico son intentos de describir y de explicar este tema central.

1

Hay dos hechos fundamentales relacionados con la escena del acontecimiento culminante: Primero, en ninguna sociedad capitalista avanzada ha tenido éxito una revolución de tipo proletario o bolchevique. Segundo, las revoluciones de tipo bolchevique, en nombre del marxismo, han tenido éxito solamente en sociedades campesinas atrasadas sujetas a gobiernos autocráticos.

No existe en la actualidad ninguna razón substancial para creer que en el futuro previsible ocurrirán revoluciones marxistas en cualquiera de las grandes sociedades capitalistas avanzadas. De hecho, el potencial revolucionario de los asalariados, sus sindicatos y partidos políticos, es débil —cualquiera sea el significado razonable de esa frase. Esto es cierto respecto al período generalmente próspero posterior a la Segunda Guerra Mundial; fue cierto también respecto a la década del treinta cuando presenciábamos la más intensa depresión hasta entonces conocida por el capitalismo mundial.

Tales hechos no deberían determinar nuestra visión del futuro, pero tampoco pueden ser descartados mediante referencias a los corrompidos y corruptores “pseudo dirigentes obreros”, al

éxito de la propaganda capitalista, a la prosperidad económica debida a la economía de guerra, etc.

Admitamos que todo esto es cierto; aún así la evidencia apunta hacia el hecho de que bajo el capitalismo maduro los obreros aceptan el sistema sin reservas serias. Dondequiera que en una sociedad capitalista avanzada existe un partido obrero, el mismo tiende ya sea a debilitarse o, en la política práctica, a incorporarse al aparato del estado benefactor. Los partidos socialdemócratas resultan, en todas partes, meramente liberales, una especie de ineficaz fachada permanente de la oposición.

Las revoluciones en nombre del marxismo, han triunfado sin ayuda exterior en tres países: Rusia, China y Yugoslavia. Contrariamente a las expectativas de Marx, cada uno de esos países en la época de su revolución, era una sociedad extremadamente atrasada con población predominantemente campesina y gobierno autocrático. La instalación de regímenes stalinistas en Albania, Rumania, Bulgaria, Polonia, Hungría, Alemania Oriental y Checoslovaquia, no fue el resultado de ninguna revolución autónoma proletaria o no proletaria. Todos excepto uno —el checoslovaco— fueron impuestos por las armas rusas (sobre los talones de los ejércitos nazis en retirada).

2

La historia del marxismo es la historia de pensadores del siglo XIX y políticos del siglo XX. Es también la historia de hombres del siglo XX que son al mismo tiempo pensadores y políticos. Sin embargo hay un aspecto del marxismo que corre a través de las distintas épocas que hemos examinado brevemente. Para decirlo del modo más obvio: la capacidad teórica de políticos como Stalin, Mao-Tse-Tung, Khrushchev

y la de los pensadores Marx y Engels, son simplemente no comparables. No hay necesidad de probar esto; basta simplemente con leerlos. Pero para comprender por qué esto es así, debemos tener presentes tres cosas: 1) Marx no se dirigía a millones de personas; los políticos del siglo XX están haciendo precisamente eso. 2) Marx no tenía poder político; estos hombres tienen en sus manos el enorme poder del partido y del estado, del ejército y la ciencia. 3) Marx escribió en una situación mundial en que no existían sociedades postcapitalistas; estos políticos están en el medio de una clase de “construcción socialista”, acerca de la cual Marx tuvo poco o nada que decir. De modo que resulta poco sorprendente que estos políticos sean más cerradamente ideológicos y menos libres como teóricos, que sean menos abstractos y más prácticos, que su obra teórica o “verbocrática” tenga que ver, ante todo, con política práctica, con decisiones, con justificaciones.

Con respecto a estas diferencias, Lenin y Trotsky se encuentran entre los pensadores del siglo XIX y los políticos del siglo XX. Ambos son pensadores de alta calidad y ambos se encuentran entre los más completos políticos de los últimos cien años. Eso explica por qué hoy día tantos intelectuales soviéticos, y el Partido en general, encuentran en Lenin su imagen del hombre ideal. Para ellos Lenin corporiza “la unidad de la teoría y de la práctica”. Aparte de que él es El Hombre Representativo del Marxismo y el hombre ideal del comunismo futuro. Políticamente estos juicios sobre el lugar que ocupa Lenin en la historia del marxismo son correctos. Pero los mismos intelectuales sostienen acerca de Trotsky juicios fragmentarios y vulgares, basados en la enorme ignorancia y en la sistemática distorsión de la era stalinista (que prevalece todavía). Si llegara el día en que el Partido publique grandes ediciones de las obras completas de Trotsky, y discuta amplia y libremente sus contribuciones teóricas y sus roles políticos en su Revolución, eso sería seguramente lo más propicio para los nuevos comienzos en el marxismo soviético. Este día aparece bastante lejano; pero sólo un tonto podría decir que nunca arribará.

Ningún marxista, incluyendo Marx y Lenin, llenó tan brillantemente tantos roles revolucionarios como León Trotsky. De su vida y su obra como también de las de Lenin, puede decirse en verdad que teoría y práctica estuvieron intrincada y continuamente relacionadas. Las diversas visiones y revisiones de Trotsky, sus críticas y sus contribuciones al marxismo, cubren toda la extensión de su desarrollo a lo largo de los primeros cuarenta años de este siglo. Al enfrentamiento entre reforma y revo-

lución, entre ortodoxia y revisionismo, agregó una especie de revisionismo revolucionario que llamó Revolución Permanente. Se embarcó en las tempranas e intelectualmente maravillosas controversias acerca de las perspectivas de la revolución en Rusia, en Europa, en América: argumentos bolcheviques versus argumentos mencheviques, versus argumentos populistas sobre las estrategias revolucionarias.

Las dolorosas e inmediatas decisiones de la Revolución misma, luego la terrible, precaria guerra civil que le siguió; finalmente primero en Rusia y luego desde el exilio, los ensayos, ataques y críticas de Trotsky estaban en el medio de todo.

Temprano en su carrera Trotsky elaboró algunos de los elementos esenciales de lo que llegó a ser el más serio y potente intento de reconciliar la teoría de Marx con la práctica bolchevique —su “teoría de la revolución permanente”. Hacia el fin de su vida, Trotsky suministró la más completa teoría de la sociedad presidida por Stalin. En el interín, escribió un sensitivo libro de crítica literaria, una historia en tres volúmenes de la Revolución Rusa que es una de las verdaderamente grandes obras históricas del siglo XX, y un torrente de panfletos y cartas.

Políticamente, estuvo en los puntos decisivos de la acción desde el comienzo del siglo hasta que fue exilado por Stalin en 1929. Dirigió el Soviet de Petrograd en 1905 y nuevamente en 1917. Durante la Guerra Civil formó y dirigió el Ejército Rojo y, cuando el stalinismo tomó el control, se transformó a su debido tiempo en el centro de la oposición.

Sin embargo, incluso con su dimensión verdaderamente sorprendente, Trotsky también como pensador y como político estaba históricamente condicionado: vivió antes y durante los sucesos de la revolución, contribuyendo poderosamente, como ya se indicó, al bolchevismo como teoría y práctica. Pero después de su exilio, se convirtió en un revolucionario sin un contexto revolucionario, un burócrata sin burocracia, un político sin partido. Él tenía la voluntad, el motivo, pero ni los medios ni la oportunidad —los dos son siempre relativos— de hacer una revolución.

Es un signo característico de la historia del marxismo que sus doctrinas y su práctica han estado, de una manera u otra, estrechamente unidas. Aún aquellas importantes decisiones que no son adoptadas abiertamente sino que se tornan públicas después del hecho, están sujetas al análisis y debate doctrinarios.

Mi opinión, ya sugerida, es que probablemente el marxismo sirve de guía en la Unión Soviética más que el liberalismo en los EE. UU.

Primero, los hechos políticos del poder hacen

que sea así: la élite soviética está en una posición de poder y esto posibilita que sea guiada por la teoría más de lo que lo es la élite americana.

Segundo, los dirigentes norteamericanos están menos educados en los clásicos del liberalismo que lo que están los soviéticos en los clásicos marxistas. Las tradiciones, el entrenamiento, la selección de la élite soviética, son mucho más susceptibles de ser afectadas por posiciones y disputas teóricas. Las ideas, en una palabra, y no solamente los slogans, cuentan más en la Unión Soviética que en los Estados Unidos, tanto en los altos círculos como en el resto de la población.

Tercero, las distorsiones e ilusiones de hoy día en el marxismo soviético no deben hacernos cerrar los ojos ante el hecho de que muchos clásicos marxistas ocupan un lugar oficial en las rutinas educativas y en la ideología política. A pesar de la doblez y de la ofuscación características de la ideología soviética, sus elementos de marxismo genuino, contienen más de valor para comprender las realidades sociales del mundo actual que el que contienen las abstracciones, los slogans y los fetiches del liberalismo.

3

Existen grandes diferencias entre la posición de Stalin en los años 30 y la de Khrushchev en la década del 60. Stalin podía imponer su punto de vista sobre la Unión Soviética y sobre los partidos comunistas de todo el mundo. Rusia era entonces el "único país socialista" y Stalin lo controlaba firmemente así como a los partidos del exterior. Pero la Rusia de Khrushchev no es "el único país socialista" y su control, aún dentro de Rusia, es ciertamente más político y menos dictatorial que el que ejercía Stalin.

Al lado de la Unión Soviética está ahora China, geográficamente más pequeña pero con población mucho mayor y en una distinta fase y en un distinto nivel de desarrollo. China está hoy en un estadio de desarrollo algo similar al que atravesaba Rusia en los comienzos de la década del treinta. Los ideólogos chinos interpretan el "leninismo" de modo diferente que los de la Unión Soviética.

Aquellos que piensan con esperanza sobre el futuro del bloque soviético indican que los standards de vida y de educación se están elevando; que la situación internacional puede aliviarse y que la seguridad militar de los países soviéticos está alcanzando el punto de invulnerabilidad. A medida que ocurren estos progresos, sostienen los optimistas, el pueblo legitimará más plenamente el sistema dominante; de esta manera las libertades y prácticas democráticas podrán prevalecer cada vez más. Ciertamente, dicen, prevalecerá una libertad más genuina porque incluirá la vida económica así como la política.

Para quienes sostienen esta tesis, la aparición o no de instituciones como las existentes en las democracias "occidentales", parece menos importante que la esperanza de que prevalecerá un contenido democrático.

Desde la muerte de Stalin, los acontecimientos nos han hecho recordar que el marxismo —por mucho que bajo Stalin haya sido un credo monolítico, irracional y dogmático— es, después de todo, un credo explosivo y liberador, y que los fines por los cuales Marx se esperanzó, y están incorporados en su pensamiento, son fines liberadores. El más serio error que podemos cometer en nuestro esfuerzo "para comprender al denominado comunismo", es amontonar como a un consistente demonio a todos los países y doctrinas que pasan bajo el nombre de "marxismo" o "marxismo-leninismo" bajo una sola denominación mal llamada "comunismo".

Aunque el bloque no se esté desintegrando, está muy lejos de ser homogéneo. No es ni inmutable ni monolítico. Los cambios en su interior no indican ni el advenimiento de la sociedad comunista ni su desintegración. Los principales cambios incluyen lo siguiente:

Primero, dentro de la Unión Soviética el khrushchevismo significa la resurrección del Partido como la agencia de dominación. En diferentes épocas Stalin había usado distintas agencias de control, diferentes departamentos gubernamentales, estaciones de tractores, la policía secreta. La importancia de Khrushchev reside en la revitalización del Partido como la agencia primordial.

Segundo, el Bloque Soviético ya no es más dominado como lo fue por un partido comunista —el Partido de la Unión Soviética. Otros partidos de otras unidades nacionales tienen más voz en "la línea general del campo socialista" —y más lugar para maniobras y divergencias. Hay mayor variedad en sus relaciones con la Unión Soviética, y ciertamente no una mera subordinación unilateral. El creciente poderío de China ha tenido mucho que ver con este cambio; pero la misma escala del Bloque tiende a mover a sus miembros en esta dirección.

Tercero, hay mayor flexibilidad en la actitud dentro del Bloque Soviético hacia naciones nuevas, tales como Guinea y Cuba, que son extremadamente nacionalistas, y aunque influenciadas por ideas marxistas no son de ningún modo "democracias populares". No existe hacia estos países la actitud de con nosotros o contra nosotros que acompañaba a la dominación de Stalin.

Cuarto, esos tres cambios apuntan hacia, y están profundamente involucrados con un hecho de la mayor importancia: la ruptura de la ortodoxia entre los marxistas tanto dentro como fuera del Bloque Soviético. De paso, debe mencionarse que este hecho contrasta de modo agudo

SIGUE EN LA PAG. 33

Irving L. Horowitz

Al sorprenderlo la muerte, Wright Mills trabajaba en una *Comparative Sociology*, considerada por él como paso inicial hacia un estudio comparativo en seis a nueve volúmenes sobre el alcance mundial de las estructuras sociales de hoy en día. La formidable envergadura de este intento puede captarse sin dificultad a través de este artículo de Irving Horowitz, originariamente publicado en *Studies on the Left*.

Irving L. Horowitz es Profesor Asociado de Sociología en la Universidad Washington de St. Louis. Acaba de editar *The New Sociology: Essays in Social Theory and Social Values in Honor of C. Wright Mills*.

Los escritos inconclusos de C. Wright Mills: La última fase

TODO ESFUERZO dirigido a la *reconstrucción* intelectual —que constituye precisamente la naturaleza de la interpretación— está condenado a ser incompleto y selectivo. Teniendo en cuenta las dificultades adicionales inherentes a la *construcción* intelectual —que consiste en someter a formas sistemáticas materiales incompletos— el resultado de aquel esfuerzo puede ser contemplado con escepticismo. Parecería que esto se aplica especialmente al caso de C. Wright Mills, pues su estilo punzante, sus originales epítetos y su empuje ideológico difícilmente puedan quedar adecuadamente reflejados en un ensayo breve sobre su obra inconclusa. Pero es también mi convencimiento, adquirido tras la debida meditación, que estos *letzte gedanken* representan bajo formas incipientes una dimensión realmente nueva y significativa en la obra de Mills. Es así que ofrecemos este ensayo con una mezcla de inhibición y orgullo: inhibición que nace de saber cuánto más importante hubiera sido este material en su forma acabada, y orgullo de tener esta oportunidad de presentar dicho material a un público interesado.

Paradójicamente, el estudio que Mills estaba confeccionando con mayor dedicación en la época de su muerte es el que ha quedado con estructura más incompleta. El proyecto de título que Mills pensaba dar a su obra, *Soviet Journal: Contacting the Enemy*

(Diario soviético: contactando al enemigo), era el producto de sus entrevistas con figuras rectoras de la vida política, cultural y educacional soviética. El libro es en verdad una tentativa de llegar, en materia de sofisticación sociológica y forma literaria, más allá del punto alcanzado en *Listen, Yankee!* (Escucha, yanqui) o en *The Causes of World War III* (Las causas de la tercera guerra mundial). El *Soviet Journal* iba a ser escrito en forma de diálogo entre una diversidad de personajes ideológico-políticos que van desde el conservador, pasando por el moderno liberal, el comunista soviético y el socialista al margen del bloque, hasta el radical independiente norteamericano (que es el propio Mills).

En el momento de su muerte, en 1962, Mills había llegado a trazar un retrato colectivo de los diversos funcionarios rusos que conoció y con los cuales habló entre abril y mayo de 1960. Lo único que ha quedado completo es el conjunto de respuestas dadas por los funcionarios rusos a las preguntas del autor. Y aparte de que los interlocutores soviéticos proporcionan en sus respuestas observaciones muy interesantes sobre las contingencias de la vida bajo los bolcheviques post-stalinistas, más importantes son todavía la técnica de las preguntas, la forma dialéctica y las observaciones sobre la política rusa y la conducta intelectual. Mills estaba ansioso de avanzar más aún en su teoría de las élites políticas. Y al tiempo que habla de la "élite soviética" menciona también las dificultades que presenta el recoger información sobre esa élite con los datos de las entrevistas exclusivamente.

Los miembros de la élite soviética están por demás identificados con ella y sienten con harta profundidad esa identificación. Es comprensible que así lo proclamen, porque en más de un aspecto esa es la pura verdad. Muchos de ellos están dentro de la élite de poder; muchos otros están estrechamente vinculados a ella, y la mayoría de los restantes se sienten vinculados con la élite. Tienen abiertas muchas líneas de comunicación recíproca y de contacto con los centros.

Mills concluye este aspecto del estudio sobre la élite soviética con una humilde pregunta: "Me llevó unos treinta años de trabajo intelectual comenzar a forjar una imagen de los Estados Unidos que pudiera considerar razonable y adecuada. Este es el país en que he pasado la mayor parte de mi vida. ¿Por qué se me ocurre que con dos o tres años de estudio y un breve viaje puedo ya pontificar acerca de la sociedad soviética?". Pero la pontificación la hizo.

Mills aprovechó la oportunidad del *Soviet Journal* para clarificar muchos problemas de método. Se complugó en poner al desnudo, incisivamente, la falacia esencial del desubicado concretismo que aqueja a los empiristas. Formula cuatro observaciones en su "Nota sobre el método" que son características e incluso filosóficamente más profundas que las expresadas en *Sociological Imagination*: 1) No es posible trabajar con realidades empíricas sin usar la abstracción. Uno no puede simplemente vaciar su mente y ver cada cosa como lo que es. Aún los puntos de vista más fanáticos

son expuestos en nombre de la objetividad o dando por sentada su evidencia: Al separar lo que uno ve de lo que uno construye con ello se manejan, por lo tanto, significados y abstracciones, y no meros hechos. 2) La supresión de abstracciones sólo revela que ellas han de ser metidas de contrabando como proposiciones generales en medio de observaciones detalladas y de la anécdota. 3) No es posible aprehender la significación real de las observaciones o entrevistas realizadas en visitas fugaces si se carece de concepto sobre la historia reciente. Lo que uno ve no es algo que surge súbitamente ante los ojos. Al menos una parte del significado reside en su desarrollo. Y todo el conocimiento histórico es abstracto: se compone de inferencias sobre los hechos pasados, a partir de las señales y las informaciones aún existentes. 4) Al observar una sociedad, o determinadas características de ella, uno la compara inevitablemente con otras sociedades que conoce, especialmente la propia: He aquí una fuente de criterios no sólo de percepción sino también de autopercepción. Es esencial para un entrevistador aclararse a sí mismo y aclarar a los demás cuáles son los criterios comparativos que emplea.

El fragmento más fascinante del *Soviet Journal* es el menos elaborado. Me refiero a las observaciones de Mills sobre la sociedad rusa, la política comunista y las perspectivas de las futuras relaciones norteamericano-soviéticas. En todas partes reitera Mills su condición de "intelectual no comprometido", y las ventajas que le proporciona el no estar comprometido con los políticos izquierdistas en los años 30 ni con la literatura comunista norteamericana del período de posguerra. Comparte evidentemente, y con gran seriedad, la creencia de Mannheim en una sociología política no ideológica. Su vigoroso status político independiente es atribuido por él a un accidente de nacimiento y convicción —Texas y el pragmatismo. Su manifiesto desagradado por la literatura comunista en los Estados Unidos obedece, según él, al simple sentido común. Las observaciones de Mills no pueden calificarse de "sofisticadas" en ninguno de los sentidos marxistas oficiales del término: Pero, tal vez a causa de su educada "naiveté" su obra respira frescura e individualidad en grado sumo. En alguna medida, Mills da por sentado el problema de la sofisticación. Pensaba que Isaac Deutscher y E. H. Carr habían realizado la labor esencial y brindado percepciones básicas sobre la naturaleza íntima de la sociedad soviética: el rol de la élite partidaria, la transformación de Rusia bajo el impacto de la industrialización, la función cumplida por la represión en la década del 30 y la no funcionalidad del mismo tipo de represión en la década del 50. Además, no fue por vía de mera confirmación de la obra de Deutscher y Carr que Mills entró en la esfera de la "Kremlinología". Sus observaciones sobre los aspectos sociológicos de las relaciones de poder y escalas de prestigio de los soviéticos son únicas y fueron alcanzadas por un camino independiente.

El interés inicial de Mills era producir una monografía sobre "El paralelo entre EE.UU. y la URSS". Lo cual no implicaba meramente un inventario mecánico de similitudes compartidas por ambas naciones en virtud de su orientación industrial-tecnológica. Mills estaba persuadido de las enormes diferencias históricas existentes entre las dos. Pero creía que "nada es tan evidente como la aceleración de la historia en nuestro tiempo y la nueva fisonomía del mundo, que a menudo torna irrelevantes a los factores históricos en relación con la voluntad de desarrollo". El "paralelo" era "dialéctico". Las dos grandes potencias de la vida contemporánea están ahora aprestándose para luchar entre ellas. Pero este mismo hecho implica que su organización para semejante guerra total obliga a cada una a adoptar formas similares de organización total.

La evaluación de Mills sobre la sociedad rusa se traduce en gran medida a través de los sentimientos y la sensibilidad de los intelectuales. Al discurrir acerca de su propia sociedad, los rusos conocedores son optimistas; ven a la teoría del desarrollo futuro marchar adelante de los hechos y las fallas del presente. Los rusos tienden a mezclar el presente y el futuro, la realidad y la potencialidad. Las observaciones críticas de Mills acerca de cómo es la sociedad soviética bajo Khrushchev o fue bajo Stalin fueron siempre replicadas con el argumento de que los problemas actuales, por ejemplo la producción agraria o el impacto de la represión stalinista en el pasado serán resueltos, en el primer caso, por un nuevo plan, y en el segundo, por el fortalecimiento de la conducción colectiva. Mills hace una reiteración de sus críticas a la sociedad soviética por su jesuítico énfasis sobre la colectividad, su denigración de la responsabilidad y las realizaciones individuales y su falta de preocupación por los no rusos.

Este difundido etnocentrismo perturbaba sobremanera a Mills. Estaba convencido de que muy pocos estudiosos soviéticos conocían el status real de las masas en la sociedad capitalista avanzada, y mucho menos se preocupaban por conocerlo. Toda vez que la sociedad soviética había "abolido las clases", y como los problemas de clases eran los únicos reconocidos como auténticos, Mills no pudo nunca lograr que sus informantes discurrieran inteligentemente sobre cuestiones de estratificación con referencia al poder, el partido, la burocracia y el prestigio.

Al considerar la política comunista, Mills difícilmente perdía la oportunidad de traer a colación el nombre y los escritos de León Trotsky —en parte para reprochar, en parte para informar. La condenación de Trotsky por gentes que ni siquiera habían leído sus obras enfurecía a Mills —particularmente porque tales condenaciones provenían, por lo general, de los más destacados académicos soviéticos. Tenía en mucho más alta estima a los escritores y ensayistas que a los cuadros intelectuales y políticos oficiales, y pensaba que ellos estaban "haciendo sociología a la par de los sociólogos". Por último tuvo que dejar de lado toda una serie de preguntas (¿sobre teoría marxista, nada menos!), pues encontraba tantos obstáculos que rara vez podía obtener respuestas satisfactorias.

El *Soviet Journal* era un informe, la exposición de una "realidad nacional". Nada hay de estridente o chocante en él; ningún indicio de que Mills se sintiera delirante o desencantado frente a lo que veía y a los hombres con quienes hablaba. Reservó sus ataques más incisivos para los dogmáticos y sus comentarios más amables para las mujeres, los niños y los escritores creativos.

The New Left (La nueva izquierda) abrevó en muchas de las inspiraciones y de los anteriores esfuerzos de Mills. Una de esas fuentes fue la obra elaborada originalmente bajo el nombre de *The Cultural Apparatus* (El aparato cultural). Este trabajo estuvo destinado a completar los estudios de Mills sobre la estratificación social en los Estados Unidos. Pareció natural que después de *New Men of Power* (sobre la clase trabajadora), *White Collar* (estudio de las clases medias) y *Power Elite* (referido a las clases dirigentes), se acometiera un examen acerca de los intelectuales norteamericanos en los Estados Unidos. Ya se habían advertido esfuerzos en esta dirección por parte de Mills, a raíz de un estudio sobre los niveles educativos entre los trabajadores, el rol del profesionalismo en la solidificación de las nuevas clases medias y las variables culturales dentro de la élite del poder. Entre 1948 y 1956, Mills lanzó una serie de formulaciones teóricas generales. La principal de ellas fue una visión universalista de las tareas de la ciencia social, y del contexto mundial en que deben operar los ideólogos, intelectuales, estudiosos y asesores políticos. La formación de opinión vino a ser considerada como una expresión institucional generalizada de las fuerzas culturales, y de las ideologías y los estilos científicos en tanto que tales.

Mills atribuyó siempre un papel de primer orden a las ideas dentro de la vida social. Lo apreciamos ya a partir de su disertación sobre el pragmatismo y la sociología, que constituye en realidad un intento de sociología del conocimiento referido al pragmatismo filosófico en los Estados Unidos. En *The Sociological Imagination* (La imaginación sociológica), Mills ajusta cuentas con las tendencias dominantes en la sociología norteamericana. En cambio, en *The Marxists*, ofrece no sólo una descripción detallada de los diversos estilos de marxismo —"victoriano"... "del bloque"... "al margen del bloque", etc.— sino también una pintura del aparato cultural tal como funciona en el sector socialista del mundo. La sociología y el socialismo —enfrentados desde largo tiempo atrás en el dominio de la teoría— vinieron a interconectarse con miras a crear una teoría social más viable y una práctica social más significativa.

El propósito de *The New Left* fue, por lo tanto, el de ofrecer una reseña sintética de la sociología política como tal —y dentro de la cual los factores ideológicos-intelectivos-científicos formarían el sistema circular por cuyas vías se canalizará la creciente marea de la revolución mundial. Mills atribuyó una función esencial a las ideas en un mundo de acción. Lo que él comprendió muy bien es que no había tal "nueva izquierda", sino solamente viejos frívolos y jóvenes cínicos. *The New Left*, fue un acto que todavía

no ha sido representado. Las resonantes palabras de Mills no pueden ocultar la prescripción moral que subyace en sus descripciones políticas:

No podemos crear una izquierda abdicando de nuestros roles como intelectuales para convertirnos en agitadores de la clase trabajadora o en políticos de comité, ni representando libretos en otras formas de acción política directa. Podemos empezar a crear una izquierda enfrentando los problemas como intelectuales en nuestro campo de trabajo. En nuestros estudios sobre el hombre y la sociedad debemos aplicar criterios plenamente comparativos en escala mundial... Hemos de hacerlo con todos los recursos técnicos a nuestro alcance, y desde puntos de vista genuinamente liberados de toda pasión o estrechez mental nacionalista. Tenemos que volver a ser internacionalistas. Para nosotros, hoy en día, esto significa que debemos negarnos personalmente a participar de la guerra fría. Que hemos de intentar, personalmente, ponernos en contacto con nuestros rivales de todos los países, y sobre todo de la zona sino-soviética. Con ellos debemos hacer nuestra propia paz por separado. Y entonces, como intelectuales —esto es, como hombres públicos— actuaremos y trabajaremos como si esta paz, y el intercambio de valores, ideas y planes que forman parte de ella, fuera la paz de todos, o debiera serlo sin lugar a dudas.

Este llamamiento directo recuerda el vibrante llamamiento de William James a *Les Intelectuales* para que se unieran todos contra la guerra en 1898. Pero, lo que es más importante, uno advierte que *The New Left* fue el puente: entre el *Soviet Journal* de Mills (cuyo subtítulo, "contacting the enemy" es exactamente lo que Mills quiere dar a entender por "ponernos en contacto con nuestros rivales") y *Comparative Sociology* (Sociología comparada), que es no menos exactamente lo que él esperaba hacer para obtener una sociología "plenamente comparativa en escala mundial".

El título *The New Left* puede inicialmente resultar extraño puesto que no existe semejante animal en la escena norteamericana. Además, parece ser peculiarmente sectario para una obra que intentaba ser la clave del esfuerzo de Mills por forjar una sociología política. Pero ambos tipos de objeciones fueron enérgicamente rechazados por el propio Mills. En primer lugar, *The New Left* resultó un factor político significativo, sobre todo en América latina, Asia y África —el Tercer Mundo.

En segundo lugar, *The New Left* no es sectaria puesto que se identifica con la tradición radical que conforma el núcleo central de la democracia en occidente. Compartiendo en gran medida el espíritu de J. L. Talmont en *The Origins of Totalitarian Democracy* (Los orígenes de la democracia totalitaria), Mills identificó al socialismo marxista, con todos los elementos grotescos de su historia, como la corporización teórica de este desplazamiento sociopolítico hacia la izquierda.

El marxismo corporiza consistentemente la tradición del occidente. Contiene sus ideales y, lo que es más, en él estos ideales están afirmados en estrecha conexión con una serie de condiciones bajo las cuales se sostiene que podrán ser realizados. He aquí por qué es mucho más valioso y difícil criticar al marxismo que criticar al liberalismo. El marxismo contiene lo que es más valioso dentro del liberalismo: el humanismo secular del Renacimiento. Pero al mismo tiempo el marxismo, como teoría, está mucho más cercano a y es más directamente relevante para las realidades de nuestro tiempo. Hay más realidad y menos ofuscación en esta teoría aunque, desde luego, el liberalismo y el marxismo contienen considerables dosis de ambos.

Gran parte de *The New Left* puede hallarse en germen en los siete capítulos que Mills escribió para *The Mar-*

xists: la naturaleza de ideologías e ideales, las causas de la declinación de la vieja izquierda, el colapso de la ideología liberal en una retórica liberal, la absorción de elementos marxistas dentro del liberalismo, la absorción de elementos liberales por el marxismo, las fuerzas y debilidades teóricas del marxismo como herramienta de movimientos revolucionarios modernos y la vaciedad del liberalismo con respecto a los problemas de las naciones que emergen. Otros materiales pueden encontrarse en *Power, Politics and People* (Poder, política y pueblo). Allí están la crítica de Mills sobre el fin de la tesis ideológica, su perspectiva de la declinación de la vieja izquierda y el surgimiento de una nueva izquierda liberada del dogmatismo de Stalin y de la flojedad de la socialdemocracia; el carácter especial del desarrollo social; el modelo comunista, el modelo capitalista y las formas socialistas independientes; etc. Limitémonos, por lo tanto, a analizar lo que es nuevo o, en todo caso, lo que no puede encontrarse en los escritos terminados de Mills.

Las energías intelectuales de Mills se orientaban cada vez más hacia una sociología política de relevancia histórica, hacia algo que fuera más allá de un liberalismo que fue útil entre 1732 y 1848, y de un marxismo que fue igualmente útil entre 1848 y 1948. El liberalismo se desintegró después de las revoluciones de 1848 porque las clases medias no podían cumplir sus promesas. Las verdades universales, la libre conciencia, las opciones libres, todos devinieron en formas disfrazadas de los sistemas capitalistas y de las expansiones coloniales. Del mismo modo el comunismo oficial, aunque culminó en la liberación de las masas rusas del capitalismo, al mismo tiempo dejó de lado los aspectos humanistas del marxismo y transformó el gobierno proletario en gobierno burocrático, la asociación política en vida partidaria, las asociaciones voluntarias en clanes terroristas. Así como el liberalismo anglo-norteamericano sucumbió cuando el socialismo se hizo clamor explosivo en todo el mundo, también el bolchevismo ruso colapsa en el momento en que el socialismo se transforma en un clamor universal. Lo que Mills edifica en su manuscrito inédito sobre *La nueva izquierda* es una arquitectura para el socialismo como ideología política, como ética y como agente institucional para promover el cambio.

Mills pregunta: "¿dónde estamos nosotros?". Su respuesta es indicativa de la independencia de espíritu con que se aproximó a la tarea hercúlea de producir una obra fundamental sobre la ciencia social y la filosofía política. "Trato de practicar la política de la verdad —escribe. Esto significa para mí que yo determino por mis propios métodos lo que creo que es la verdad, lo que pienso que es falso, lo que estimo justo e injusto. Significa también que no guardo lealtad incondicional a ninguna institución, a ningún hombre, a ningún estado. Mis lealtades están condicionadas a la política de la verdad según yo determino esta política en todos y cada uno de los casos". En relación con *The New Left* esto involucra, en primera instancia, superar la retórica de la guerra fría entre el este y el oeste. Como podía lograrse esto *sin* ideología, cualquiera sea su forma, Mills no lo dice.

Seguimos sin una filosofía política que sea adecuada para enfrentar la estrategia política del bolchevismo, el mensaje ideológico del marxismo, la ayuda económica del bloque soviético. No hemos llegado a saber cuán grave es la crisis de la filosofía política porque ella no ha sido realmente vista como una crisis dentro del mundo capitalista avanzado... Es allí (en América Latina, Asia y África) donde empezamos a ver ahora los resultados de la crisis de nuestra filosofía política. Y si damos valor —como proclamamos— a los ideales de la Civilización Occidental, debemos advertir que esta es una crisis no sólo de nuestra filosofía política, sino de toda la filosofía política.

Lo que ha intensificado la crisis, disfrazándola al mismo tiempo, es precisamente el sistema de recompensa que rige en occidente, sistema que premia al intelecto por la traición al intelecto como tal. El anticomunismo es pura negatividad. "La principal función del anticomunismo entre los intelectuales occidentales es hacerles sentir más felices con la sociedad actual, desviarlos de las preocupaciones políticas a las culturales, y hacerles sentir contentos ante la provincialización de sus intereses." Mills consideraba la creciente privatización de la vida intelectual ("la identificación de la sofisticación con el cultivo de la vida privada") como el perfecto símbolo de status de la decadencia. Tampoco consideraba que el socialismo como *anti-política*, el socialismo como virginal moralidad norteamericana, fuera una verdadera confrontación real con los sucios problemas de la vida social. Pensaba, por cierto, que el socialismo en los Estados Unidos había retrocedido a una "postura más bien cobarde". El socialismo permite al intelectual "asumir una postura moral noble y un tanto condolidada, que no le exige afrontar los verdaderos dilemas morales del mundo". Para Mills el socialismo considerado como moralidad pura es el sumum de la inmoralidad, porque nunca pone al pensamiento frente a la exigencia de la acción y, en rigor, niega la necesidad de la acción a través de un proceso inhibitorio según el cual aquel que no se ajusta a los cánones de la doctrina es por definición un elemento del mal.

Lo que preocupaba a Mills, y que permanece insoluble en *The New Left*, es la función que deben cumplir naciones como Venezuela y Chile. Veía a Venezuela como la síntesis perfecta de la conducta política y económica exterior de los Estados Unidos, y a Cuba como un país cada vez más enfrentado a la necesidad de tomar decisiones pragmáticas en favor de un aliado soviético no demasiado digno de confianza, a despecho de la independencia que Cuba pudiera conservar en punto a ideología política.

En la época de su muerte, Mills se hallaba estudiando con particular atención este asunto. Leía con interés a Myrdal, Strachey, Baran y acometía el análisis comparativo del desarrollo económico para afirmar así su convencimiento de que *la nueva izquierda* surgiría en forma práctica en las áreas no desarrolladas, y de que la tarea de los intelectuales en las zonas avanzadas del mundo consiste en ayudar a esta labor hercúlea con el aporte de una teoría científica del desarrollo social. Los Estados Unidos se habían encerrado ellos mismos en un callejón sin salida: sacrificar el crecimiento en aras del mantenimiento de una estructura política y económica decadente. La alternativa

de los soviéticos, en tanto, consistía en haber sacrificado la libertad política para conseguir la plenitud en el abastecimiento de bienes económicos. Sólo fuera de ambos bloques era realmente posible una síntesis social.

Esto no significaba que no hubiera tareas para la izquierda en los Estados Unidos. Mills era muy norteamericano. Intentó, en el penúltimo capítulo (el último de los completos) de *The New Left*, plantear varios problemas con los que tendría que enfrentarse consciente y honradamente cualquier futuro movimiento izquierdista estadounidense. Se refiere al comunismo y al pacifismo. Sus observaciones sobre el comunismo norteamericano descartan la posibilidad de que éste pueda ser una fuerza demasiado significativa en los años por venir. Sin embargo, no excluye la posibilidad de que el nacimiento de una nueva izquierda pueda aumentar la magnitud de la fracción comunista y tornar necesaria la reconsideración de problemas tales como un frente único, la necesidad de formar una sólida falange contra los comités parlamentarios, etc. Sorprendentemente, Mills no consideró la posibilidad de que los "viejos bolcheviques" fueran absorbidos por "jóvenes turcos" —como ciertamente lo han sido en países como Yugoslavia y Cuba. Quizá pensaba que tal consolidación de la izquierda sería una consecuencia más bien que un preludio de la subversión social revolucionaria. La segunda afirmación sobre la izquierda norteamericana es del mayor interés, dadas las frecuentes críticas en el sentido de que "Mills fue un hombre obsesionado por el poder". Según él, la resistencia no-violenta no es solamente un conjunto de valores y un conjunto de técnicas, sino incluso un nuevo método de hacer historia, y quizá el más radicalmente original que se haya elaborado hasta el presente. Es posible adherirse a él, y se lo puede practicar como principio, o meramente como táctica, allí donde uno cree que será efectivo. Empero, dicho esto, Mills plantea una objeción importante contra el pacifismo como principio exclusivo o suficiente: "Pero, cómo reconciliar el pacifismo como principio con el derecho a la revolución en las Cubas de este mundo. Bajo una tiranía como la que ejerció Batista, no creo que actitudes del tipo gandhiano tuvieran resultado alguno, como no sea una muerte sin sentido y sin consecuencias."

Mills se remite a la relación entre pacifismo y violencia en el sur norteamericano, y da una nota de considerable perspicacia. Se trata de una afirmación importante, no sólo por su contenido sino porque es ésa una de las pocas oportunidades en que Mills alude a la cuestión de los negros como problema central para los norteamericanos: "El mismo problema de la violencia y de la *nueva izquierda* puede plantearse en relación con los movimientos de "sit-in" (*) de los negros en el sur. Dentro de un año o dos, ¿qué harán los negros? ¿qué harán los negros y los que se sientan junto a ellos? ¿Qué haremos si los rufianes blancos llegan a atacar a balazos los arrabales negros?" Aunque no ofrece respuestas a tales interrogantes (cómo podía

* Se refiere al movimiento pacífico de los negros, consistente en ocupar asientos en lugares expresamente vedados para gente de color. (N. del T.)

hacerlo si recién ahora los líderes negros empiezan a informarse sobre el problema) sus conclusiones dirigidas a los norteamericanos ponen en claro en qué lugar se ubicó por lo menos un tejano (*).

Somos hombres libres. Ahora bien; debemos recibir nuestro legado con seriedad. Hemos de poner en claro los peligros que lo amenazan. Debemos defender las libertades civiles para usarlas. Tenemos que tratar de infundir contenido a nuestra democracia formal actuando dentro de ella. Es preciso que dejemos de dar vueltas en torno a nuestra propia alienación y la utilicemos para elaborar críticas radicales, programas audaces, visiones acuciantes del futuro. Si nosotros no hacemos estas cosas, ¿quién las hará?

Los dos ítems más reveladores en *The New Left* desde el punto de vista de la personal evolución de Mills como intelectual, hombre de ciencia social y humanista, se encuentran en el prefacio y en un post-scriptum. Ambos fragmentos son de suma importancia. El primero, como indicio del largo camino que Mills recorrió desde *Power Elite* hasta *The New Left*; el segundo, como expresión de sus últimas intenciones intelectuales.

Se ha dicho a modo de crítica que estoy demasiado fascinado por el poder. Eso no es realmente cierto. Es el intelecto lo que más me ha fascinado; el poder también, pero principalmente en relación con aquél. Es el poder en el intelecto y el poder del intelecto lo que más me fascina como analista social y crítico cultural.

Subrayando este punto encontramos, en el final, una breve exposición en términos intelectuales, de la presente crisis en las relaciones humanas, que recuerdan el ensayo introductorio de Mills para *Images of Man* (Imágenes del hombre).

Los términos intelectuales más reveladores de nuestra crisis son las condiciones y prácticas de la encuesta social y la investigación, y en particular el abandono de la tradición clásica en el pensamiento sociológico. Hay en estos días una vasta y fructífera discusión sobre las humanidades vis a vis las ciencias naturales (en la Unión Soviética asume la forma de una controversia entre físicos y poetas acerca del tipo del Hombre Soviético). Pero en occidente, y es doblemente así en los Estados Unidos, no ha habido una discusión apropiada de las ciencias sociales como problema político, como problema para los que hacen la política. El hecho simple es que si no desarrollamos teorías sociológicas más adecuadas acerca del carácter de las variantes entre los sistemas sociales de hoy, y acerca del modo como se hace y se extiende ahora la historia, las variedades del marxismo vendrán a llenar el vacío por defecto.

Mills no quiso dar a estas advertencias el carácter de cierta especie de cruzada antimarxista. Sin embargo, creía profundamente que si bien el marxismo es una parte básica y fundamental de la tradición clásica en la ciencia social, sólo constituye una parte, y no el todo. De tal manera, experimentó una necesidad cada vez más apremiante de avanzar más allá del marxismo. Había "ajustado cuentas" con *The Marxists* y proporcionado un panorama de las actuales realidades políticas del este y el oeste en *The New Left*. Lo que quedaba pendiente era una profundización del conocimiento científico acerca del mundo. Y a través de una obra proyectada en varios volúmenes, *Comparative Sociolo-*

gy (Sociología comparada), se propuso llevar a cabo el magno esfuerzo de elevar la teoría social a la categoría de ciencia. El trabajo de G. D. H. Cole sobre historia socialista, de E. H. Carr sobre historia política rusa y de Joseph Nedham sobre civilización china convenció a Mills de la necesidad de un gran formato para que su monumental sociología no se transformara en superficial y poco convincente.

Comparative Sociology fue sólo el paso inicial que Mills dio en dirección a un proyectado "estudio comparativo de seis a nueve volúmenes sobre el alcance mundial de las estructuras sociales de hoy en día". Para desgracia irreparable de la sociología, Mills no pudo llegar más allá de la selección de unos pocos escenarios de este panorama. Crítico como fue de la tradición oracular de Toynbee, Sorokin y Spengler, apreciaba la visión subyacente que los alentó: ubicar al hombre en la sociedad después de ubicarlo en la historia. Lo que llevó a Mills a creer que la empresa bien valía la energía necesaria para realizarla fue la existencia de una tradición coincidente, básicamente inglesa, que exhibía una historia social de similares características y de firme raigambre empírica. Mills era todavía lo suficientemente empírico como para evitar la grandilocuencia de una teorización que, por muy congruente que fuera como abstracción, siempre resultó ineficaz como expresión concreta de realidades sociales.

Las conferencias que Mills dio en *The London School of Economics* en 1960 le proporcionaron la base de lanzamiento para su *Comparative Sociology*. Especialmente significativas fueron para él las distinciones entre la "era moderna" o "tercera época" y la "era posmoderna" o "cuarta época". El período de la Ilustración fue símbolo e incluso síntoma de la tercera época. De él nacieron las ideas del racionalismo económico (o socialismo, hablando en general) y del libertarismo político (o democracia, hablando con la misma amplitud). Pero la tercera época dio lugar a la cuarta debido a las aparentes incompatibilidades de las dos nociones ideológicas directrices. Rousseau, Marx y Weber parecieron ofrecer la paradoja en términos crudos: no puede asumirse que la mayor racionalidad dará lugar a mayor libertad. La existencia de la alienación masiva entre los trabajadores, ansiedad entre los profesionales y anomia entre los sectores medios invalidaron el período "moderno". El precio de la racionalidad no es nada menos que la suspensión de la libertad (socialismo y capitalismo burocratizados), mientras que el precio de la libertad es nada menos que la racionalidad de la sociedad en desarrollo, balanceada.

Así, en occidente (y aquí Mills nunca terminó de decidirse acerca de si la Unión Soviética forma o no parte de su "occidente", y en caso afirmativo, en qué medida específica), hay un conglomerado común de problemas que por su carácter "son de época". Y Mills entrevió esta obra de largo aliento como expresión de una teoría de la historia multilineal, más bien que unilineal. Cada gran región del mundo tiene su propia forma histórica de desarrollo. Cuánto se aleja exactamente Mills de la teoría del materialismo histórico puede apreciarse en el siguiente comentario:

En el curso del estudio sobre el contorno histórico de cada región del mundo se percibirá, pero en grados muy variables, el impacto de la influencia procedente de estados ajenos a la región estudiada. Porque es mi convencimiento que la necesidad del análisis histórico varía grandemente en importancia según la naturaleza de la estructura social que estamos tratando de comprender y explicar.

La historia debía ser vista en términos de sistemas sociales macroscópicos, en lugar de verse los sistemas sociales en términos de historia —como se aprecia en los grandes historiadores, desde Marx hasta Toynbee. De aquí emergen los dos interrogantes que según Mills deberían plantear los sociólogos:

¿Cuál es la naturaleza de nuestra época y cómo podemos definirla mejor para su estudio? En pocas palabras, ¿cuáles son las funciones de una teoría de la historia y cómo podemos utilizarla mejor para delinear la estructura del mundo presente y del mundo pasado? ¿Cuáles son las grandes unidades de la estructura social del mundo y cómo podemos definir las mejor? En resumen, ¿cuáles son las tareas de una ciencia social comparativa y cómo podemos definir las mejor? ¿Cuáles son las tareas de una ciencia social comparativa y cómo podemos establecer mejor una contabilidad comparativa?

Mills se vio enseguida frente al problema de establecer qué cosa debía compararse con qué otra, y también frente a algo no menos importante: ¿cuál era la base para la selección? En busca de solución a este problema examinó el trabajo de la nueva "escuela de Chicago", y principalmente el de la brillante Sylvia L. Thrupp, fundadora de los *Comparative Studies in Society and History* (Estudios comparativos de la sociedad y la historia). La idea de la sociología comparativa tomada que fue de la anatomía científica, infundió nuevo entusiasmo al tipo de ciencia social que Mills llegó a considerar necesario si se quería superar un nacionalismo parroquial y debilitador. Esto combinó perfectamente con la clase de análisis histórico weberiano sobre el carácter social aportada por Hans Gerth en un período anterior de la formación intelectual de Mills.

Lo que se necesitaba era algún medio para romper la arbitrariedad no sólo de los meros relatos etnocéntricos de historia basada en el prestigio nacional, sino también de las narraciones históricas que por su alto grado de abstracción y generalidad resultaban, en el mejor de los casos, "tipologías ideales" con poderosas desviaciones subjetivas. La razón de la voluminosidad que debía alcanzar la proyectada *Comparative Sociology* residía precisamente en el deseo de evitar la elaboración de tipos-ideales que son de escasa relevancia científica y constituyen, a lo sumo, dispositivos heurísticos para forzar a los hombres a actuar de determinada manera. En consecuencia, el análisis comparativo de Mills comenzará por tomar áreas de selección: la demografía, la producción económica, las formas de control social, etc., y proveer una nómina exhaustiva de esas áreas de selección, más bien que un área exhaustiva con criterios selectivos, como había sido la característica de la tradición historicista oracular.

El primer volumen aspiraba a suministrar información sobre lo que pudiera decirse sistemáticamente sobre los rasgos externos de todas las regiones del mun-

do. El agotamiento de todo el conocimiento estadístico y sistemático era un prolegómeno esencial para avanzar clasificaciones claves y tendencias rectoras. Mills se proponía trabajar con cien naciones integradas en un "código de área" bastante similar a la elaborada por Woytinsky en sus fundamentales investigaciones demográficas. Este "código de área" iba a ser reforzado por un estudio de dos fases: la transformación del ruralismo al urbanismo en cada área, y los pivotes revolucionarios y corrientes dominantes de cada una. Lo que iba a tornar posible para el hombre este tipo exhaustivo de análisis era la premisa de que lo que sucede en una nación afecta poderosa e inmediatamente a las naciones vecinas dentro de la misma región. Posiblemente creía Mills que la sentencia según la cual "cuando Francia estornuda Europa tose" tenía un significado mucho más amplio. Así, cuando China flexiona sus músculos, los países del sudeste asiático no se limitan a observar. Por cierto que la coincidencia de rasgos geográficos, étnicos y lingüísticos es algo que debe ser sometido a gran amplificación antes de establecer su utilidad analítica. Pero el valor de la tentativa, cualquiera sea el resultado, es incontestable. En el pensamiento de Mills ella constituiría la primera ruptura real con la etnocéntrica sociología "occidental" o "norteamericana", para llegar a una sociología "mundial".

El relativismo cultural de Malinowsky y Benedict en antropología fue un esfuerzo primitivo en dirección a una ciencia social no etnocéntrica. Pero como, según Mills, se mantuvo dentro de las limitaciones que le imponían los compromisos ideológicos e intelectuales de occidente, su ruptura fue parcial e intrínsecamente restringida; por ejemplo, el estudio de las relaciones de parentesco en una pequeña aldea del Amazonas fue acometido exhaustivamente, en tanto se omitió el examen de todo el nordeste brasileño en estado de fermento revolucionario. Las frecuentes acotaciones hechas a lápiz y alusivas a la obra de Linton, Kroeber y otros antropólogos indica que Mills no desconocía las posibilidades abiertas por la antropología cultural en el estudio de las regiones del mundo. Del mismo modo, su creciente interés por los problemas geográficos, demográficos y en especial económicos subraya el convencimiento de Mills de que era por cierto posible, si no inevitable, una sociología comparada.

El otro único volumen que Mills había proyectado, aunque en forma preliminar, se dedicaría al examen de una selección de situaciones sociológicas tal como se manifiestan en las "cuatro épocas" (antigua, medieval, industrial y posindustrial), así como en término de "códigos regionales" (por áreas continentales y por bloques de poder —occidental, comunista, y del Tercer Mundo—) y en términos de desarrollo económico (áreas subdesarrolladas y superdesarrolladas). Las variables precisas que entrevió como necesarias para el estudio son: a) esferas simbólicas; b) modos predominantes de comunicación; c) asistencia pública y servicios sociales; d) horizontes mundiales —feudal, nacional, cosmopolita, internacional—; e) alcances del poder político; f) autoimágenes societarias (Dios, Racionalismo, Burocracia); g) relevancia pública y función de los

* "Por lo menos un tejano": el estado de Texas es tal vez el más poderoso de la Unión. Allí se asientan los principales intereses petroleros y es uno de los focos principales de resistencia contra la integración racial. No está de más recordar que precisamente allí fue asesinado el presidente Kennedy.

intelectuales; h) tipos de personalidad; i) formas de legitimación; j) tipos de inquietudes y problemas psicológicos. Sólo se puede conjeturar acerca de lo que Mills hubiera realizado a través de esta "sociología de épocas". Por lo pronto, puede ser útil bosquejar la posición de Mills respecto de las consecuencias de tal aproximación desde el punto de vista metodológico.

El concepto de una época es, como bien lo advirtió Mills, materia de interpretación. Constituye un modo sugerido de pensamiento acerca de la sociedad contemporánea y de la ubicación de esta sociedad en el curso de la historia. Es más bien una idea de largo alcance, pues si es abordada seriamente exige al científico elaborar un sumario de los elementos claves y las tendencias decisivas que caracterizan a la sociedad contemporánea. Y más aún, hacerlo de manera tal que queden bien en claro las diferencias de esta sociedad con las de otras épocas. Esto significa que la interpretación de una época puede acometerse sin ubicarla, con referencia al tiempo, dentro de una visión o aun de una teoría sobre la totalidad de la historia humana. Mills es preciso en las recomendaciones que formula sobre el particular:

Los hechos externos y las tendencias históricas no bastan. Para comprobar sin lugar a dudas que estamos marchando hacia una nueva época en la historia humana es necesario, primero, que denotemos una desviación o un cambio en las vinculaciones psicológicas entre la biografía y el carácter del individuo; y, segundo, debemos demostrar incluso en lo intelectual que las mismas categorías de explicación que sirvieron para orientar al hombre en épocas pasadas ya no son satisfactorias para la época actual. Quizá sea este hecho el más decisivo para definir una época. Porque las explicaciones sobre las cuales descansan los hombres configuran lo que ellos desean o esperan. Y es por este camino de las "esperanzas" que podremos penetrar mejor en el nuevo significado de una época a la luz de los valores humanos y psicológicos.

Es importante destacar en qué grado el concepto de las esperanzas humanas se constataciaba con el más avanzado pensamiento sociológico de Mills. Su obra anterior tendía indudablemente a dar por sentadas las potencialidades y las inquietudes psicológicas. La ubicación de las ideas en la definición de una época recuerda, en los últimos escritos de Mills, la obra de Wilhelm Dilthey sobre la función de las categorías ideacionales genéricas en cuanto a definir el *Geisteswissenschaft*, y el aporte de Mannheim en cuanto a los "estilos de pensamiento" para la definición del *Zeitgeist*.

Una época puede ser definida en términos de un conjunto de principios que empapan a toda una sociedad, que la definen como una totalidad y son más o menos persistentes. La duración de su persistencia indica el límite histórico de la época; el grado de profundidad de su presencia establece a la vez el límite estructural de la época. Por el término principios quiero significar un medio de explicar los episodios y hechos que conforman el contenido histórico de la época, así como los tipos de integración, los estados de ánimo y los sentimientos, las aspiraciones y los pensamientos que informan el contenido psicológico de numerosos individuos. Sobre todo, una época puede definirse en términos del rasgo de una sociedad que sea el más fuerte históricamente hablando, el que parezca ser el centro de origen de los cambios posibles, el centro de la iniciativa histórica. Cuando lo que sucede en el mundo social y lo que se siente y se piensa en general no puede ya ser explicado por los principios admitidos, nos encontramos en el final de una época y se hace necesario definir una época nueva.

El profundo y permanente interés que Mills sentía por la sociología del conocimiento, por el estudio del aparato ideológico y utópico que conduce a la conciencia de la sociedad y a la conciencia de los intereses,

se advierte con gran fuerza en sus reflexiones finales sobre el problema de la época social. En ésta su discusión final del problema máximo de la historia social, Mills alcanza una altura sociológica y literaria que inspira conjeturas acerca de lo que hubiera llegado a producir en su obra máxima. Constituye una vívida descripción de las relaciones entre el cambio social y la conciencia humana:

Los hombres llegan a advertir inequívocamente el cambio histórico sólo cuando éste ocurre en el corto lapso de una o dos generaciones. Pero incluso cuando las condiciones de la vida cotidiana varían lentamente, aun cuando llegan a advertir que sus hijos enfrentan un mundo distinto del que ellos enfrentaron en su niñez, sólo a regañadientes llegan a adquirir conciencia del cambio de época. El ritmo del cambio, empero, no tiene por qué ser revolucionario, aunque lo ha sido en nuestra generación. No tiene por qué ser violento o repentino, aunque en nuestra generación lo ha sido. Se necesita algo más que el mero hecho de la rapidez del cambio. La mayoría de los hombres no se sienten profunda y completamente afectados por el hecho de que desde la segunda guerra mundial Asia ha vuelto a figurar en los problemas mundiales; de que a partir de la primera guerra Rusia ha demostrado al mundo la alternativa de una forma nueva de industrialización —la primera desde el siglo XVII—; de que la secular influencia de los británicos ha tocado a su fin, y de los demás hechos que son la clave del mundo actual. Requiere cierta imaginación y cierta memoria el aprehender algo del significado de estos cambios antes de que el significado se introduzca en su vida diaria, antes de que usted se vea empujado a la guerra o arrojado en medio del desastre económico, o urgido a creer en creencias nuevas o a odiar a nuevos enemigos. Se necesita más que los eternos cambios episódicos, aunque sean tan rápidos, prolíficos y casi universales como los de nuestra generación, para adquirir la conciencia de una época.

Algunos hombres tienen más memoria y más imaginación que otros. Advierten la ampliación del ámbito de su medio cotidiano y piensan que comprenden un poco más acerca de su propio tiempo. Tales individuos están particularmente expuestos a sorprenderse más allá de un simple encogimiento de hombros cuando el cambio histórico acelera su paso. Se sienten intrigados porque sus explicaciones pierden valor; en este punto sus esperanzas sucumben y a veces la sorpresa es todavía mayor: se sienten desorientados. Esto quiere decir que los que tenían esperanzas, los que pensaban que podían explicar lo que ocurre en el mundo, han descubierto que ya no pueden hacerlo, y sienten por todos lados el nacimiento de una época nueva. Es en términos ideológicos que esos hombres adquieren conciencia de las crisis; cuando estas crisis se tornan algo más que meramente parciales, cuando la visión global de aquéllos con respecto a la vida se subvierte, les acomete la ansiedad. Y de esa ansiedad es que surge la conciencia de la época.

Bajo el desasosiego de los hombres que poseen ideología, y bajo el fetichismo cotidiano de los que carecen de ella, encontramos algo más que alteraciones personales y algo más que confusión ideológica a la vista del cambio. Alteraciones y confusiones puede haberlas, pero ellas, a su vez, no nacen de la mera biografía de los individuos. Estas mismas biografías, los planes de la vida y la visión ideológica acerca de cómo son las cosas, constituyen, de diversas y complejas maneras, una parte intrínseca de la estructura de la sociedad. Bajo la conciencia del cambio de época, bajo la ansiedad, la confusión y la alarma que delatan su presencia, existen cambios que alcanzan a la estructura misma de sociedades enteras en las entrañas de toda la época moderna.

He aquí, pues, la última conclusión alcanzada por Mills en su descripción del mundo, y a la vez el indicio de su desarrollo intelectual. Mills percibió una gran verdad rousseauiana: que el desarrollo real supone costos sociales reales, que toda penetración en la bruma de la ideología crea formas nuevas de ansiedades sociales; y que toda visión beatífica de la paz mundial se adquiere al precio de conflictos sociales.

En estos últimos e inquietantes años, Mills se orientó hacia los secretos a voces que encierra la sociedad. Estableció con candor el surgimiento de un Tercer

Mundo; reveló la íntima corrupción de la política norteamericana de disuasión; advirtió la temible verdad de que solamente los soviéticos parecen experimentar la necesidad desesperada de emular el soñado mundo norteamericano de la abundancia para el consumo; demostró que la ruptura con la "tradición clásica" se produce cuando los sabios se convierten en sirvientes de los hombres de poder. Alexander Herzen escribió una vez que "se necesita tener un gran coraje para hablar en alta voz, para decir las cosas que todos saben en secreto". Mills poseía esa clase de coraje. Su audacia derivaba de una capacidad para organizar y clarificar lo evidente. La cobardía de su era está definida por su habilidad para trivializar y obnubilar lo evidente. Por esta razón los últimos e inconclusos escritos de C. Wright Mills deben ser apreciados, y así los interpretó él mismo, como parte de la vigente lucha científica entre clarificación y manipulación o, si se prefiere, de la

lucha faústica entre la tribulación moral y la traición inmoral.

Si Mills poseía o no la habilidad arquitectónica para ordenar todas las imágenes que forman una interpretación social, política e histórica del mundo moderno, es cosa que ha de quedar sin respuestas. Su muerte a la edad de 45 años impide dar una respuesta en este sentido. Pero que fuera o no capaz de elevarse a las alturas del análisis social y de la síntesis histórica es quizás menos importante que su empeño en realizar la tentativa. Este mismo intento era considerado por Mills como "una de las autodisciplinas importantes". La honestidad intelectual que caracteriza la carrera de Mills no ha sido nunca tan necesaria como hoy. Es posible que el juicio definitivo sobre Mills sea éste: he aquí un hombre cuya integridad hizo más fácil para el resto de nosotros exhibir nuestra propia integridad; he aquí un hombre cuya honestidad hizo más fácil para nosotros el ser honestos.

FIN

Nuevos Comienzos?

Viene de página 24

con la creciente rigidez del liberalismo oficial en los Estados Unidos.

Debemos también recordar que la ideología está comenzando a jugar un rol crecientemente importante en la realización de la historia, y que las variedades del marxismo están entre las más importantes ideologías y filosofías políticas. El marxismo debe ahora abarcar teorías de las sociedades de tipo soviético así como de países capitalistas avanzados y de los países atrasados. Para muchos marxistas, dentro y fuera del Bloque, debe ser difícil a veces conocer exactamente qué es "ortodoxo" y qué no lo es. Debemos esperar que tanto dentro como fuera del Bloque las terribles y maravillosas experiencias de medio siglo de historia soviética devengan verdaderamente disponibles para el trabajo intelectual y político.

Los ideales que Marx esperaba ver realizados en la sociedad postcapitalista no se han realizado en la Unión Soviética. Su uso ha sido claramente utópico y optativo, puesto que la Unión Soviética no ha sido la sociedad plenamente industrializada prevista por Marx como la condición para una exitosa revolución marxista. Se está aproximando a esta condición. Por brutales que hayan sido los medios, el stalinismo realizó el trabajo de industrialización y modernización que fue efectuado por el capitalismo en otras

sociedades. Y los ideales del marxismo clásico aun forman la legitimación oficial del régimen y de las organizaciones y prácticas que lo constituyen. De modo que debemos ahora enfrentarnos con estas preguntas:

1) En el mundo de Khrushchev ¿son los ideales del marxismo clásico meramente una ideología cínicamente utilizada para justificar lo que no es más que poder desnudo? ¿O son tomados seriamente por la élite dirigente como una guía para la política, y como metas que realmente desean alcanzar?

2) Si esos ideales que son los de la tradición humanista occidental, son tomados en serio, ¿cuáles son entonces en la sociedad soviética las condiciones y las agencias bajo y por las cuales podrán ser realizados?

3) Es acaso pura fantasía formular la siguiente pregunta: ¿en el mundo soviético de Khrushchev y de quienes le sucederán, no puede aproximarse, *via* el tortuoso camino del stalinismo, una sociedad adecuada a los ideales del marxismo clásico?

Tales preguntas, creo, son las preguntas más difíciles y más importantes que pueden plantearse en la historia contemporánea del pensamiento marxista.

FIN

C. Wright Mills, 1916 - 1962

Hans H. Gerth

El público de todos los rincones del mundo que ha sido ávido lector de las obras fundamentales de posguerra —acaso también de preguerra— escritas por C. Wright Mill, habrá experimentado singular tristeza al enterarse de que este indomable sociólogo y escritor norteamericano ha sido silenciado por la muerte. Falleció por un desmayo de su corazón —no de su espíritu— el 20 de marzo, en su casa de Nyack, cerca de la ciudad de Nueva York. Al igual que los clásicos “héroes” característicos del período juvenil del hombre europeo, este intelectual norteamericano, “héroe” de arco y flecha para las generaciones de la Nueva Izquierda, murió “joven”. Mientras que Edward Alsworth Ross, el fundador del Departamento de Sociología de Wisconsin, llegó a escribir su autobiografía bajo el título de “70 Years of It” (Setenta años), y mientras que el no académico Lincoln Steffens, “hurgador de vidas ajenas”, pudo publicar su *Autobiografía* en la edad propecta, el último libro de Mills, *The Marxists* (“Los marxistas”) todavía está en prensa. Su tesis de doctor en filosofía, sobre los pragmatistas, permanece inédita en la biblioteca de la Universidad de Wisconsin. Se trata de un estudio de la “sociología del conocimiento”, como se le llama a esa rama de la sociología a partir de Karl Mannheim. Como se dijo de Saint Simon, el maestro de Augusto Comte, Mill “se zambulló en la vida”; condensó varias vidas en una y bebió su copa hasta la última gota en sorbos profundos y acelerados.

Obra de esclarecimiento fue la suya al ayudar al hombre a orientarse por la corriente ciega de los acontecimientos en medio de un mundo desilusionado. El hombre había aprendido a desarmar a los dioses tonantes del rayo y del trueno con la varilla mágica de Benjamín Franklin. La naturaleza había sido despojada de espíritus mágicos, y de las deidades locales y funcionales de la guerra y el amor. Y la libre acción de las “fuerzas naturales” aún no sujetas al control del hombre habían creado nuevos miedos e inquietudes. Al interponer una nueva sociedad industrial entre él mismo y la naturaleza bruta, y al transformar la naturaleza en habitat humano, la propia sociedad que erigió en sus ciudades —mercados del trabajo industrial— se tornó para el hombre asombrosa y tristemente oscura. Los mejores propósitos e intenciones podía resultar todo lo contrario. Woodrow Wilson condujo al cruzado norteamericano a la guerra “para garantizar la democracia en el mundo”, a “librar la guerra que terminaría con todas las guerras”; y la desilusión sobre-

vino cuando por toda cosecha se obtuvo el establecimiento de regimenes dictatoriales unipartidarios desde el Mar de la China hasta el Rin, y más lejos todavía, si nos es dado recordar la guerra civil española y el advenimiento del general Franco. Ni siquiera la América central pareció lugar seguro para la democracia, a menos que llamemos “demócratas” a Trujillo, Batista y sus iguales. Se hizo aparente que la sociedad industrial, con sus leyes impersonales, tenía reservadas al hombre sorpresas frente a las cuales los antiguos desastres de ríos desbordados e inundaciones, de sequías y desiertos creados por el hombre, como los de Texas, Africa del Norte, Sicilia, gran parte de Francia y España, semejarían meros juegos de niños.

Mills vivió la experiencia de la Gran Depresión durante los años formativos de su juventud. Se prometía que la “prosperidad” estaba “a la vuelta de la esquina”, pero sucedió la desilusión cuando Foster y Chinghs, el Harvard Barometer y los diez años de estudio del ciclo comercial con sus alzas y bajas no lograron hacer ver a los dirigentes del Estado y de los negocios aquello que el profeta británico del desastre, Lord Keynes, había entrevisto hacia 1923 en su tratado sobre *Las consecuencias económicas de la paz*. “Sobre la base de tanta falsedad se ha hecho imposible edificar una política financiera constructiva que sea operante... Todo lo que se nos presenta ahora como posibilidad es reorientar, hasta donde esté en nuestras manos, las tendencias económicas fundamentales que subyacen en los acontecimientos de la hora, de manera que ellas promuevan el restablecimiento de la prosperidad y el orden en vez de sepultarnos más aún en el infortunio” (pp. 149, 256-7). Hubo tentativas. Un estadista norteamericano, un general y un banquero de Chicago, “Hell-and-Maria-Dawes”, tenían un plan en 1924. Se aceptó y fue conocido como el plan Dawes. Como no resultó, el presidente de la General Electric, Owen D. Young —el “nuevo tipo de dirigente industrial”, como le llamó la anciana (y alguna vez pizcueta damisela) Ida Tarbell— elaboró otro plan que proporcionó nuevas ilusiones durante cierto tiempo. Se lo llamó “plan Young” —el plan joven—, e incluso los monárquicos reaccionarios de Alemania aportaron de su partido votos suficientes para obtener su aprobación. No funcionó, y Bert Brecht tuvo tema para poner en boca de Mac the Knife su cancioncilla: “Yea, make plan and make another plan, none will work” (“Si hagan un plan, y hagan otro plan, ninguno servirá”).

La Gran Depresión recorrió el mundo “occidental” desde Japón, vía Estados Unidos, hasta la que fue una vez ciudad de coronación de los reyes prusianos, Königsberg, en el Báltico. Se usó trigo para impulsar locomotoras, y petróleo para quemar café brasileño; hubo largas filas para el reparto de pan entre los desocupados; los agricultores en bancarrota emigraron al oeste —“la miseria en medio de la abundancia”—. Y un joven de la lejana Texas, nacido de un caballero de cuello duro y una dama de sangre inglesa e irlandesa, se educaba mientras tanto como cadete militar en Sherman, Fort Worth y Dallas, e ingresaba en la Universidad de Texas para estudiar con el profesor Ayres. En 1936 tenía Mills veinte años de edad; por lo tanto, había pasado sus años formativos en la época de las caravanas hacia el oeste, de los Arkies y Oakies, de la ley Wagner; había leído los titulares de los diarios sobre el “long week end” de los ingleses y las “sorpresas de fin de semana” (week end) de Hitler; había leído también cuando el hermano de Austin Chamberlain regresó de Munich al aeropuerto de Croydon enarbolando “un puñado de papeles” con la firma de Hitler y saludando a las ansiosas multitudes británicas con la vacua promesa de la “paz para nuestro tiempo”. Tal vez había escuchado la admonición de Franklin D. Roosevelt: “Pongamos en cuarentena a los agresores”. Eran los días de la política del frente popular o frente unido en

Francia, del pacto Anticomintern entre la Alemania de Hitler y Japón; la época del asesinato de estadistas japoneses por una división rebelde en viaje a China, suceso que puso a Tokio en estado de emergencia. En los Estados Unidos, John L. Lewis organizaba a las masas industriales en el CIO, y los dos millones y medio de trabajadores organizados bajo la AFL se convertían, después de la ley Wagner, en 16 millones de trabajadores sindicalizados. Una “nueva libertad” antecedió a la Segunda Guerra Mundial como había precedido a la primera, y el cardenal Mundelein, de Chicago, con voz estridente, vituperaba a Hitler, pecaminoso hijo de su iglesia calificándole como “ese empapelador de paredes de Berlín, y bastante malo en su oficio, inclusive”. El honorable sindicato de decoradores de ambientes interiores protestó. No existía nadie de ese nombre en sus registros de afiliados. Hermann Göring, mientras tanto, sorprendía a Occidente al vociferar, en el Palacio de los Deportes de Berlín: “Dénme cuatro años de tiempo”. De más está decir que los obtuvo. Göring había sido comisionado para llevar a cabo el “plan cuatrienal” de rearme; las tropas alemanas cruzaron los puentes del Rin con su armamento pero sin municiones. El “bluff” dio resultado. Los franceses retrocedieron. Von Neurath se imponía así sobre el temeroso von Ribbentrop, que había volado desde Londres para prevenir a su amo. Von Neurath le salvó entonces el día a Hitler. Habló despectivamente de la claudicación de espíritu observada casi al borde de la guerra por el futuro ministro de relaciones exteriores de Hitler y otrora vendedor de champaña. Y algo para no olvidar: la URSS del odiado Lenin se había tornado respetable bajo Stalin, al ser admitida en la Liga de Ginebra. Eden y Barthou habían presenciado la función del ballet ruso en el recién inaugurado subterráneo de Moscú. Stalin tenía ya al “gran acusador”, Vishinsky, administrando “justicia política” a los “hombres que rodearon a Lenin”, y Chamberlain se consagraba, para usar la frase de Hamilton Armstrong, como “una mentalidad de tendero al frente de un gran negocio al por mayor”.

El joven de Texas entró en la escena de un mundo a la deriva y aprendió a asombrarse. Leyó a Veblen y aprendió a gustarlo. Veblen continuó siendo su mentor. Con su bagaje de Veblen y John Dewey aprobó los primeros exámenes con Ayres en la Universidad de Texas y legó, en 1939, merced a una beca, al claustro de Edward A. Ross, que también había venido desde el Oeste tras reñir con Mr. Stanford. Conoció a Mills como estudiante graduado del profesor Howard P. Becker cuando llegó a la Universidad de Wisconsin, en 1940. Era un joven alto, de constitución hercúlea, capaz de realizar un *salto mortale* con sorprendente gracia. Era un buen deportista, ya fuera en béisbol, ya como nadador o como aficionado a la náutica, al comando del pequeño bote pescador con que surcaba el lago Mendota. Años después compró una isla en un lago canadiense, y edificó un “cottage” semioculto en los bosques de pinos y abetos. De vez en cuando pasaba raudo con su bote a motor frente a las mansiones más lujosas de los ejecutivos de las grandes corporaciones del medio Oeste. Llegaba así hasta el muelle de la tienda del pueblo, por donde merodeaban algunos indios, pobres “hombres olvidados”, absortos en la contemplación de los estridentes yates a motor que habían ocupado el lugar de sus viejas canoas silenciosas.

Mills admiraba a los escritores de pensamiento vigoroso, a los que trasuntaban nobleza de ideales y no tenían pelos en la lengua para decir lo suyo. Le atraía el pragmatismo norteamericano y se fastidiaba frente a la filosofía del trabajo de Selig Perlman, que pregona en Wisconsin su decepcionante realismo poniendo el énfasis en la necesidad de sindicatos con “conciencia del oficio” en lugar de “conciencia de clase”. El

limitarse a negociar mejores condiciones de trabajo, salarios o leyes de seguro social no satisfacía a Mills. Los días del entusiasta agitador sindical y de la militancia de las masas iban quedando en el olvido. Las burocracias de expertos especialistas en los sindicatos ocupaban el lugar de los oradores de barricada que arrebataban con fervor a los trabajadores. Mills escribió un breve libro sobre los sindicatos. No le atraía convertirse en uno más de los investigadores contratados para estudiar las trilladas rutinas de cada día. Dejó las rutinas lucrativas en manos de quienes habían nacido para ellas y dirigió su observación hacia los que tomaban las decisiones, hacia los poseedores de la autoridad, hacia los poderosos de una sociedad que no sólo se veía de tiempo en tiempo al borde de la guerra sino que también estaba comprometida en una "guerra fría" permanente. Produjo un libro sobre la *Elite del poder*. Después de haber sido atacado a raíz de su obra *White Collar* por demostrar escaso amor hacia el hambrecillo sufriente, Mills se regocijó de poder dar una ruidosa bofetada al rostro de lo que llamó la "Lumpenburguesía", uno de los hallazgos que le enorgullecían y por los cuales aspiraba a perfeccionar a Marx. Así ejerció Mills la "elaboración de frases" que muchos iban a recibir con mortal disgusto y no le perdonarían así nomás. Vino, por ejemplo, el profesor Lynd, y le atacó por no llamar "clase dirigente" a la "clase dirigente". De la misma manera, las frases por él acuñadas y sus drásticos epítetos produjeron irritación en hombres que pretendían alentar creencias ortodoxas. Así fue como Aptheker quiso derribar del pedestal a este tejano destructor de pedestales que tanto le había enseñado sobre la Elit del Poder de los generales, estadistas y ejecutivos de corporación.

Me atrevo a decir que Mills, desde sus años de cadete, no reveló jamás condiciones para acomodarse a disciplinas de ninguna clase. Le faltaba el don y el gusto de ello. Temió, posiblemente, ser "encasillado"; no quiso que le pusieran etiquetas definidoras o lo archivaran en un anaquel para volverlo "inofensivo". De aquí que, además de sus obras profundamente elaboradas, encendiera también a su paso algunos "fuegos de artificio", como la publicación de un "sermón pagano a los ministros de Cristo" —nada tan angustioso como lo de Jean Paul Richter en la época napoleónica, con su parodia del juicio final, en que Cristo anuncia, tras su vana búsqueda por todo el universo, que Dios no existe. La lluvia de cartas que recibió Mills de los sacerdotes cristianos reveló que había encontrado el lenguaje propicio para pintar la agonía de muchos que aún piensan en el cristianismo como una religión de amor en lugar de una religión de cruzados contra indios salvajes, nazis, japoneses y demás orientales.

Entró en contacto con un senador de su estado natal, que necesitaba, y podía pagar, un informe exhaustivo destinado a la comisión sobre las pequeñas empresas. Viajó era el hombre indicado. Viajó por avión a seis ciudades y escribió en seis semanas su informe sobre los diversos mercados laborales, la ciudad de la corporación industrial única, la ciudad multiindustrial, la trayectoria de los ejecutivos corporativos desde posiciones secundarias hasta las grandes centrales nacionales sin identificación cívica, la comunidad temporaria entre los trabajadores y los ya obsoletos comerciantes minoristas de la gran ciudad, por la necesidad de los primeros de apoyarse en los contribuyentes más poderosos para lograr las mejoras civiles urgidas por la influencia de la mano de obra portorriqueña.

Entre tanto trabó relación con la Oxford Press y le vendió las copias mimeografiadas de mis traducciones

de los ensayos de Weber. Era hombre de asimilación rápida, con cierta propensión para lo extranjero. Y, como un hombre que lleva prisa, tomó cuanto encontró útil a su propósito. Era un deleite trabajar con él.

A Mills le encantaba trabajar con los materiales de Weber. Después de todo allí estaba el pensamiento de una mentalidad vigorosa que llamaba al pan, pan; que se enfrentó a un mundo a la deriva y temió que se dividiera entre Rusia y los Estados Unidos; que, antes de fundarse el PC chino, se dio cuenta de que el bolchevismo agrario bien podría aplicarse al campesino de China. A Mills lo han atacado los feligreses políticos a quienes les falló su propio dios. El dios era Stalin. Y Stalin, con la ayuda occidental, había expandido su asediada fortaleza hasta el otro extremo del mundo —se extiende "horizontalmente" y, por lo tanto, no puede "caer"—, en persecución de una política destinada a reunir pequeñas naciones en descomposición en términos de lo que Marx llamó una vez "la estrella fija de la política rusa, por encima de líderes, métodos e ideas: la dominación mundial". De esa manera, la pequeña represión de los arrogantes obreros alemanes en 1953, o la persecución de los herejes en Budapest en 1956 son medios lamentablemente necesarios de "reeducación" para enseñar a los "oportunistas" y "revisionistas" las realidades de la vida —incluido, para los más tozudos, el hecho evidente de que el sol nace en el Este, allí mismo donde el primer Sputnik entró en órbita espacial para exhibir su oscuro y vacío silencio a un mundo abandonado por la divinidad.

Mill fue invitado a viajar a Cuba; conoció a Fidel Castro y a sus hombres; atravesó la isla; presencié la elaboración de la nueva sociedad; vió cómo desaparecían los tahures, el sexo comercializado y el turismo, para dar lugar a una nueva vida en proceso de reconstrucción, a medida que los hoteles lujosos eran evacuados por los turistas millonarios, los explotadores del juego y sus cabecillas sindicalizados. Quedé admirado e impresionado por lo que vió. Le sorprendió comprobar lo que los hombres pueden realizar por sí mismos cuando asumen valientemente la responsabilidad de sus propias vidas, adquieren la autodeterminación nacional y confían en un futuro de vida digna para sus hijos. Castro le mostró el hombre común descansando en los grandes balnearios; le hizo ver los proyectos de obras públicas y viviendas, el surgimiento acelerado de escuelas para los hijos de gentes analfabetas, la puesta en marcha de la industria pesquera, de la agricultura diversificada, de las fábricas colectivas en el campo, con sus plantaciones de azúcar y tabaco. Fue una travesía apasionante por la encantadora isla tropical que despertaba de la negra pesadilla del régimen de Batista. Pudo ver una juventud ardiente que no estaba obligada a cantar *Yovinezza*; tuvo ante sí un espectáculo que hubiese hecho enmudecer al coro de entusiastas del New Deal de los días de Roosevelt, con sus "cien días" y su trust de cerebros; allí no había campañas contra intelectuales considerados "en el limbo". Y los soñadores imprácticos, con el poder por fin en sus manos, habían desentrañado el sentido de la afirmación de que sólo debemos tener miedo al miedo mismo. La radio le recordaba a uno constantemente la alternativa de Patria o Muerte, sin compromisos con inquietudes conformistas, sin la condena perpetua a vegetar en las tinieblas de la vida, en la tortura de los tugurios, o de las plantaciones de azúcar, de la miserable promiscuidad y de la pobreza enclavada en medio de la opulencia y la complacencia del extranjero. Mills respondió con toda la honesta indignación del hombre de clase media que aspira a un mundo mejor y se retuerce en impotente agonía.

F I N

Gino Germani sobre C. W. Mills o las enojosas reflexiones de la paja seca ante el fuego

Alfredo Parera Dennis

DEFINIR el significado de las ciencias sociales para las tareas culturales de nuestro tiempo". Tal fue la tarea que se propuso C. Wright Mills cuando escribió *La imaginación sociológica*. Su preocupación esencial residía en las implicaciones de la ciencia social para las tareas políticas que plantea esta época, entendiendo por tareas políticas el intento de analizar los "problemas de la biografía, de la historia y de su interacción en el seno de las estructuras sociales".

W. Mills desarrolló su concepto de "imaginación sociológica" a través de una crítica de las dos escuelas actualmente predominantes en la sociología profesional norteamericana. La "Gran Teoría" —el perpetuo enhebrar y rumiar de tautologías y neologismos, que encuentra su máximo exponente en T. Parsons— y el "Empirismo Abstracto" —o sea la renuncia al conocimiento en nombre de un metodologismo dedicado a inventar y perfeccionar hasta el infinito instrumentos perfectísimos para medir perfectamente lo trivial y carente de importancia.

W. Mills demostró que esas escuelas niegan lo que él consideraba la gran promesa de la sociología del siglo diecinueve, es decir, el establecimiento en la sociedad de las fuerzas de la razón y la libertad. Lejos de servir estos fines, afirmaba Mills, la sociología profesional produce obras que ya sea directa o indirectamente operan en interés de la "elite del poder".

Resumiendo la función social de la sociología académica, Wright Mills exhibió como con el auge de la ciencia social burocrática —de la cual el empirismo abstracto es la herramienta más apropiada, en tanto que la gran teoría corporiza la falta de teoría que acompaña a esa ciencia— toda la actividad de la sociología ha quedado sometida al servicio de los poderes imperantes. En verdad, según W. Mills, esta sociología profesional se parece mucho a una sociología uniformada.

La burocratización de la sociología, demostraba W. Mills, origina en el seno de la profesión una estructura de poder, compartida y disputada por diversas camarillas que administran o aspiran a administrar los medios de subsistencia, los instrumentos de avance profesional y los símbolos de prestigio que interesan al sociólogo. Esta estructura de poder requiere y moldea diversos tipos humanos, entre los que merece destacarse el profesor estadista, *the academic statesman*, o sea el individuo dotado de la habilidad política requerida para negociar

Gino Germani utilizó su condición de prologuista a la edición castellana de *La Imagination Sociológica* para tratar de inunizar al lector contra el pensamiento de Wright Mills, aprovechando el prólogo para exponer como cosa evidente por sí misma un pensamiento contrario al de Mills.

El enérgico fastidio con que el profesor Germani ha reaccionado contra la obra de W. Mills resulta explicable si se tiene en cuenta que en Germani se halla la tangible evidencia de que los vicios de la sociología profesional denunciados en *La Imagination Sociológica* no son un fenómeno exclusivamente norteamericano, como pretende el profesor Germani, sino el producto natural de la estructura intelectual y social de esa sociología.

en nombre de la profesión ante la élite del poder que compra o subsidia el trabajo de los sociólogos, así como para navegar entre las diversas camarillas, para intentar la captación o implementar la sanción o neutralización de los sociólogos discolos, etc.

Para destruir esas estructuras intelectuales y sociales que convierten a la sociología en ideología y en instrumentos de dominación al servicio de la élite del poder, W. Mills propuso en *La Imaginación Sociológica* un programa de acción que involucra desde los valores del sociólogo hasta las herramientas de su labor intelectual.

Respecto a los valores, Wright Mills reivindicó tres afirmaciones fundamentales.

Primero. El sociólogo está comprometido, quiera que no, en la lucha entre grupos, clases y naciones, que tiene por escenario a cada país y al mundo entero.

Segundo. Por exigencias del objeto que se propone conocer —la realidad social— el sociólogo debe concientemente tomar partido en esa lucha so pena de renunciar al conocimiento de su objeto, pues es tan imposible conocer científicamente la sociedad haciendo abstracción de los conflictos que constituyen su esencia como conocer la fisiología haciendo abstracción del organismo vivo.

Tercero. Por exigencia de los valores que dieron nacimiento a la sociología y que constituyen su mejor tradición el sociólogo debe tomar partido con su trabajo profesional y con su vida —realidades estas cuya separación no admite— a favor de los movimientos intelectuales y/o políticos que luchan por esos mismos valores: verdad, razón, libertad, desalienación, afirmación del futuro humano frente al presente no humano o menos humano.

El sociólogo que ignora estos valores, que los prostituye o que reniega de ellos en beneficio del Poder y la Riqueza, no es para Wright Mills un sociólogo sino, a lo sumo, un técnico o experto en el manejo de algunos instrumentos de captación y análisis de datos. En verdad un robot o un puro monstruo. Algo así como un médico carente de interés en aliviar el dolor y salvar la vida humana, es decir ajeno a los valores y a la tradición de donde brota la medicina.

En cuanto a los métodos y herramientas del *métier* sociológico, Mills recomendaba —y documentó la recomendación con su propia experiencia— la práctica de una “artesanía intelectual” que tiende a independizar al sociólogo, no sólo intelectual pero existencialmente, de los aparatos y del ethos burocrático. “Que cada individuo sea su propio metodólogo; que cada individuo sea su propio teórico; que la teoría y el método vuelvan a ser parte del ejercicio de un oficio. Defended la primacía del estudio individual. Oponed al ascendiente de los equipos de investigación formados por técnicos. Sed inteligencias que afrontan por sí mismas los problemas del hombre y de la sociedad”.

El Profesor Gino Germani y su Insólito Prólogo a Wright Mills

A falta de cambios reales que saquen al país de su condición atrasada y dependiente se presencia en la

Argentina un florecimiento de sociólogos profesionales, en particular de sociólogos del cambio.

Paradójicamente (¿paradójicamente?) la función social de tales sociólogos parece consistir cada vez más en fabricar una ideología que ayude a perpetuar el estancamiento y la dependencia. Es este rol de la sociología profesional el que obliga a tomarla en cuenta e impone la necesidad de algunas puntualizaciones acerca del profesor Gino Germani, su más prócer representante y promotor rioplatense.

Se ignora si Wright Mills tuvo el honor de conocer la persona o las obras del profesor Gino Germani. En todo caso, escribió en *La Imaginación Sociológica* algunas caracterizaciones que parecen especialmente escogidas para describir el prólogo que Germani stampa en la edición castellana de ese libro¹. Habitualmente, explicaba Mills, la sociología profesional combate a sus críticos haciendo mutis. Y si los críticos no pueden ser ignorados se adoptan otras estrategias, tal como la reseña malevolente de sus obras. “Pero si el libro en cuestión atrae mucho la atención dentro o fuera de su campo, o en ambos sitios, lo único que entonces hay que hacer es dárselo a un individuo distinguido de la camarilla, de preferencia a un estadista, que lo alabará debidamente sin prestar mucha atención a su contenido y hará ver como contribuye a su manera a las tendencias predominantes y promotoras del campo de estudio en su conjunto”. Lo único que debe evitar toda camarilla seria y aplicada —agregaba Mills— es entregar el libro a otro individuo independiente que, en primer lugar, diría exacta y claramente lo que el libro contiene, y en segundo lugar lo criticaría en términos absolutamente independientes de escuelas, camarillas y modas.

El profesor Germani se comporta frente a Wright Mills como un verdadero estadista académico, es decir, con aplomada hipocrecía. “Con acierto Mills señala” escribe Germani en su prólogo, y a renglón seguido pasa a explicar que lo señalado por Mills es inactual, o exagerado, o inaplicable aquí y ahora. “Solución excelente sin duda” dice Germani calificando la recomendación de Mills acerca de la artesanía intelectual como arma para combatir la burocratización de la sociología, y a continuación sugiere que Mills exagera, que su recomendación es un anacronismo, y así por el estilo.

Vale la pena observar de cerca como trabaja el profesor estadista Gino Germani con el propósito de inmunizar al lector contra el pensamiento de Wright Mills.

¿Qué Significa Denominar “Ciencia” a la Sociología?

La sociología contemporánea se caracteriza, afirma el profesor Germani en su prólogo, por “la acentuación del carácter científico de la disciplina con la adopción de principios básicos del conocer científico en ge-

neral...; nadie duda ya de que la Sociología es una disciplina positiva...” Sin embargo, Mills, precisamente en el libro que el profesor Germani prologa, critica a los empiristas abstractos porque estos sitúan a la sociología en pie de igualdad con las ciencias naturales, como “ciencia positiva”, en nombre de un supuesto “método científico” o de “principios básicos del conocer científico” que empiezan por ser una ilusión en el campo de las ciencias naturales y que, en el de las ciencias sociales, sólo logran oscurecer las características específicas de su objeto.

“La mayor parte de los estudiosos de la sociedad estarán de acuerdo en que su gratuita aceptación como ‘ciencia’ suele ser tan ambigua como formal” escribe Mills. Y páginas más adelante aclara con las palabras de Kusch, Premio Nobel de Física, que no existe “método científico” y que lo así llamado sólo puede bosquejarse para problemas muy sencillos. “No hay método científico como tal”, agrega Mills citando a otro Premio Nobel de Física, “sino que la característica vital del procedimiento del científico ha sido simplemente hacer todo lo posible con su inteligencia, y no los cotos cerrados”.

En relación al “carácter científico” de la sociología con que se exalta Germani, lo cierto es que los llamados “principios básicos del conocer científico en general” pertenecen a la gran tradición del pensamiento sociológico y en modo alguno se identifican con los instrumentos y procedimientos que constituyen la moda de los empiristas. El método científico es sólo un refinamiento, mediante análisis y controles, del proceso universal de aprender mediante la experiencia, también denominado buen sentido. Lo que la ciencia agrega al buen sentido es un análisis más penetrante de los complejos factores involucrados incluso en los sucesos aparentemente simples, y la exigencia de numerosas repeticiones y controles antes de establecer conclusiones. Pero, además, la sociología se diferencia de las ciencias naturales no sólo por su “especificidad metodológica” como dice el profesor Germani, sino esencial y principalmente por la naturaleza de su objeto. La sociología no estudia un objeto exterior al sujeto investigador, sino una totalidad de la cual el investigador forma parte y que está desgarrada por contradicciones internas, contradicciones acerca de las cuales existe conciencia (más o menos lúcida, más o menos falsa) y en las cuales el investigador está inmerso. Porque las ciencias sociales, a diferencia de las ciencias naturales, conocen sobre un objeto consciente, que se propone fines y actúa en su procura con mayor o menor grado de éxito.

Wright Mills estaba agudamente al tanto de esas características de la ciencia social. Pero el profesor Germani evidentemente no comparte las ideas de Mills, sino todo lo contrario. Pese a lo cual prologa la traducción de Mills y aprovecha el prólogo para exponer como cosa evidente por sí misma un pensamiento contrario al de Wright Mills, sin hacer explícito el desacuerdo, pero peor aún, mencionando a Mills como si

compartiera sus ilusiones profesionales sobre la sociología “científica y positiva”.

Las Críticas de Wright Mills Son Válidas Para Toda la Sociología Profesional y No Solamente Para la Sociología Norteamericana

La preocupación fundamental evidenciada por el profesor Germani en su prólogo, consiste en probar que los criticados por Mills no son realmente “defectos inherentes a las nuevas orientaciones metodológicas y a las exigencias organizativas, sino que reflejan sobre todo (aunque no exclusivamente) ciertos rasgos de la sociedad norteamericana”. ¿El empirismo abstracto? En Estados Unidos es extremista como todo lo yanqui, pero en sí mismo constituye “un avance necesario en la evolución de la Sociología como disciplina científica”. La burocratización de la sociología? Es excesiva en Estados Unidos, pero esto no tiene porque repetirse en otras partes “si se logra mantener una clara y vigilante percepción de la realidad”, si se adopta “la solución francesa con su carrera de investigador científico, recientemente adoptada también en la Argentina” y “sobre todo (con) una actitud vigilante por parte de los mismos estudiosos”.

Mediante esas prudentes reflexiones el profesor Germani —valiéndose de un prólogo a Wright Mills— le inculca al lector que el pensamiento de Mills no tiene otro valor que el de una reacción contra circunstancias específicamente norteamericanas y, más importante aún, que la estéril gran teoría a lo Parsons, el miope empirismo abstracto de los técnicos en encuestas, el ethos burocrático en fin, no son en sí mismos malos sino malos tan sólo en su exagerada versión norteamericana. Los mismos métodos que en Estados Unidos convierten a la sociología en ideología y en herramienta al servicio de la Elite del Poder son según Germani perfectamente recomendables fuera de Estados Unidos a poco que los sociólogos no norteamericanos exhiban una “vigilante percepción”, una “actitud vigilante” y otras ejemplares virtudes de que al parecer carecen los sociólogos profesionales norteamericanos y que probablemente poseen sus colegas argentinos, comenzando a contar por el profesor Germani.

A diferencia de su prologuista castellano, Wright Mills no esperaba que la abstracta “vigilancia” de los sociólogos bastase a contrarrestar la influencia corruptora de una orientación y una organización que son nocivas por su esencia misma, y no sólo por las peculiaridades de su aplicación en Estados Unidos. En cambio, Mills reivindicaba la gran tradición de los sociólogos clásicos: el pensamiento individual frente a los equipos de tecnócratas, la artesanía intelectual frente a los institutos burocráticos dedicados a levantar encuestas y cuantificar trivialidades. Frente a esto, el profesor Germani dice: a) que Mills procede “con acierto” al señalar el ejemplo de los sociólogos clásicos; b) que la propuesta por Mills es una “solución excelente sin duda”², pero que, c) en punto a como asimilar los

1 Prólogo..., pág. 18 línea 3.

2 Prólogo..., pág. 18 línea 19.

1 Gino Germani, Prólogo a *La imaginación sociológica* de C. Wright Mills (Fondo de Cultura Económica, México 1961), págs. 9 y sigs.

nuevos métodos de investigación "para Mills el problema ni siquiera aparece" ¹; d) que "es imposible volver a poner la cuestión en aquellos términos" sugeridos por Mills ² y que, e) en fin, la defensa de la artesanía intelectual "sólo puede ser entendida como reactivo" ante las exageraciones propias de los norteamericanos pero no ante las "poderosas técnicas de investigación" que Mills criticaba ³.

De modo que en veintinueve líneas consecutivas el profesor Germani afirma simultáneamente que Mills tiene razón pero se equivoca, que sus soluciones son excelentes pero en realidad ignora de que está hablando y que, al fin de cuentas, no vale la pena hacer mucho caso de Mills pues su pensamiento es meramente una reacción extremista contra anomalías de las que fuera de Estados Unidos se está a salvo, la carrera de investigador científico mediante. Con prolijo equilibrio, el profesor Germani aprovecha así su condición de prologuista para cabalgar sobre el prestigio de Wright Mills y, simultáneamente, confundir al lector deslizando una mañosa crítica al pensamiento de Mills y la apología de lo que Mills ataca. "Un verdadero estadista académico" hubiera exclamado Wright Mills.

¿Está Inmunizada la Sociología Latinoamericana Contra los Vicios que Denuncia Wright Mills?

El profesor Germani admite de modo puramente verbal que es necesario "evitar la aceptación acrítica de una metodología ciegamente empirista" ⁴ o "evitar la limitación de los errores ajenos", como dice en el prólogo a Wright Mills. Sin embargo, su actividad real define al profesor Germani y a sus discípulos como importadores e imitadores compulsivos de los más nocivos "achaques y manías" de la sociología profesional norteamericana.

En primer término, porque el profesor Germani y Asociados, educan a los futuros sociólogos profesionales en el estilo de investigación burocrático y parcelario que caracteriza al empirismo abstracto. Como explicaba Wright Mills, decirles a los jóvenes que sólo pueden conocer "científicamente" la realidad social mediante un tipo de investigación inevitablemente burocrático es poner un tabú, en nombre de la Ciencia, sobre sus es-

fuerzas para hacerse hombres independientes y pensadores originales. Es minar la confianza del artesano individual en su propia capacidad para conocer la realidad. Por ello ese estilo de investigación es esencialmente antidemocrático y no puede tener un papel educativo liberador para los investigadores sociales.

Pero además el profesor Germani y Asociados importan del empirismo abstracto otro de sus peores vicios: la obsesión por las investigaciones diminutas sobre pequeños ambientes con olvido, de hecho sino de palabra, de las estructuras sociales fundamentales. Acerca de esto Germani guarda prudente silencio en el prólogo a *La Imaginación Sociológica*, pero en otra parte critica a Wright Mills por sus ataques a las investigaciones en escala reducida. Lo malo no es circunscribir el trabajo empírico a una investigación en pequeña escala sino la ignorancia del contexto global, sentencia Germani ⁵. La dificultad reside precisamente en que toda la estructura intelectual y social (burocrática) del empirismo abstracto origina la tendencia irreversible a circunscribir la sociología a multitud de aparatosas investigaciones sobre ambientes microscópicos, con olvido y postergación, expreso o tácito, del "contexto global". De que el profesor Gino Germani y Asociados no constituyen excepción a esta tendencia son testigos irrecusables los productos intelectuales de su Departamento de Sociología tanto como los sufridos pobladores de la Isla Maciel.

En fin, el profesor Germani y Asociados comparten con la sociología norteamericana la pretensión de formar sociólogos "puros", es decir ignorantes y desdeñosos de los valores políticos que Mills consideraba "inherentes a las tradiciones de la ciencia social y seguramente implícitos en su promesa intelectual".

Y palpable evidencia de que los vicios de la sociología profesional denunciados por Wright Mills no son un fenómeno norteamericano puramente local como pretende Germani, sino el producto natural de la estructura intelectual y social de esa sociología, se encuentra en la producción sociológica del profesor Gino Germani.

Empirismo Abstracto y Gran Teoría en los Ensayos del Profesor Germani

A los sesenta y tantos años del siglo veinte, resulta claro ya que el cambio social es inseparable de conflictos de mayor o menor violencia entre clases, naciones y otros agrupamientos humanos; que ese conflicto tiende a ser total y se da también con fuerza particular en el plano de los valores. Por donde el cambio confirma en medida superlativa la conocida imposibilidad del investigador social de separar hechos y valores, ciencia y conciencia. Todo esto es o debería ser el abc. Sin embargo, el profesor Germani se acerca al estudio teórico de la sociedad en transición, del cambio social, reivindicando la abstracción mistificadora que para "evitar o limitar las connotaciones valorativas" (p. 42) ⁶

⁵ Gino Germani, *Política y sociedad en una época de transición* (Paidós, Buenos Aires 1963) pág. 13.

⁶ A partir de aquí, salvo indicación en contrario, todas las citas del profesor Germani pertenecen a su compilación *Política y sociedad en una época de transición* (Paidós, Buenos Aires 1963).

postula una separación radical entre "actor" y "observador". Como si el sociólogo pudiera por algún misterioso ejercicio de estilística parsoniana sacar carta de ciudadanía en Marte y abstraerse radicalmente —no ya en cierto grado, en cierto nivel, sino radicalmente— de la sociedad que constituye el objeto de su observación.

La cuestión de la objetividad —vinculada por lo demás al problema del monto de ideología que acompaña a todo conocimiento y del monto de conocimiento que acompaña a las ideologías —no es asunto de todo o nada, sino de grados y niveles. Problema huido, que no admite ninguna solución definitiva sino soluciones siempre provisionales, requiere un pensamiento robustamente concreto y pleno de ironía, y no puede ser obviado mediante abstracciones. Ya sean las abstracciones policiales de un Zhdanov decretando que por orden de Stalin la objetividad no existe, o las abstracciones ñoñas del profesor Germani recomendando a sus alumnos la prudente metodología del tenedor de libros: anotar por partida doble y sacar "balances de consecuencias" (p. 45) para decidir si un cambio o conflicto es "funcional", pues según parece "depende de los criterios adoptados por el observador el considerar funcional o disfuncional un conflicto" (p. 44). Pero ¿y de qué dependen los criterios del observador? Es éste acaso un problema de libre elección subjetiva? ¿O de inspiración divina? ¿O de selección *at random* entre el universo de criterios posibles? Aquí es donde comienza el problema para la sociología, y aquí es precisamente donde el profesor Germani dobla la esquina y se pierde de vista.

Es sabido que según los criterios por él adoptados —verdad, razón, libertad, desalienación— Wright Mills consideraba que esos conflictos y cambios en que consiste la Revolución Cubana son altamente funcionales para los trabajadores cubanos y para el futuro humano. En cambio según otros criterios —propiedad privada capitalista, derechos civiles burgueses, seguridad de las inversiones norteamericanas, estabilidad social en América Latina— la Revolución Cubana es obviamente disfuncional. ¿Cuáles de esos criterios resultan apropiados para el observador interesado en el conocimiento de la sociedad y del cambio social? A esto el profesor Germani responde que todo es según el color del cristal con que se mira, de modo que la actitud científica consiste en lavarse las manos en las pristinas aguas parsonianas, no contaminadas por conocimiento alguno.

De noche "todos los gatos son pardos". Pero en la oscuridad conceptual y estilística que caracteriza los ensayos teóricos del profesor Germani, modelados *after the fashion* de la Gran Teoría parsoniana, resulta difícil incluso distinguir entre los gatos y los restantes elementos de la realidad.

En efecto, Germani escoge para sus estudios teóricos un nivel de generalidad en el cual las realidades sociales (cambios, estructuras, instituciones) aparecen tan divorciadas de sus características específicas, tan hipertrofiadas en aquellos rasgos casi siempre secundarios que comparten en un plano general, que a fuerza de abstracción devienen la pura nada, como el Ser al co-

mienzo de la Lógica hegeliana. Y una nada pura resultan en verdad los estudios teóricos del profesor Germani, aunque no ya en sentido filosófico sino en el sentido pragmático de no servir para nada en el conocimiento de la realidad.

Evidentemente, cada teorizador es dueño en principio de elegir su propio nivel de abstracción y generalidad, y no se trata aquí de exigir que los modelos teóricos "se ajusten" a, o "reflejen", todos los hechos, etc. Un modelado teórico no debe ser juzgado en términos de su correspondencia fotográfica con la realidad, sino en cuanto herramienta mental que permite hacer inteligible la realidad. Pues "en la ciencia el criterio primero es el criterio pragmático del éxito — en la explicación" ¹.

En el caso del profesor Germani la generalidad de sus modelos es criticable precisamente porque de nada sirven para explicar la realidad.

He aquí algunas manifestaciones de esa inutilidad. El profesor Germani se ha preocupado por elaborar "una amplísima generalización capaz de describir la multitud de campos específicos en el desarrollo" (p. 72). Su generalización alude a "tres cambios esenciales", a saber: modificación del tipo de acción social, institucionalización del cambio en remplazo de la institucionalización de lo tradicional, y paso de un conjunto relativamente indiferenciado de instituciones a la creciente diferenciación y especificación de las mismas, (pág. 72). ¿Y las agencias del cambio (clases, estratos, naciones...)? ¿Y los métodos del cambio (revolución, acomodación, guerra...)? ¿Y el tipo de estructura inicial y el nuevo tipo de estructura social que emerge del cambio? ¿Y la interacción entre todos estos aspectos del cambio? Se trata de detalles al parecer demasiado particulares y subordinados como para merecer la atención del profesor Germani en un libro dedicado precisamente al cambio. Lo que es históricamente específico en la transición desde la "sociedad tradicional" a la "sociedad industrial", lo que hace de esa transición un torbellino de sangre y lodo en el cual se juega el destino de millones de seres humanos, todo eso desaparece en el nivel de generalización elegido por el profesor Germani, a quien le preocupa el resto. Pero el resto es precisamente nada o casi nada. La cáscara vacía, lo más exterior del fenómeno.

Esterilidad de las "Amplísimas Generalizaciones" Germanianas Acerca del Desarrollo y en Particular del Desarrollo Argentino

Los modelos teóricos del profesor Germani se demuestran absolutamente inútiles no ya para conocer sino aún *describir* la realidad, pese a que *describirla* es su única pretensión confesada. (Ver pág. 72). Peor aún: resultan en toda clase de mistificaciones, de errores por omisión y comisión, que impregnan los ensayos del profesor Germani cada vez que intenta dar cuenta de la realidad, y en particular de la realidad argentina.

¹ T. Parsons, *Sociological Elements in Economic Thought*, en *Quarterly Journal of Economics*, August 1935.

Se observa así que desde las alturas de sus generalizaciones amplísimas el profesor Germani distingue "dos opuestos tipos ideales de sociedad", la industrial o desarrollada y la tradicional, preindustrial o no desarrollada (pág. 71), y aplica esos tipos ideales a la América Latina, sin excluir a la Argentina ni establecer cualificaciones al respecto. ¿Resultado? Es imposible comprender en que consiste el cambio o transición en la Argentina, pues aquí nunca existió la "economía de subsistencia" en que consiste esencialmente el tipo de sociedad no desarrollada que conoce Germani, y existió siempre la economía de mercado, más aún, la economía capitalista, en que consiste lo que Germani denomina sociedad desarrollada. Por donde resulta que ésta sociología científica, lejos de contribuir al conocimiento de la realidad argentina, viene a repetir en lenguaje más solemne las viejas confusiones acerca de "feudalismo" y "capitalismo" cultivadas durante tanto tiempo por los teorizadores supuestamente marxistas que como Rodolfo Puiggrós intentaron explicar la historia argentina mediante tipos ideales derivados del Manifiesto Comunista.

Siempre como producto de sus estudios teóricos en un nivel de amplísima generalización, el profesor Germani ha elaborado —"principalmente con fines didácticos, para algunos cursos del Departamento de Sociología de la Universidad de Buenos Aires"— un esquema de los dos tipos ideales contrapuestos de sociedad industrial y sociedad tradicional. La intención del esquema, y de la entera descripción germaniana del desarrollo, es "sobre todo la de su posible aplicación a los países de América Latina y a la Argentina en particular" (pág. 116). Se trata de un esquema que ocupa diez páginas (117 a 126), en las cuales aparecen yuxtapuestos y adosados mecánicamente, de un modo puramente exterior y sin cuidado alguno por la concatenación interna, todos los criterios que en un plano de amplísima generalización, y de todavía más amplia exterioridad, es posible compilar para diferenciar la sociedad tradicional de la sociedad industrial, desde la "acción prescriptiva" hasta el "giroscopio" y el "radar". No del todo inesperadamente, pese a la abundancia de texto, es imposible hallar en ese esquema clave alguna para determinar con precisión el estadio de desarrollo en que se encuentra un país. La extrema generalidad de los criterios, la completa ausencia de criterios cuantitativos hacen que el esquema, aparte de su utilidad como pasaporte ante la cátedra del profesor Germani, sirva únicamente para distinguir sin error posible entre el nivel de desarrollo de las tribus ecuatorianas y el nivel de desarrollo de Estados Unidos. Solo que para alcanzar este discernimiento no parece mayormente necesaria la colaboración de la sociología profesional. En lo que a la caracterización de la Argentina se refiere, según el esquema de Germani resultaría un país desarrollado e industrial —lo cual es tan obviamente falso que probablemente ni el profesor Germani lo cree.

Autoritarismo, Nacionalismo y Otras Confusiones del Profesor Germani Acerca de las Llamadas Ideologías de Industrialización

Otras consecuencias del nivel de generalidad en que se mueve el profesor Germani aparecen en la increíble superficialidad con que pasa por encima de "las llamadas ideologías de industrialización cuyas características esenciales parecen ser el autoritarismo, el nacionalismo y una u otra forma de socialismo, colectivismo o capitalismo de Estado..." (pág. 157).

Primero. El profesor Germani imputa nacionalismo y autoritarismo a las ideologías de industrialización, y ello con jerarquía de "características esenciales". Con perdón del profesor Germani, el marxismo es la más importante y eficiente ideología de industrialización conocida hasta hoy, pero el marxismo es internacionalista y humanista desde y hasta la médula. Por ello quienes plasmaron las ideas y la práctica que hicieron posible la industrialización soviética (Lenin, Trotsky, y en planos más circunscriptos Preobrazhensky, Smirnov...) fueron internacionalistas y su pensamiento y sus vidas respiran internacionalismo por todos los poros.

¿Autoritarios. Quede la respuesta a cargo de Erich Fromm: "El hábito general de considerar al stalinismo y al comunismo actual como idénticos al Marxismo revolucionario, o al menos como sus continuadores, ha dado lugar a un error cada vez mayor respecto a la personalidad de las grandes figuras revolucionarias: Marx, Engels, Lenin y Trotsky. Esta distorsión constituye una real pérdida para el presente y para el futuro. Cualesquiera sean las divergencias que uno pueda tener con Marx, Engels, Lenin, Trotsky, no cabe duda de que ellos representan un florecimiento de la humanidad occidental.

"Fueron hombres con un sentido de la verdad, sin compromisos, que penetraban hasta la esencia misma de la realidad, y nunca se dejaron atrapar por la engañosa superficie; de un coraje e integridad inextinguibles; profundamente preocupados y dedicados al hombre y su futuro; desinteresados y con escasa vanidad o anhelo de poder. Eran siempre estimulantes, siempre despiertos, siempre ellos mismos, y todo lo que tocaban cobraba vida. Representaron las mejores tradiciones de la civilización occidental: su fe en la razón y en el progreso del hombre"¹.

Segundo. El profesor Germani establece al pasar, como quien habla del tiempo con el chófer del taxi, un signo igual entre "una u otra forma de socialismo". Conforme a esto, el socialismo soviético entre 1917 y 1924 es igual al socialismo soviético después del entronizamiento de Stalin, ambos son iguales al socialismo de Egipto bajo Nasser, los tres son iguales al socialismo de la India bajo Nehru y todos son idénticos al socialismo de China bajo Mao. Sin embargo, no parece serio establecer una

¹ Erich Fromm en *Dissent*, spring 1959.

igualdad entre esos regímenes, ni siquiera en el sentido de que todos ellos intenten la industrialización. Excepto que se decida cerrar los ojos a la nada trivial distinción entre intento a nivel de acción práctica e intento a nivel de proclama verbal, distinción ésta que se liga a la diferencia básica entre estructuras sociales que permiten subordinarlo todo al desarrollo de las fuerzas productivas y estructuras sociales que subordinan el desarrollo de las fuerzas productivas a la obtención del monto máximo de ganancia y privilegio para los propietarios y administradores del capital. Esfumando estas diferencias si sería posible decir que esos regímenes son iguales en cuanto todos *proclaman* intentar la industrialización, verdad innegable que aporta tanto al conocimiento como establecer su igualdad en términos de que están constituidos por seres humanos, que bajo todos ellos se registran diariamente nacimientos y defunciones, etc. etc. A esto parece reducirse en suma la caudalosa contribución del profesor Germani al conocimiento de las estructuras sociales que posibilitan la industrialización.

Tercero. Como quien dice papel y lápiz, sin explicitar su contenido, el profesor Germani introduce en el análisis de la industrialización las categorías míticas de "colectivismo" o "capitalismo de Estado", dando por sentado que corresponden a realidades perfectamente evidentes por sí mismas. Sin embargo "colectivismo" es una palabra panfletaria, a *catch word*, empleada por los defensores de la libre empresa capitalista para apostrofar al Estado burgués cuando sus intereses o sus prejuicios resultan desfavorablemente afectados. Una definición circunspectamente operacional pero en sustancia correcta diría: "colectivismo es todo aquello contra lo cual están la Cámara Argentina de Comercio, el Foro de la Libre Empresa, ACIEL, etc.". Pero entonces vuelve a plantearse la pregunta: ¿qué tiene que hacer, cuál es la función, de ese epíteto propagandístico en un texto de sociología científica y en la pluma de un profesor de sociología científica que está analizando el cambio social, el desarrollo, la industrialización? Desde un punto de vista científico, esto parece por lo menos tan desconcertante como tropezar en un texto médico con el mal de ojo elevado a la categoría de síndrome.

En cuanto al "capitalismo de Estado", se trata de una pseudo categoría que comenzó a popularizarse en la década del treinta por la pluma de quienes intentaban definir al régimen Soviético como una sociedad no capitalista y no socialista. Pero no es más que alquimia verbal, un mero ejercicio consistente en unir palabras con prescindencia de los conceptos que corporizan ("lata de papel", "triángulo de cuatro ángulos"...). Una economía capitalista es una economía de mercado. Los precios determinan que y cuanto se produce, que proporción del plusproducto se acumula y en que ramas de la producción tiene lugar la acumulación. La economía capitalista está gobernada por las leyes del mercado, y la autonomía de estas leyes constituye el síntoma decisivo del sistema capitalista de producción. Cuando el Estado se transforma en propietario exclusivo de los medios de producción resulta imposible el funcionamiento de una economía capitalista. En estas

condiciones, no son los precios sino el plan lo que determina que será producido y en qué cantidades.

Otra vez, pues, monótonamente, la obra del profesor Germani plantea el mismo interrogante: ¿En qué consiste la ciencia de esta sociología que define, redefine y elabora hasta al infinito lo trivial y lo puramente formal, que agota a las linotipos en su afán por exponer sistemáticamente que "en toda acción social hay un actor", que "el actor actúa en una situación", que "para llegar al fin es necesario utilizar determinados medios" (pág. 50) y otros conceptos de importancia y novedad igualmente obvios, pero utiliza sin aprehensión ni elucidación alguna slogans, confusiones conceptuales, artificios verbales y otros instrumentos eficientes de mistificación que bloquean el camino hacia el conocimiento de la realidad social, en particular de esa compleja y fluida realidad que es la industrialización y el cambio de estructuras?

Los Mitos Sobre la "Racionalidad" de la Actividad Económica y la "Institucionalización del Cambio"

Según el profesor Germani una característica esencial del desarrollo y la industrialización reside en que la actividad económica "cualquiera que sea su régimen legal (privado, colectivo, mixto, estatal, etc.), deberá tener como rasgo esencial el de la racionalidad" (p. 82). Déjese pasar esta vez la poco edificante falta de responsabilidad intelectual con que el profesor Germani transita por encima de las relaciones de propiedad, ese pequeño detalle. Incluso se puede contemplar sin comentario su silencioso descubrimiento de un régimen de propiedad denominado "etc.". Pero es difícil no detenerse ante su empleo acrílico y puramente fetichista del concepto de *racionalidad*.

También el de la racionalidad es un problema de grados y niveles. No existe ninguna muralla china que separe tajantemente lo racional de lo irracional, y tal vez la diferencia más esencial entre razón e irracionalidad consiste en que la razón es en cada caso consciente de sus límites —no absolutos, relativos a cada etapa y nivel— de sus condicionamientos, y de su contradictorio pero cercano parentesco con lo irracional. Todo esto es el abc, pero se le escapa al profesor Germani, quien parece orgánicamente incapaz de relativizar sus criterios y de analizar críticamente sus supuestos. Como resultado, el profesor Germani, a la vez que postula como racional la economía de mercado, regida de modo puramente irracional por el fetichismo de la mercancía, coloca un signo igual de racionalidad entre el desarrollo capitalista que en condiciones de privilegio histórico, se produjo espontáneamente en cuatro o cinco países de temprana industrialización, y el desarrollo sobre bases socialistas que en condiciones históricas adversas se realiza concientemente, planificando las metas, los medios y el ritmo.

No hay necesidad alguna de transformar en fetiche la propiedad estatal de los medios de producción y la planificación integral que ella posibilita, y menos aún cabe prosternarse a adorar la racionalidad de la planifica-

ción soviética, plagada de irracionalidad y arbitrariedad burocráticas. (Para los propensos a tales ejercicios religioso, baste recordar el discurso de Krushev en 1956 sobre la descentralización administrativa). Pero en este mundo en que lo único absoluto es el cambio, también deben relativizarse los juicios acerca del cociente entre racionalidad e irracionalidad que caracteriza a cada sistema económico. Además, el monto mismo de racionalidad no puede determinarse meramente en base a la adecuación entre medios y fines (los campos de concentración nazis eran medios perfectamente escogidos y perfectamente empleados a los fines de la exterminación masiva), sino también por el contenido de los fines y por la naturaleza de los medios de cuya existencia resulta la elección de esos fines. Pensando así concretamente —la verdad es siempre concreta— aparecen claros por lo menos tres hechos de los cuales el profesor Germani parece no tener noticia. *Primero*, que la economía capitalista, o sea el imperio irrestricto del fetichismo de la mercancía, hipertrofia el elemento irracional, la alienación en que consiste toda economía, en mayor o por lo menos en igual medida en que estimula el desarrollo de la racionalidad en el plano técnico de la producción y de la administración. *Segundo*, el pasaje desde la economía preindustrial, incluso de su forma más extrema, la economía de subsistencia, a la economía industrial capitalista, no admite ser descripto —a la manera del profesor Germani— como una trayectoria rectilínea y en un solo sentido desde la irracionalidad hacia la racionalidad económica, y ni siquiera como un pasaje en un solo sentido desde lo menos racional hacia lo más racional. El tránsito de la sociedad preindustrial a la sociedad industrial capitalista es contradictorio, se da en distintos niveles dentro de la misma esfera económica, y en algunos de esos niveles el pasaje no es un movimiento desde lo menos hacia lo más racional, sino a la inversa. Desde el punto de vista del consumo, del disfrute de los productos del trabajo humano en cuanto valores de uso la economía de un feudo medieval era más racional al nivel de sus recursos, que la economía capitalista norteamericana. *Tercero*, la industrialización socialista, aun con las deformaciones, con las arbitrariedades, con todo lo irracional en suma que caracteriza a la industrialización soviética y todavía más a la de China, implica una mayor racionalidad y en un análisis científico del desarrollo no puede ser colocada al estilo Gino Germani en plano de igualdad con la coja racionalidad de la economía capitalista. La racionalidad parcial de la industrialización capitalista fue un producto puramente aleatorio, un mero resultado, que la sociedad no previó ni procuró conscientemente. Por ello la industrialización capitalista sólo fue viable dadas las condiciones históricas de privilegio y prioridad en que todos los recursos, incluyendo el tiempo, eran relativamente abundantes y admitían un cuantioso desperdicio. Pero en otras circunstancias, allí donde los recursos son escasos y las necesidades apremian, el capitalismo se muestra incapaz de llevar a cabo la industrialización. En cambio la racionalidad de la industrialización socialista, racionalidad limitada y relativa por cierto, no es un puro resultado, algo aleatorio, sino

un fin, a la vez que un medio, conscientemente buscados por la sociedad, que al eliminar el fetiche de la mercancía se propone develar la economía y toma conscientemente en sus manos la conducción de las fuerzas productivas, es decir, alcanza el control de las condiciones para la realización de su propia vida. Por eso, por su formulación consciente de medios y fines, por la consciente búsqueda de una adecuación racional entre ellos, el sistema de economía socialista, aun con las deformaciones que originaron al stalinismo, y que el stalinismo cultivó y perpetuó, alcanza el éxito donde el capitalismo fracasa, y logra la industrialización de naciones atrasadas en un contexto de escasez que sólo admiten un (relativamente) pequeño desperdicio de recursos.

Todo esto ni siquiera alcanza a divisarse, desde las amplísimas generalizaciones en que prefiere apostarse el profesor Germani. Parece lógico entonces hallar en su texto el reconocimiento expreso de que su análisis “deja sin contestar algunos de los mayores interrogantes relativos a las condiciones que determinan la aparición de una u otra forma; la estabilidad de cada una; el costo comparativo de las varias formas de desarrollo” (pág. 83). Y su misma capacidad para alcanzar o no el desarrollo, debería haber agregado el profesor Germani, quien postula contra el viento y la marea del siglo XX que todas las formaciones económico-sociales son igualmente capaces de lograr el desarrollo, sin excluir ni siquiera el sistema “etc”, que él ha descubierto. De todos modos, se requiere considerable aplomo para dictar cátedra y publicar libros sobre “política y sociedad en una época de transición” y reconocer desnudamente que no se tiene nada que decir acerca de los aspectos más vitalmente esenciales de la transición, de los elementos estratégicos que deciden si hay transición o no. Sin duda en algunos círculos esto debe resultar encomiable, pues pasa por ejemplar prudencia científica. Pero es apenas gazmoñería de sociólogos presupuestados que temen chamuscarse los dedos. La ciencia, pero la ciencia social más todavía requiere el exasperado coraje de conocer. Y esto no lo da la traducción de Parsons ni lo presta la vicepresidencia de la International Sociological Association.

Siguiendo a Parsons, el profesor Germani explica a sus alumnos que una de las tres diferencias esenciales entre la sociedad tradicional y la sociedad industrial reside en que esta última institucionaliza el cambio y en ella “el cambio se torna un fenómeno normal, un fenómeno previsto instituido por las mismas normas” (pág. 73). ¿Cuáles clases de cambio en cuáles sectores de la realidad? Inútil interrogar sobre esta minucia al profesor Germani absorto como está en la apología de sus fetiches. Sin embargo, en que consiste la “institucionalización del cambio” no resulta obvio ni siquiera con ayuda de la transparente prosa parsoniana. Indudablemente la sociedad industrial capitalista institucionaliza el cambio de mercancías; institucionaliza también otros cambios que estimulan a aquel como el cambio de residencia geográfica, el cambio de ocupaciones, el cambio de los capitales de una inversión a otra, el cambio anual de automóviles, etc.; e institucio-

naliza además el cambio en otras esferas que o bien facilitan o bien no entorpecen el cambio de mercancías, como por ejemplo el cambio de roles familiares, el cambio de esposas y esposos, el cambio de religión, el cambio de nacionalidad, etc. Pero en lo que se refiere a la separación entre el productor y los medios de producción, en lo que hace al reparto de roles y productos entre los propietarios de medios de producción y los propietarios de fuerza de trabajo, en lo que concierne a la posesión de la riqueza y del poder, en todos estos niveles la sociedad industrial capitalista se ajusta plenamente a la definición ginoparsoniana de la sociedad tradicional, pues “se basa sobre el pasado, todo lo nuevo es rechazado y se tiende a afirmar la repetición de las pautas preestablecidas” (p. 73).

Por lo demás, si bien es verdad que la sociedad industrial estimula e institucionaliza algunas categorías de cambio (en particular la movilidad técnica, intelectual y moral, la plasticidad en las relaciones interpersonales) esa verdad presenta un aspecto contradictorio que el análisis sociológico debe destacar. La movilidad y las exigencias de movilidad están acompañados por la preocupación generalizada de institucionalizar la estabilidad, la seguridad, el equilibrio, la “estructura”.

Desprovista de adornos y de jargon la “institucionalización del cambio” se reduce a una apología típicamente parsoniana de las condiciones de afluencia y movilidad que caracterizan a la sociedad estadounidense, en todo aquello que no concierne ni roza ni altera a la propiedad privada de los medios de producción y a la estabilidad de la elite del poder. Como criterio para delimitar las sociedades preindustriales de las industrializadas resulta patéticamente inútil y conducente a error. La industrialización no requiere e implica cambio en abstracto, sino cambios cualitativos determinados en áreas también determinadas de la estructura social, en particular relaciones de propiedad y poder político.

Un Auténtico Descubrimiento del Profesor Germani: el “Fascismo Basado en el Proletariado”

No es éste el lugar apropiado para seguir al profesor Germani en sus contorsiones abstractas a propósito del autoritarismo y los movimientos de masas. Pero bien vale la pena observar las virtudes de su pensamiento al menos en una de sus manifestaciones: la definición del peronismo.

¿Dónde existen las moscas? En la tierra. ¿Dónde existe el hombre? En la tierra. ¿Tiene vida la mosca? Sí. ¿Tiene vida el hombre? Sí. ¿Come la mosca azúcar y carne cocida? Sí. ¿Come el hombre azúcar y carne cocida? Sí. Por lo tanto, el hombre es equivalente a la mosca y la ciencia puede referirse a ello en términos de “el hombre o la mosca” o “el hombre, la mosca, etc.” Más aún. La mosca posee pelos y tiende a reunirse con otras moscas. El hombre tiene pelos y tiende a reunirse con otras moscas. Por lo tanto, en un plano de amplísima generalización, podemos definir a la mosca como un hombre que se sustenta y desplaza mediante

patas y alas, mientras que el hombre resulta una mosca que se sustenta y desplaza mediante piernas y brazos.

En base a esta lógica impecable el profesor Germani llega a la conclusión de que “la originalidad del peronismo consiste en ser un fascismo basado en el proletariado” (p. 240). Sin embargo, el fascismo fue en esencia la guerra civil contra el proletariado, librada por la clase media pauperizada y el lumpenproletariado con apoyo y en beneficio de la gran burguesía. ¿Qué sentido tiene, ante el tribunal de la ciencia y del buen sentido, asignar el mismo nombre a fenómenos esencialmente distintos? ¿Es qué acaso la misión de la Sociología Científica consiste en destacar todo lo que es accesorio y formal para impedir el conocimiento de lo que es esencial en las realidades sociales?

Mientras se busca respuesta a estas preguntas, el “fascismo basado en el proletariado” queda en pie como un auténtico descubrimiento del profesor Germani, compartiendo honores con otros hallazgos de parecida jerarquía como el régimen de propiedad denominado “etc”, o los modelos de desarrollo “occidental, oriental o término medio”¹.

De los Modelos Teóricos Inconducentes a las Tesis Empíricas Conducentes a Error

Cuando el profesor Germani desciende desde las amplísimas generalizaciones de sus estudios teóricos hasta el plano más particularizado de la investigación empírica, incurre en errores inesperados, tanto en la captación como en el análisis de sus datos. Y, lo que es más significativo, sus errores no presentan una distribución gaussiana. Al contrario, tienden sistemáticamente a conglomerarse en coincidencia con los mitos y slogans elaborados por las corrientes ideológicas que han tratado de elaborar una fundamentación histórico-social para el inédito nacionalismo revolucionario de los industriales criollos.

Así, vemos que el profesor Germani padece la necesidad de negar toda vinculación significativa entre el empresariado industrial y la tradicional burguesía terrateniente y estancieril argentina. En beneficio de esta necesidad el profesor Germani exagera con clara predilección el peso específico de los inmigrantes en los orígenes de la burguesía industrial argentina —lo cual viene de paso a enlazar en el plano del mito las pretensiones de la Sociología Científica con las añejas ilusiones patrias acerca de los inmigrantes que arribaron como obreros y murieron como potentados.

Según Germani, el surgimiento y desarrollo de la industria acaecido en las dos últimas décadas del siglo pasado fue enteramente obra de modestos inmigrantes, de modo que la industria habría nacido inmaculadamente limpia de contacto alguno con estancieros o terratenientes criollos o con financistas internacionales. “Mientras la clase alta —las familias tradicionales— retenían un control muy amplio del sector agropecuario,

¹ Gino Germani, *Notas sobre problemas de la investigación sociológica en América Latina*, Trabajos e Investigaciones del Instituto de Sociología, Publicación Interna N° 30.

la clase media durante el período de su primera formación hasta comienzos de siglo, estaba constituida sobre todo por los hombres que habían impulsado las actividades nuevas: empresarios pequeños y medianos que concentraban la actividad comercial y la naciente industria" (pág. 223). ¿Pruebas? El profesor Germani ha encontrado que en 1895 el 81 % de los propietarios de industria eran extranjeros, y orgullosos de su hallazgo lo repite pedagógicamente a lo largo de varias páginas (pág. 195, anteriores y sigs.). Sobre este punto la prosa del profesor Germani, usualmente tan circunspecta, adquiere un tono categórico y aún tajante: "El desarrollo industrial se ha producido fuera de este grupo (la clase alta tradicional); ya durante la primera fase de industrialización, desde fines del siglo pasado, virtualmente la totalidad de la actividad no agropecuaria se hallaba en manos de inmigrados (el 80 % de los empresarios en actividades secundarias y terciarias lo era, entre 1890 y 1914) y aun en épocas recientes la proporción de empresarios extranjeros sigue elevada" (pág. 172).

Esta afirmación de Germani choca fuertemente contra la sólida evidencia aportada por los historiadores más serios y documentados de la industria argentina (Dorfman, por ejemplo). Sin embargo el señor profesor se abstiene de polemizar e incluso economiza al lector la mera mención bibliográfica de que existen documentadas tesis opuestas a la suya. Resulta difícil en estos casos establecer si lo que flaquea es la erudición o la honestidad intelectual. Pero en cambio es fácil advertir el ingenio ardid metodológico mediante el cual el profesor Germani parece otorgar una base fáctica a su deliciosa fantasía acerca del origen puramente migratorio de la burguesía industrial argentina. Todo consiste en ocultar los datos acerca de la concentración de la producción y de la propiedad industrial, y en hablar del 80 % de los propietarios de industria en general pasando por alto establecer si se trata de industriales panaderos que trabajan con la señora y los hijos o de dueños de fábricas que emplean centenares o miles de obreros. De este modo el profesor Germani oculta que en 1895, según el Segundo Censo Nacional, alrededor del 8 % de los establecimientos industriales concentraban aproximadamente el 62 % de todo el capital invertido en la industria. Y en la propiedad de ese núcleo decisivo predominan no los modestos inmigrados, sino la tradicional clase dirigente argentina.

La Leyenda de la Burguesía Industrial de Origen Puramente Inmigratorio

Si. El Censo de 1895 indica que 81 de cada 100 industriales eran extranjeros, pero esto por sí sólo carece absolutamente de significación para establecer el peso específico de los inmigrantes dentro de la burguesía industrial pues se trata de un dato cuyo empleo exige previamente la respuesta a tres interrogantes que el profesor Germani parece ni sospechar. *Primero*, cuantos de cada 100 propietarios industriales son extranjeros no entre todos los industriales en general ("industriales" que no emplean obreros, más "industriales"

que ocupan 1 ó 2 obreros, etc.), sino entre los industriales que controlan la industria auténticamente fabril, es decir, la industria que sustenta a la burguesía industrial? *Segundo*, ¿entre los industriales extranjeros que pueden denominarse burgueses industriales (se insiste: excluyendo a los panaderos de barrio, a los zapateros remendones, etc.), cuantos son los simpáticos inmigrantes que llegan al país sin un cobre y desde luego sin conexiones con la clase dirigente argentina, y cuantos son los "inmigrantes" que llegan en representación de la industria y/o el capital europeos, y desde muy temprano se vinculan social y económicamente a la burguesía estancieril y terrateniente? *Tercero*, ¿de los modestos inmigrantes que según el profesor Germani construyen la industria argentina desde abajo, fuera de la clase dominante tradicional, cuantos son los que se transforman en burgueses industriales solo mediante el apoyo del capital extranjero, con cuyo espaldarazo los modestos inmigrantes entran en el círculo económico, social y matrimonial de la clase dominante argentina?

sin responder a esas preguntas, afirmar como el profesor Germani hace que el desarrollo industrial se produjo fuera de la clase alta tradicional, por que el 81 % de los industriales censados eran extranjeros, constituye un error pueril que en profesores de renombre mundial se parece desagradablemente a la mendacidad.

Desgraciadamente para la leyenda migratoria, un libro aparecido en Buenos Aires en febrero de 1887 desmiente de modo cortante las afirmaciones del profesor Germani. Se trata del libro de fundación de la Unión Industrial Argentina, donde constan apellidos próceres de la tradicional clase dirigente criolla, tales como Ayerza, Biedma, Bullrich, Badaraco, Cambaceres, Casares (Carlos), Duhalde, Huergo, Iraola, Mackinlay, Newton, Nogués, Pereira (Leonardo), Paz (Máximo), Picabea, Quirno, Quirno Costa, Santa Coloma, Sáenz Peña, Senillosa, Sansinena, Terry, Uzue, Ugarte, Urien, Uriburu. A la vista de estos apellidos cabe preguntarse si cuando el profesor Germani escribe que "virtualmente la totalidad de la actividad no agropecuaria se hallaba en manos de inmigrados" (p. 172) estará refiriéndose también a los inmigrados españoles (y algún inglés) que llegaron al Río de la Plata antes de 1810.

Por cierto que en el libro de fundación de la Unión Industrial figuran abundantemente los "inmigrados". La mayoría no significó gran cosa en el desarrollo de la industria argentina. Pero un núcleo habría de identificar sus apellidos con la historia del capitalismo industrial argentino (argentino = radicado en el país). Sin embargo, lo característico es que, de todos los inmigrados, solo adquirieron estatura de burguesía industrial aquellos que, lejos de permanecer "fuera" de la clase alta tradicional, obtuvieron el resplado de la burguesía estancieril y terrateniente, o fueron agentes del capital extranjero, que era también socio de esa clase alta tradicional. Tal es el caso de Tornquist, a quien con el tiempo habrían de subordinarse Rezzonico, Ottonello, Vasena, Conen. Tal es también el caso de Bemberg, Bieckert, Campomar, Canale, Merlini, Roccatagliata Volpi, Bagley, Rigolleau Lix Klet.

Acerca del "Ensayismo", del Culto de la Palabra y de la Falta de Rigor en la Producción Sociológica del Profesor Germani

En su insólito prólogo a Wright Mills el profesor Germani señala acertadamente que el perfeccionismo y el formalismo metodológico yanquis constituyen, pese a todo, un progreso frente al ensayismo, el culto de la palabra y la falta de rigor que "son los rasgos más comunes en la producción sociológica del continente"¹. Sin embargo, aquí también el desarrollo presenta un carácter combinado o "asincrónico". Por una parte, es obvio —sobre todo después de *La Imaginación Sociológica*— que la sociología norteamericana concilia perfectamente su escrupulosidad metodológica con una obediencia sumisa a los lugares comunes y los mitos del liberalismo, o peor aún, del liberalismo prostituido de la elite del poder. Lo cual da lugar a que un Lazarsfeld o un Stouffer, y ni que decir sus discípulos, exhiban junto a un virtuosismo metodológico impecable y por momentos admirable, una trivialidad y ligereza tales frente a los problemas más esenciales de la sociedad que los coloca a un nivel de ensayistas parroquiales. Pero la competencia por el poder académico genera en la sociología norteamericana la necesidad compulsiva de publicar libros y artículos que son, incluso en un plano exclusivamente metodológico, absolutamente innecesarios desde el punto de vista científico, faltos de ideas y de maduración. Conceptualmente, estas obras pertenecen a la más pura y nociva tradición del ensayismo. Y por lo demás basta pensar en T. Parsons para advertir que el culto de la palabra no es privilegio latinoamericano y ni siquiera madrileño.

Por otra parte, en América Latina vemos como los más notorios importadores de los métodos norteamericanos, con el profesor Germani a la cabeza, combinan sus preocupaciones metodológicas y científicas con una abundante dosis de ensayismo y de falta de rigor —innegables plagas latinoamericanas— contra las cuales dicen que se proponen luchar desde sus institutos.

En efecto, el profesor Germani proclama con verdad que "ciertos elementos obsesivos y un notable perfeccionismo son, sin duda, aspectos necesarios en la investigación" que "es demasiado frecuente en nuestros países, una noción romántica de la investigación, en la que el trabajo fructífero es abandonado al cuidado del personal 'auxiliar' o que son necesarios "el sentido de responsabilidad, la tendencia a cumplir de manera precisa y rigurosa los compromisos asumidos, incluyendo la puntualidad en los plazos, el cumplimiento de los acuerdos, etc."².

Sin embargo, el trabajo real del profesor Germani y Asociados muestra escaso grado de acatamiento a esos requisitos mínimos y básicos de la investigación. Desde la negligencia en el control de *cheating* y los *bias* en que incurren sus entrevistadores, hasta la improvisación y el descuido en la confección de los cuestionarios, pasando por todas las fases de la planeación

del trabajo de campo y de la elaboración y el análisis, las encuestas de Gino Germani y Asociados se caracterizan por un muy bajo nivel de calidad y una abundancia de defectos criollos potenciados por los peores vicios de la *opinión research* norteamericana. Y esto vale tanto para sus investigaciones con fines científicas [referencia: encuestas sobre estratificación] como para las encuestas que el profesor Germani o sus discípulos recomendados efectúan para empresas comerciales [referencia: encuestas sobre adolescentes y hojitas de afeitar].

El caso del profesor Germani es sin duda paradigmático. ¿Falta de rigor en la producción intelectual? Su obra cumbre resulta por de pronto una mera compilación de artículos y apuntes impropriadamente denominados "capítulos" y unidos más bien por la mano del encuadernador que por el desarrollo del concepto.

¿Ensayismo? Para satisfacción de los gauchófilos, la obra del profesor Germani atestigua que también entre los científicos sociales se prolonga la dinastía Santos Vega. Así, por ejemplo, el profesor Germani afirma al correr de la pluma, como quien dice llueve, que en 1916 el ascenso del radicalismo al poder significó "el paso de los gobiernos de elites a los gobiernos de clase media" (p. 227) y "no está de más recordar aquí —agrega— el carácter indudablemente nacionalista de la UCR, y su acendrado aislamiento, en particular durante la primera guerra mundial" (p. 228). De este modo la sociología científica se prosterna ante los mitos yrigoyenistas y a su turno otorga a estos mitos el espaldarazo de la Ciencia. Pero es una ciencia de poca monta que ignora a sabiendas hechos fundamentales como estos:

1º) En el radicalismo se enrolaron no solo los hijos de los inmigrantes, sino también los nietos de los próceres fundadores; 2º) Las cuatro quintas partes de la UCR provenían de la clase media, pero el quinto decisivo estaba estrictamente ligado a la elite tradicional. El núcleo esencial y dirigente del partido, el que determinaba la política efectiva y desprendía de su propio medio ministros y altos funcionarios, estaba mancomunado en ideas e intereses fundamentales con los diversos sectores integrantes de la elite tradicional; 3º) En el gabinete de Yrigoyen, junto a ilustres desconocidos de clase media, aparecieron apellidos pertenecientes a la elite oligárquica. Uno de los primeros actos del nuevo gobierno fue designar para una alta función a Joaquín S. de Anchorena, miembro nato de la elite tradicional; 4º) En consecuencia, el gobierno radical se aplicó a poner en práctica el consejo de Meternich: "gobernar y no cambiar nada". El radicalismo respetó al latifundio, base de la elite tradicional. De hecho, bajo el gobierno de Yrigoyen creció la concentración de la propiedad territorial en manos de los grandes latifundistas.³ 5º) La neutralidad argentina en la primera guerra mundial fue declarada en 1914 y sostenida durante más de dos años por el presidente Victorino de la Plaza y su ministro Muratore, ambos

¹ Gino Germani, *Prólogo*, ..., pág. 19.

² Gino Germani, *Notas sobre Problemas*, ..., pág. 19.

³ Félix J. Weil, *The Argentine Riddle* (The John Day Co., New York, 1944), pág. 25.

pertenecientes a la elite tradicional y ambos pronunciadamente partidarios y servidores de Inglaterra. La neutralidad argentina, antes de y durante, el gobierno radical fue una neutralidad activamente beligerante al servicio de Inglaterra, que ganó la guerra sobre oleadas de carne y trigo argentino según la conocida declaración de Lloyd George. 6º) La actitud radical ante el imperialismo no fue nacionalista o aislacionista sino enteramente conservadora. "Gran Bretaña en ninguna parte hallará mejores amigos que en la Argentina", declaraba en Londres Honorio Pueyrredón, ministro de Yrigoyen. Y el mismo ministro, justificando los increíbles convenios comerciales firmados en favor de Inglaterra por el gobierno radical, explicaba que no se podía tener frente a Inglaterra "un criterio de negociante" y que era preciso "elevar el espíritu" hasta "contemplar no sólo el interés argentino sino también el interés extranjero" 2.

Curiosas Grietas en la Erudición del Profesor Germani

Cualquiera sea la opinión que merezcan en punto a ideas, no cabe duda de que las obras del profesor Germani abundan en notas escritas al pie de página. Sin embargo, la *scholarship* del profesor Germani presenta algunas lagunas que llaman la atención. Por de pronto, como ya se ha señalado, el profesor Germani omite cuidadosamente la mención, siquiera sea a título de referencia bibliográfica, no ya de las tesis, pero de la existencia misma de investigadores que contradicen documentadamente sus opiniones en punto a temas nada triviales, como por ejemplo las relaciones entre la burguesía industrial y la clase terrateniente.

Esta clase de omisiones constituye un verdadero delito contra el progreso de la investigación social en la Argentina, pues como el propio profesor Germani señala "el nivel de información recíproca acerca de las actividades científicas de los sociólogos en América Latina es muy bajo" y "lo que realmente falta es la práctica regular y sistemática de la crítica... el análisis crítico serio, la polémica llevada sobre un plano puramente científico" 3.

Pero más característico aún es el meticuloso cuidado con que el profesor Germani deja constancia de su no-erudición —¿sería más correcto decir su amnesia?— en punto al pensamiento marxista. El profesor Germani habla por ejemplo del carácter asincrónico que constituye uno de los rasgos esenciales del cambio (p. 16). Pero, pese a su preocupación por vestir las páginas con referencias, omite informar a sus alumnos acerca del concepto marxista de desarrollo combinado, formulado por Trotsky en 1905. Y como su memoria no se refresca ni siquiera cuando escribe, siguiendo a Trotsky "que no necesariamente los distintos países que sucesivamente inician el proceso van a repetir las mismas fases o etapas por las que pasaron las regiones que los precedieron en el tiempo" (p. 90), resulta forzoso admitir

que en ese sentido la erudición del profesor Germani es pobre. En resumen, acerca de la erudición del profesor Germani cabe decir que presenta un carácter "asincrónico". Nutrida y puntillosa en lo relativo al pensamiento no marxista, y aún respecto al mero no-marxismo sin pensamiento alguno, se muestra escuálida y aún nula tratándose del pensamiento marxista o de la obra de investigadores argentinos que demuestran documentalmente las tesis predilectas del profesor Germani.

El Profesor Germani en sus Roles de Apologista de la Democracia Burguesa y Consultor en Desperonización

Piensa el profesor Germani que un requisito esencial para el desarrollo científico de la sociología es la "imparcialidad", "la desvinculación de toda actitud ideológica que debe caracterizar el trabajo científico" 4. Como es sabido, la característica más ostensible de esta famosa imparcialidad es que tiende sistemáticamente a estar ausente en la obra de quienes la proclaman como condición esencial del trabajo científico. Y la obra del profesor Germani no constituye excepción. Pese a sus demandas de imparcialidad ideológica, lo cierto es que para el profesor Germani el capitalismo es la forma ideal de organización económico-social, y la democracia burguesa el sistema político más perfecto a que puede aspirar el hombre. A su juicio la alienación económica y la alienación política resultan pues admirables, y el fetichismo de la mercancía más el fetichismo del Estado democrático son los valores supremos. Consejero ideológico de la burguesía y apologista de su régimen. Tal es la función del profesor Gino Germani, su rol en la división social del trabajo.

Desde luego, esa ideología y ese rol no impiden de manera absoluta que, en el ejercicio de su profesión de sociólogo, el profesor Germani efectúe algunos aportes al conocimiento de la realidad, así vengan recubiertos por abundantes aditamentos y fetiches ideológicos. Por ejemplo, merece la más amplia solidaridad la preocupación de Germani por defender la noción de que "aquellos que pretenden trabajar en sociología deben saber que la seriedad, la responsabilidad, la continuidad y regularidad de esfuerzos son condiciones esenciales para el investigador" —y sólo cabe lamentar que hasta hoy el instituto del profesor Germani no halla logrado ajustar su labor a estos criterios.

Lamentablemente, desde su *Estructura Social de la Argentina* —correcto y valioso análisis estadístico— hasta *Política y Sociedad en una Epoca de Transición*, la obra del profesor Germani aparece cada vez más rica en ideología y más pobre en conocimiento. Y cada vez más identificada con los vicios letales de la Gran Teoría, del Empirismo Abstracto y del Ethos Burocrático.

Se explica así el enérgico fastidio con que el profesor Germani ha reaccionado ante la obra de C. Wright Mills, cuyo pensamiento coloca a Germani y su obra en la enojosa posición de la paja seca ante el fuego.

FIN

1 *Financial Times*, dic. 28, 1920.

2 Ver Mauricio Greffier, *El Convenio del 4 de Febrero*, en *Revista de Ciencias Económicas*, Bs. As., 1919, pág. 83.

3 Gino Germani, *Notas sobre Problemas...*, pág. 17.

4 Gino Germani, *Notas sobre Problemas...*, pág. 20.

A propósito de las estadísticas del Consejo Nacional de Desarrollo:

I. "Quien comienza a contar comienza a errar"

Oscar Morgenstern

No es una novedad que existen imperfecciones en las estadísticas empleadas en el campo del comercio, la economía y la política. A ello se refiere el presente artículo. Adquirir más conciencia de estas fallas permitiría un uso más cauto de ciertas estadísticas y obligaría a las agencias gubernamentales, como a otros productores de material estadístico, a calcular explícitamente los márgenes de error contenidos en sus cifras.

El artículo siguiente es una condensación por Oscar Morgenstern de su libro próximo a aparecer, *On the Accuracy of Economic Observations*, el cual, a su vez, es una revisión completa de un trabajo anterior bajo el mismo título. Mejor conocido como co-autor con John von Neumann de la teoría de los juegos y de la conducta económica, el Dr. Morgenstern es profesor de economía política en Princeton.

SI BIEN las ciencias naturales — a veces denominadas ciencias "exactas"— se han preocupado por la precisión de sus mediciones y observaciones desde sus más remotos comienzos, atravesaron una gran crisis cuando resultó claro que, en principio, era imposible lograr una exactitud y seguridad absolutas en importantes clases de observaciones. En todo caso, todas las fuentes de error que existen en las ciencias naturales, aparecen en las ciencias sociales, o, en otras palabras, los problemas estadísticos de la ciencias sociales de ningún modo pueden ser menos serios que los de las ciencias naturales. Pero las ciencias sociales prestan a los errores mucha menos atención que las físicas. Indudablemente, ésta es una de las razones que explica por qué las ciencias sociales han tenido un desarrollo bastante incierto.

En las ciencias físicas, la no mención explícita de un error proviene, por lo general, del supuesto de que es bien conocido, o de que los valores son parte integrante de teorías físicas que contienen un nivel admisible de error, y en ese caso, sus limitaciones están dadas por las de la respectiva teoría. A título de ejemplo: puede no ser necesario indicar permanentemente el error en la medición de la velocidad de la luz porque este valor se encuentra indisolublemente ligado a la teoría de la relatividad. Pero a medida que se efectúan nuevas mediciones será necesario estipular el margen de error. De este modo se habrá evitado una exageración del significado de los nuevos resultados y éstos asumen su debido lugar en la teoría física.

¿Se compensan entre sí los errores?

Los recolectores de estadísticas frecuentemente enfrentan intentos deliberados de ocultar informaciones. En otras palabras, las estadísticas económicas y sociales están basadas, muchas veces, en respuestas evasivas y hasta en mentiras deliberadas. Por lo general, las mentiras provienen del miedo a los funcionarios de impuestos, del desagrado por la intervención del gobierno, o del deseo de engañar a los competidores. Nada de esto obstaculiza la marcha de los físicos. La naturaleza puede retener información, es siempre difícil de comprender, pero se cree que no miente deliberadamente. Einstein expresó esta situación con exactitud, cuando dijo: "Raffiniert ist der Herr Gott, aber boshaft ist er nicht". ("el Señor Dios es sofisticado, pero nunca malicioso").

Además de las mentiras y evasiones deliberadas, existen muchas otras fuentes de error en los datos a partir de los cuales se realizan las observaciones económicas. Cualquiera que esté familiarizado en el manejo efectivo de los datos estadísticos a un nivel primario, conoce la enorme cantidad de errores y equivocaciones posibles y la frecuencia con que aparecen. El creciente uso de máquinas para el manejo de los datos económicos no elimina las principales fuentes de error. Estos se encuentran tan profundamente enraizados que resulta imposible, sobre bases puramente teórico-probabilísticas, eliminarlos todos en todos los casos. El problema consiste en apreciarlos y reducirlos a un mínimo.

Es posible que la influencia de un error que desvía a un número en determinada dirección sea exactamente compensado por la influencia de otro error que provoca lo contrario. En ese caso, por mera coincidencia, los errores podrían compensarse —siempre que su "extensión" o "fuerza" estén balanceados— y obtendríamos un número "verdadero" para nuestra observación. Pero no habremos realizado una verdadera observación. Está muy divulgada la noción de que los errores se compensan, y cuando no aparece explícitamente, sirve como el argumento inevitable de los investigadores cuando se les requiere una explicación de por qué sus estadísticas deben ser aceptadas. Sin embargo, toda afirmación acerca de que los errores se compensan mutuamente debe ser demostrada. Ciertamente, el mundo sería algo más que el milagro que desde ya es, si la influencia de una serie de errores compensara a la de otra serie, de manera tan conveniente que ya no necesitaríamos preocuparnos demasiado por el problema.

También es creencia generalizada que cuanto más reciente es la estadística más precisa y confiable será comparada con otras anteriores. Esto es probablemente cierto de un modo vago y general, pero sólo cuando se toman intervalos de tiempo suficientemente amplios. Hay muchas ocasiones, sin embargo, en que las estadísticas actuales no son mejores, y ciertamente son peores, que las estadísticas elaboradas en décadas pasadas. Sin duda, por ejemplo, es obviamente más difícil describir, en términos estadísticos, una economía en estado de vigoroso desarrollo, caracterizada por la introducción de muchos productos nuevos, cambios en la calidad de los existentes, y rápido avance tecnológico.

¿Cuántos años tiene el río?

Existe una tendencia hacia la exactitud especiosa; una pretensión de que las cosas han sido contadas con más precisión de lo que pueden serlo —por ejemplo, el ejército norteamericano publicó las pérdidas *enemigas* durante la guerra de Corea hasta el 1/100 del 1 por ciento, cuando aún no se conocían bien nuestras propias pérdidas, ni siquiera calculadas en miles de hombres. La publicación oficial de la Administración austríaca de Finanzas ofrece un ejemplo mejor todavía, cuando afirma que la población de la provincia de Salzburgo en 1951 era de 327.232 personas, o sea el 4,719303 por ciento de la población total de Austria. Desde luego, el caso clásico lo proporciona aquel cuento en el cual un hombre, respondiendo a la pregunta acerca de la edad que tenía el río, contestó 3.000.021 años. Al preguntársele cómo podía suministrar información, tan exacta, la respuesta fue que veintidós años atrás se le atribuía al río una edad de tres millones de años. Mucho de esto aparece en las estadísticas económicas y sociales.* Series económicas, registradas en miles de millones, son frecuentemente agregadas con otras presentadas en millones o miles, mediante una simple adición. El resultado consiste en una nueva serie que sugiere que el agregado ha sido medido, contado, o determinado, en muchos más dígitos que lo que ha sido en realidad.

La mayoría de las dificultades de la economía culminan en la noción de un "ingreso nacional". Hasta ahora no han sido resueltos, a satisfacción de nadie, ni los problemas conceptuales ni los problemas estadísticos de este campo, si bien desde ambos puntos de vista se ha realizado un gran progreso. Ambas áreas son interdependientes, pues no puede haber mediciones de algo sin un concepto adecuado, y los conceptos, por muy precisos que sean, tienen escaso valor práctico si es imposible realizar las mediciones correspondientes.

El ingreso nacional es un total de compuestos que difieren en confiabilidad de sector a sector y de año en año, por lo que el error del compuesto es, en las palabras del economista Simon Kuznets, una "compleja amalgama de errores en las partes cuya magnitud no es fácil de determinar". La División de Ingreso Nacional del Departamento de Comercio no proporciona medida del error posible, adoptando la posición de que "para las estadísticas del ingreso nacional es imposible calcular medidas matemáticamente significativas de confiabilidad; sólo una evaluación franca de las fuentes y los métodos subyacentes aportará la comprensión que es necesaria para su uso efectivo en el análisis económico". Cualquier estimación cuantitativa corre por cuenta del usuario de la estadística, quien debe basar su estimación en su conocimiento de las fuentes y métodos, según los provee la información del Ingreso y Producto norteamericanos y los suplementos del Ingreso Nacional de 1954. Resulta imposible para el usuario determinar con que confianza puede emplear los datos. El hecho de que se diga poco o nada acerca

* Años atrás solía divulgarse el siguiente ejemplo: a fin de determinar la altura precisa del emperador de China, a quien jamás había visto ninguno de sus súbditos, bastaba preguntar a cada uno de los 300 millones de chinos qué altura le atribuían, y promediar las diversas opiniones. Necesariamente este método debería dar una cifra altamente precisa.

de la exactitud es más peligroso que si francamente se declarara que los márgenes de error son muy altos.

Arrojar sobre el usuario el peso de estimar los errores y la confiabilidad, aunque sumamente conveniente para el elaborador, constituye un procedimiento totalmente inadmisiblemente. ¿Cómo puede esperarse que el usuario individual llegue a algo cuando fracasa el propio gobierno, con sus amplios recursos para la recopilación estadística?

El estudio de Kuznets sobre los márgenes de error en las estimaciones del ingreso nacional es el más importante realizado hasta la fecha. Consideró que el ingreso nacional agregado está compuesto de 520 celdas (cuarenta industrias, trece categorías de ingreso y ocupación). Luego, él y dos de sus compañeros de trabajo, intentaron clasificar a cada una de estas entradas de acuerdo a su margen de error. Agruparon a los posibles márgenes de error en cuatro categorías:

- I 5-10 % con promedio de 7,5 %
- II 11-20 % con promedio de 15 %
- III 21-40 % con promedio de 30 %
- IV 41-80 % con promedio de 60 %

Luego, en forma separada, los tres investigadores hicieron clasificaciones independiente para cada celda. Se tomó un promedio de los juicios de los investigadores y se anotaron las desviaciones entre ellos. Como resultado se obtuvo una medida de la magnitud general de los errores en cada uno de los estimados componentes del ingreso nacional, así como para el agregado mismo. A partir de esta clasificación, Kuznets diferenció tres grupos de industrias de acuerdo a los márgenes relativos que se juzgaba existen en sus estimaciones. Primero, aquellas con un margen de error inferior al 15 por ciento (enunciadas en las categorías I y II del esquema anterior) eran las industrias manufactureras básicas y los servicios públicos —luz y energía eléctrica, ferrocarriles, tranvías, teléfonos, telégrafo—, segundo, con márgenes de error de aproximadamente un 15 por ciento, pero inferior al 30 por ciento, se encontraban la agricultura, la minería, el gas manufacturado, los oleoductos, el comercio, la banca, los seguros y el gobierno, industrias para las cuales existe información extensa pero incompleta; tercero, se agrupaban las industrias con un margen de error del 30 por ciento o más —la construcción, transporte por agua, bienes raíces, industrias de servicio directo y miscelánea.

Los libros de texto sobre ingreso nacional y macroeconomía, así como las revistas especializadas, aceptan las estadísticas a primera vista y no parecen ser conscientes de sus severas limitaciones. Pero veamos lo que significa una diferencia de tan sólo un 5 por ciento en el ingreso nacional. Suponiendo un producto bruto nacional de unos \$ 550.000 millones, el 5 por ciento de error equivale a \$ 30.000 millones más o menos. Esta cifra representa mucho más que la producción anual total de toda la industria electrónica de los Estados Unidos. Sin embargo, es incluso más razonable suponer en el ingreso nacional un error del 10 por ciento. Pero diez por ciento equivale a una variación en más o en menos de alrededor de tres veces las exportaciones totales de los EE.UU. Por supuesto; las diferencias no se concentran a la manera de estas ilustracio-

nes; en cambio están dispersas de un modo que no se conoce a través de todas las actividades, que producen el ingreso nacional. Por otra parte, el lector, como todo el mundo, ya ha sido probablemente condicionado a aceptar los datos económicos como si fueran tan extraordinariamente precisos que hasta una mera variación del 1 al 2 por ciento del ingreso nacional es considerado suficientemente significativa para hacer declaraciones acerca de las "verdaderas" variaciones en el estado de la economía.

La Precisión de las Tasas de Crecimiento

Durante estos últimos años, ha existido mucha preocupación en torno a la tasa de crecimiento económico de los Estados Unidos y de otros países.

El valor de una tasa de crecimiento depende tanto de la precisión de las cifras del producto bruto nacional, como de los precios utilizados para construir los índices de deflación. Las primeras están sujetas a considerables factores de incertidumbre; los últimos dependen de la precisión con que puedan determinarse los precios reales —a diferencia de los precios de lista, precios anunciados, etc.— y aplicados a los sectores correctos del producto bruto nacional.

Es imposible establecer una tasa confiable de crecimiento de dos dígitos significativos. Hasta es dudoso el primer dígito, como luego lo demostraremos. Sin embargo, el énfasis de la discusión pública está puesto sobre el segundo dígito, generalmente el primer decimal, y la discusión prosigue seriamente como si realmente fuera posible distinguir entre, digamos, el 3,2 y el 3,3 por ciento, y como si la transición del primero al último, en un corto período de tiempo significara un avance para el país. Pero, sencillamente es imposible computar una tasa de crecimiento con el grado dado o requerido de refinamiento y confiabilidad. Esto vale para los datos existentes sobre el ingreso nacional de cualquier país del mundo.

Sabemos que los países han crecido, y que, según los períodos, unos crecieron más rápidamente que otros. Pero este tipo de observaciones y afirmaciones podrán formularse con confianza sólo en términos cualitativos y para períodos largos. Es imposible efectuarlas para un año (o menos), cuando el crecimiento de una nación es tan imperceptible como el crecimiento de los dientes en un mes.

La tabla siguiente muestra tasas de crecimiento de acuerdo con la forma en que se las computa generalmente, pero con variaciones de 1, 3 y 5 por ciento en más o en menos respecto a las cifras indicadas. Recordemos que el supuesto de una exactitud de más o menos 5 por ciento en el producto bruto nacional es un supuesto conservador. Los resultados de este sencillo cómputo deberían turbar a las personas que piensan que es significativa la diferencia entre, digamos un 3,2 y un 3,3 por ciento.

El cómputo se refiere a un cambio hipotético en el producto bruto nacional norteamericano, desde \$ 550.000 millones en el Período I a \$ 560.000 millones en el Período II. La primera columna incluye los valores del producto bruto nacional suponiendo que la cifra indica-

da para el Período I —es decir, \$ 550.000 millones— está sujeta al error de 1, 3 y 5 por ciento en más o en menos. En la línea superior aparecen los mismos supuestos para las cifras del Período II. El cuerpo de la tabla contiene las tasas de crecimiento obtenidas para todas las combinaciones de los posibles errores supuestos. Cuando para un caso no existe un error asumido, o cuando el error de una magnitud dada se ve compensado exactamente por otro error de la misma magnitud y de igual signo, la tasa de crecimiento es de 1,8 por ciento. De acuerdo con las prácticas habituales, dicha tasa sería publicada (y analizada) como la tasa. Es imposible, desde luego, que no existan errores de ninguna especie, y sumamente improbable que siempre logren compensarse exactamente entre sí. La tabla demuestra claramente lo que sucede cuando se introducen errores tan modestos como del 1 ó el 3 por ciento. Se ven afectadas las magnitudes e incluso los signos. Si asumimos que la cifra publicada de 550 para el Período I tiene un error por exceso del 5 por ciento y que la cifra del Período II tiene un error por defecto también de 5 por ciento, entonces arrivamos a una tasa de crecimiento de 12,5 por ciento en vez de 1,8 por ciento. Si invertimos los signos, la tasa de crecimiento es -7,9 por ciento. Supongamos que el producto bruto nacional del año siguiente excede sólo en un 1 por ciento, y que el del año anterior estaba limitado en un 1 por ciento (un error total de sólo el 2 por ciento), en ese caso la tasa de crecimiento sería del 3,9 por ciento. ¡Pero si se invirtieran los signos de los errores, la tasa de crecimiento sería

de -0,2 por ciento! Está en la esencia de la estimación de un error, el admitir la presencia de una desviación positiva o negativa. Por cierto que suponer apenas un 1 por ciento de error para cada periodo es ser extremadamente benignos. El lector debería entender lo que ocasiona esta minúscula diferencia. Si nuestras cifras básicas de 550 y 560 se alejan en más de un 1,8 por ciento, digamos, en el 3 por ciento, los resultados de la correspondiente tabla serían necesariamente peores. Por ejemplo, un error de un 1 por ciento menos en el primer período y de un 1 por ciento en el segundo arrojan entonces una tasa de crecimiento del 5,1 por ciento, y si los signos aparecen invertidos, un crecimiento del 1 por ciento. Con más o menos 3 por ciento, las cifras correspondientes pasan a ser 9,4 y -3 por ciento.

Los cálculos son obviamente válidos para cualquier situación que analice tasas de cambio y cuyos datos están sujetos a errores. En otras palabras, son válidos para todos los datos económicos. Y no se puede seguir creyendo sin demostración que los errores permanecen constantes a través del tiempo, que cambian uniformemente y que los signos de los errores nunca pueden invertirse.

Este simple ejercicio aritmético, combinado al indiscutible hecho de que nuestro producto bruto nacional final o que nuestros datos sobre ingreso nacional no pueden, en modo alguno, salvarse de contener errores, plantea el dilema de si los cómputos de tasas de crecimiento tienen algún valor.

TASA APARENTE DE CRECIMIENTO DEL PRODUCTO BRUTO NACIONAL PARA ERRORES DEL 1, 3, 5 POR CIENTO

Suponiendo que el Producto Bruto Nacional vale 550 y 560 en dos periodos sucesivos (I y II)

PNB, Período I 550 ± Error	PNB, Período II 570 ± Error	560-550						
		532.0	543.2	554.4	560.0	565.6	571.8	588.0
	% Error	-5	-3	-1	0	+1	+3	+5
522.5	-5	1.8	4.0	6.1	7.2	8.2	10.4	12.5
533.5	-3	-0.3	1.8	3.9	5.0	6.0	8.1	10.2
544.5	-1	-2.3	-0.2	1.8	2.9	3.9	5.9	8.0
550.0	0	-3.3	-1.2	0.8	1.8	2.9	4.9	7.0
555.5	+1	-4.2	-2.2	-0.2	0.8	1.8	3.8	5.9
566.5	+3	-6.1	-4.1	-2.1	-1.2	-0.2	1.8	3.8
577.5	+5	-7.9	-5.9	-4.0	-3.0	-2.1	-0.1	1.8

La tasa de crecimiento computada suponiendo que los valores son correctos es de $\frac{560-550}{550}$: 1.8 %.

ESTE CUADRO DEBE LEERSE ASI:

Suponiendo que en los datos para el periodo I hay un error por exceso de 5 % en el cálculo del producto bruto, y que el error es también de 5 % por exceso en el período II, la tasa de crecimiento resulta igual a 1.8 %. Si el error en el período II alcanza a 3 % por defecto, la tasa de crecimiento llega a 4 %, y es de 12.5 % si el error representa un 5 % por defecto.

Elija su Período

La utilidad de las tasas de crecimiento se torna aún más dudosa a la luz de las revisiones. Si la tasa del cambio entre 1947 y 1948 fue determinada en febrero de 1949, cuando estuvieron disponibles las primeras cifras, representaba el 10,8 por ciento. En julio de 1950, utilizando cifras corregidas oficialmente, pasó a ser del

12,5 por ciento; en julio de 1956 descendió a un 11,8 por ciento —todo un punto de porcentaje. ¡Todo esto para el crecimiento entre 1947 y 1948! Observaciones similares a ésta son extensibles a los otros años para los cuales se hayan efectuado estos cómputos. No hay contención en lo cambios. La tasa de crecimiento de un país depende en gran medida, por lo tanto, del lapso de tiempo elegido para efectuar dichos cómputos. Si bien no

resulta sorprendente a la luz de nuestras investigaciones anteriores, vale la pena destacar esta conclusión. Y todo esto se refiere a cifras que, en el mejor de los casos, contienen errores de un 5 por ciento, errores que, sin embargo, debiendo necesariamente existir, han sido excluidos de las cifras.

Además de todas estas dificultades, existe la ambigüedad en la elección del año base. La necesidad de un año base surge del deseo de comparar periodos largos mediante tasas compuestas. Por lo general, dichos periodos comprenden una serie completa de ciclos económicos y por ende incluyen varias décadas. Si se elige un año con producto bruto nacional alto (o bajo) como año base, la tasa de crecimiento de los años subsiguientes se verá disminuida (o aumentada). Puesto que no existe cosa parecida a un año "normal", el investigador goza de amplias libertades para determinar el año base. Un escritor inescrupuloso u orientado políticamente elegirá como año base a aquél que produzca la secuencia de pretendidas tasas de crecimiento que mejor se adapten a sus objetivos o programa. Los partidarios de la inflación y de los gastos gubernamentales elegirán un año de alto producto bruto nacional como año base para demostrar la existencia de una baja tasa de crecimiento, y así fortalecer sus argumentos en favor de la inflación, del déficit gubernamental, etc. Los opositores a la aplicación de tales políticas elegirán como año base uno de relativamente bajo producto bruto nacional y obtendrán así una serie de tasas de crecimiento que expresarán el mensaje tranquilizador de que el desarrollo del país marcha correctamente. Desde luego, éstos son trucos muy comunes que, sin duda alguna, vienen siendo usados desde que se inventaron los números índices.

Por otra parte, es evidente que en vista del alto grado de falta de confiabilidad en los datos básicos del ingreso nacional, las tasas de crecimiento en los Estados Unidos son, en el mejor de los casos, muy endeblés. Y todavía hay que considerar que son de mejor calidad que las estadísticas de otros países. El cómputo, y en consecuencia la comparación, de tasas de crecimiento internacionales, bajo estas condiciones se torna en una empresa sumamente arriesgada.

Siempre se requerirá complementar las tasas con información cualitativa. Volvemos a destacar que sin duda alguna los países se desarrollan a velocidades diferentes y que éste hecho se hace evidente a lo largo de amplios periodos de tiempo, particularmente cuando el nivel inicial de la actividad económica es bajo y primitivo el estado de la tecnología.

Piletas de Natación o Plantas de Energía

Se plantea también un problema conceptual que no debemos pasar por alto aun si estuviera solucionada la cuestión de las estadísticas. Supongamos que el país A logra expandirse por sumar a su producción de automóviles, la de heladeras, piletas de natación, etc., mientras que el país B aumenta su producción de maquinaria, de plantas de energía, minas, etc. El país B estará creando las bases para un mayor incremento de la producción, mientras que el A no. Estas mismas considera-

ciones también son válidas cuando están involucradas armas y otros instrumentos para la guerra. La tasa de crecimiento común, calculada para el gran agregado del producto bruto nacional, esconde estas diferencias profundas de desarrollo y de este modo puede dar fácilmente una información errónea y conducente a error acerca de los desarrollos relativos de estos países. Sin embargo, éste es el método usado habitualmente para evaluar el progreso pasado y las tendencias futuras. La solución se encontraría computando en cambio "índices de energía" (de crecimiento), basados en otra información que se obtendría mediante agregados especiales integrados por componentes mejor relacionados.

Suele escucharse este argumento: "Es cierto, las estadísticas no son como uno las desearía, pero ¿qué podríamos hacer sin ellas?" Este es, desde luego, un dilema. Las soluciones son, por supuesto, múltiples.

Abandonemos Viejas Concepciones

La economía no es una ciencia tanto como lo parecería indicar el uso libre de datos supuestamente precisos. Por otra parte, no hay por qué concluir que no hay o no podrá haber una teoría. La creencia de que, antes de que formulemos teorías válidas, precisamos más y más datos, más y más descripciones, es totalmente equivocada. Una teoría equivale a un compromiso, y en la vida científica esto es exactamente lo que se busca. Cuando aparecen nuevos hechos y se precisan nuevas interpretaciones, puede surgir una nueva situación. Esto puede requerir el abandono de viejas concepciones y la toma de una nueva decisión.

Hay sin embargo una acción concreta que es posible, aunque pasará bastante tiempo hasta que sus resultados sean visibles. Consiste en obligar a las agencias gubernamentales, tales como el President's Council of Economic Advisers, los diversos departamentos gubernamentales, el Federal Reserve Board, y otras agencias, públicas y privadas, a que cesen de presentar al público las estadísticas económicas como si estuvieran libres de error.

Quizá el paso más importante a darse en un corto plazo, consista en insistir en que no se publiquen estadísticas si no figura junto a ellas una estimación de su error. Aunque más no fuera una estimación gruesa ya produciría un efecto profundo y de conjunto. Si la publicación de las estimaciones del error se convirtiera en una práctica generalizada, tanto los elaboradores como los usuarios de las estadísticas económicas podrían abstenerse de formular pretensiones y demandas que no están fundamentadas científicamente.

Eventualmente, una nueva generación de economistas habrá aprendido a vivir con datos de cualidades diametralmente diferentes. Desde este punto de vista emularán a los físicos quienes han creado una magnífica y terrorífica teoría aunque sus datos fluctúan en precisión desde un 1/100.000.000 por ciento como máximo hasta un 50 por ciento —eso es, si es que pueden medirlo. Al apreciar la verdadera condición de los datos, los economistas no podrán menos que desarrollar teorías económicas conformes con los altos standards científicos fijado por las ciencias físicas.

A propósito de las estadísticas del Consejo Nacional de Desarrollo:

II. Las cifras cambian, el estancamiento queda

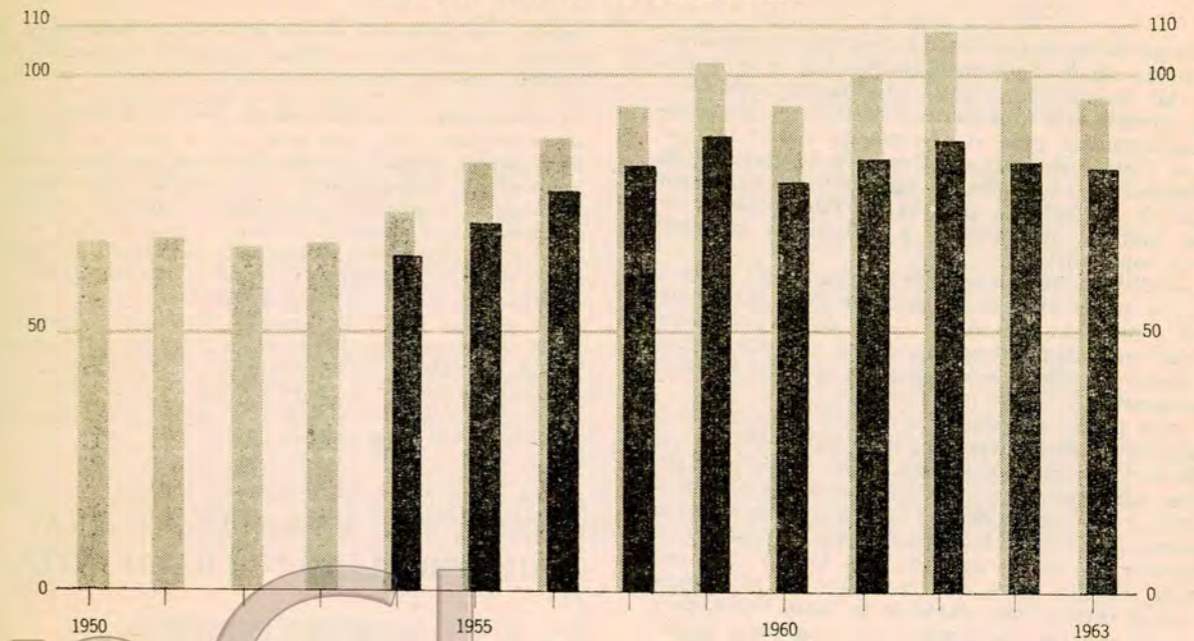
Víctor Testa

Antecedentes y limitaciones de las cifras publicadas por el CONADE

A comienzos del año la Oficina de Estudios para la Cooperación Económica Internacional (OECEI, *Fiat*), dio a conocer una valoración sobre la magnitud del error existente en los principales índices estadísticos de la economía nacional. El informe consideraba que la subvaluación del producto alcanza en 1963 al 30 %. Un mes más tarde la Oficina de Estudios Económicos del Banco Central publicaba conclusiones similares, obtenidas mediante la elaboración de nuevas series del producto bruto. Por fin, en el mes de abril estas modificaciones tomaron estado público con la difusión del notorio informe del Consejo Nacional de Desarrollo. Cambiando especialmente las nuevas series de producción industrial, este organismo modificó considerablemente la magnitud estimada del producto bruto nacional, en consonancia con los resultados obtenidos previamente por OECEI y por el Banco Central.

La reacción ante las nuevas series fue heterogénea. El matutino *Clarín* publicó un título a toda página proclamando que el producto bruto aumentó 41,2 % en once años (abril 18), y poco después (mayo 3) insistía sobre "la importancia creciente del proceso de industrialización que se ha desarrollado en los últimos años". Para el Dr. Cueto Rúa, en cambio, el estudio del CONADE se apoya sobre bases falsas puesto que toma como año de comparación a 1950, que era un año de estancamiento. Además de los intereses políticos, en el trasfondo de estas divergencias yace la diferencia acerca del juicio que merece un 5,6 % de crecimiento en el producto per cápita en un período de trece años. ¿Es éste un índice de crecimiento o de estancamiento? Por boca de su vicepresidente ejecutivo CONADE proclama que es un índice de "crecimiento inestable".

EVOLUCION DE LA PRODUCCION DE AUTOMOTORES Y DE LA PRODUCCION INDUSTRIAL.



Fuente: informe del CONADE y estimaciones propias.

Las columnas grisadas señalan la evolución industrial argentina según los valores presentados por el CONADE. Las columnas negras indican la evolución de la industria a partir de 1954 sin considerar la rama de Vehículos y Maquinarias. (Según el procedimiento que se explica en el texto.)

Como puede apreciarse, descontando la producción de automóviles muy poco resta del crecimiento industrial anunciado con tanto optimismo por el CONADE.

Parece evidente que las observaciones del Dr. Morgernsten, si bien centradas sobre la situación estadística norteamericana, se adecúan con creces a la situación nacional. El CONADE no indica el monto de error probable de sus estimaciones y ni siquiera menciona cuales son las cifras de población que emplea para calcular el producto per cápita. (Y esta última omisión resulta tanto más grave cuanto que son conocidas las sustanciales diferencias entre las estimaciones anuales de población preparadas por la Dirección Nacional de Estadística y los resultados del Censo de 1960).

Como lo demuestra el Dr. Morgernsten, pequeños errores en la estimación del producto generan altas variaciones de las tasas de crecimiento del mismo, e incluso variaciones de su signo. Cuando se trata de un cociente entre dos cifras que contienen error — caso de nuestro producto nacional per cápita — esos errores se multiplican. Por esta razón se ha confeccionado para este artículo un gráfico señalando la diferencia entre las cifras del producto calculadas por el CONADE y las que resultan de suponer un error del 5 % en el producto y de otro tanto en la población (magnitudes de error que son sumamente optimistas). Con esa sola suposición el crecimiento del producto puede resultar inferior al de la población, llegando su valor per cápita en 13 años a un 12 % de disminución.

Independientemente de la confusión a que da lugar la no indicación de sus magnitudes de error, las cifras del CONADE presentan una particularidad: su diferencia fundamental con las estimaciones anteriores, reside en una nueva valoración de la producción indus-

trial. Es en este aspecto donde parecen residir los logros más grandes para el desarrollo del país, y las diferencias más notables con los análisis presentados en el número 1 de FICHAS.

La diferencia es tal que, aun descontando un cierto error en las cifras de producción industrial presentadas por el CONADE, al compararlas con las anteriores subsiste una diferencia que a primera vista se parece a un crecimiento industrial. Es importante pues analizar como está compuesto ese crecimiento.

Como las cifras publicadas por el CONADE sólo indican índices relativos, para transformarlos en valores absolutos ha sido preciso aplicar dichos índices a los valores de producción real de cada rama según la Encuesta Industrial de 1957. De tal forma, se ha obtenido la producción real de la rama Vehículos y Maquinarias, valor que es posible restar a la producción total de la industria. Con esta quita, el crecimiento del resto de la industria resulta mucho más pequeño que lo indicado por CONADE (comparable apenas al crecimiento de la población). En cuanto a las restantes ramas, han tenido poca influencia en las variaciones de la producción industrial: algunas descienden en términos absolutos respecto a 1957 (Textiles, Confecciones, Cueros); otras se mantienen relativamente estancadas (Alimentos, Maquinaria y Aparatos Eléctricos); Química, Caucho y Metales crecen en un 10 % y se nota un fuerte incremento en la producción de Derivados del Petróleo, como consecuencia del mayor número de automóviles en circulación.

Todo el Crecimiento Industrial Anunciado por el CONADE Radica en la Industria Automotriz

Puesto que Derivados del Petróleo representa una fracción mínima de la producción industrial, y la variación en las demás ramas es de poca monta, cabe inferir que corresponde a la rama Vehículos y Maquinarias prácticamente todo el crecimiento industrial que señala el CONADE. Esta rama, pese a la amplitud de su denominación, está formada casi exclusivamente por la industria automotriz: plantas de fabricación y de armado, fábricas de repuestos y talleres de mantenimiento y reparación.

En cuanto al otro componente de esa rama (Maquinarias), la producción de máquinas-herramientas, que en 1960 representó tan sólo el 1 % de la producción industrial, en 1963 no alcanzaba al 0.3 %¹. Es posible, por lo tanto, despreciar este rubro sin incurrir en error de importancia.

Por otra parte, aplicando los índices de producción de Vehículos y Maquinarias, según el CONADE, al número de obreros ocupados por esa rama en 1957, se llega a una cifra actual de 160.000 obreros. La industria automotriz y las actividades conexas ocuparían —según el ingeniero Vilar— un total de 140.000 personas. Aun considerando que buena parte de esta última cifra son empleados, resulta claro que la industria automotriz constituye el componente mayor de la rama Vehículos y Maquinarias y es su crecimiento el que ha hecho variar el índice de la producción industrial.

Las fábricas de automóviles arrojaron en el mercado 1.500 vehículos en 1954, 20.000 en 1958 y 129.000 en 1962. Lamentablemente, estas cifras detonantes representan en la economía argentina el mismo rol que la producción de piletas de natación en el ejemplo del doctor Morgernsten. La industria automotriz argentina actúa como un cáncer en la economía nacional, puesto que:

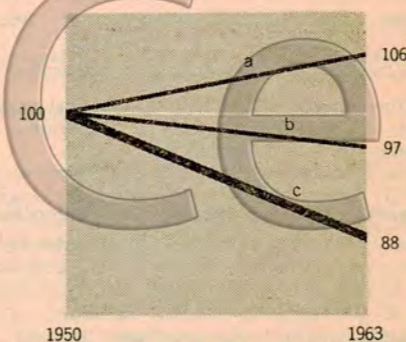
1. La industria automotriz significa una alocación irracional de recursos físicos escasos (maquinaria, técnicos, energía, etc.). Si bien es cierto que la industria automotriz forma técnicos y acostumbra a muchos talleres a cumplir normas de calidad y de producción masiva, estos mismos resultados pueden derivarse también de cualquier otra industria mecánica compleja, con la desventaja para la industria automotriz de que ésta produce un bien de consumo que no capitaliza a la economía nacional. Por otra parte, la escasa dimensión del mercado, así como su estructura oligopólica, impiden que las fábricas de automotores operen en un nivel adecuado de eficiencia².

2. La industria automotriz significa una alocación irracional de recursos financieros escasos. Una estimación de la producción automotriz calculaba para el conjunto un valor de 50.000 millones de pesos, lo cual representaba por entonces el 10 % del ingreso nacional. Esa proporción resultaba exorbitante aún para épocas normales y más grave si se tiene en cuenta la situación financiera muy particular porque atravesaba y atraviesa el país. Para corroborar este aserto, se agrega que en Estados Unidos el enorme valor anual de la producción de automotores apenas representa el 4 % del ingreso nacional, mientras que en los principales países

Europeos esa proporción es aún menor³. —Destinados a la construcción de caminos, por ejemplo, esos 50.000 millones de pesos hubieran permitido duplicar en 5 años la red caminera nacional.

3. La industria automotriz significa una alta dependencia sobre las importaciones. Hace unos años, ante la escasez de divisas, se podía prohibir la importación de automóviles. Hoy día, impedir la importación de partes significa cerrar fábricas. Sin embargo, en 1962, sólo la importación de partes para automóviles significó una erogación de 110 millones de dólares, y ese valor era sólo la mitad de lo que hubiera correspondido de haberse cumplido los planes aprobados al instalarse las fábricas. (En los últimos meses se aplica a la importación de partes un nuevo régimen ["La Nación", abril 11, 1964]. En lugar de estar fijado el máximo de partes importadas como un porcentaje del valor del vehículo, se lo considera sobre el peso del mismo. De esta manera, las fábricas quedan libradas de restricciones ya que pueden importar las piezas técnicamente más complejas, y por ello más caras, gracias al reducido peso de las mismas).

CUAL ES LA EVOLUCION REAL DEL PRODUCTO POR HABITANTE?



Fuente: informe del CONADE y estimaciones propias.

Curva a: Evolución del producto bruto según el informe de CONADE.

Curva b: Evolución suponiendo un 5 % de error en las estimaciones del producto.

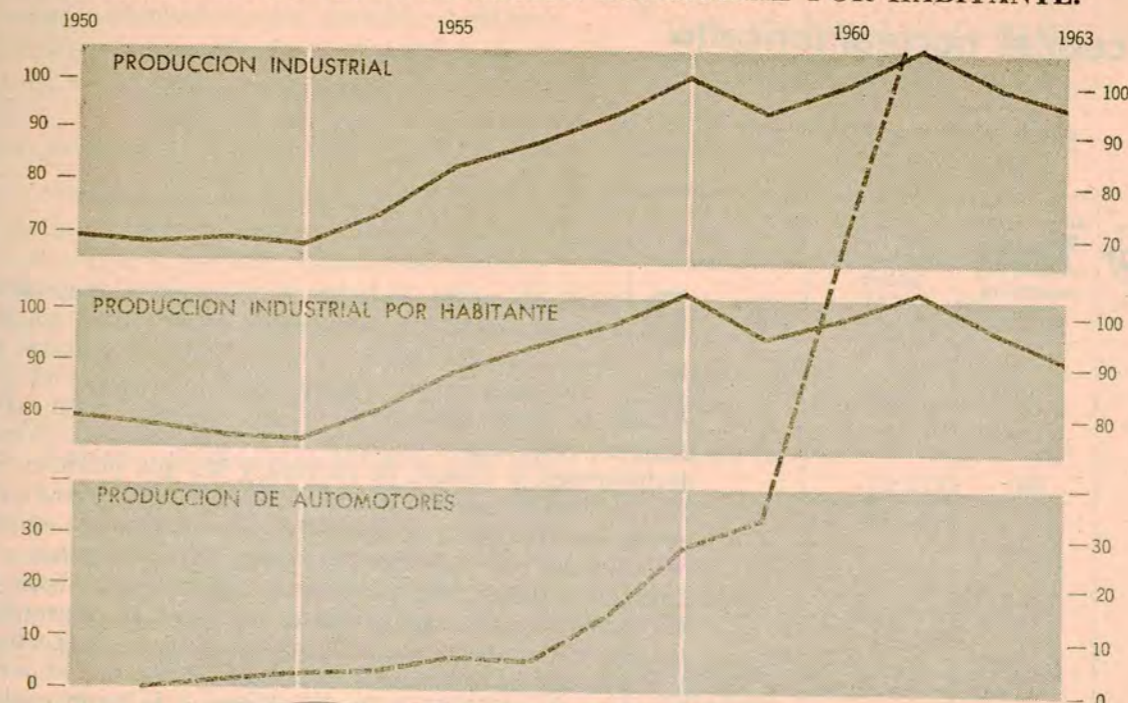
Curva c: Suponiendo un 5 % de error en las cifras de población.

Pequeñas magnitudes de error pueden transformar en negativos los cambios del producto bruto por habitante en el período 1950-63.

ches de pasajeros —estimado en poco más de 300.000 unidades— deberá dividirse por un número cercano a los 40 fabricantes actuales y potenciales, mientras que cada uno de los principales fabricantes europeos entrega al mercado de 250 a 500.000 unidades anuales." — Raúl Prebisch en *Hacia una dinámica del desarrollo latinoamericano* (México, Fondo de Cultura Económica, 1963) pág. 115.

3. Ing. Isidro Carlevari, *La industria argentina del automotor en La Ingeniería*, marzo-abril de 1963, pág. 34.

EVOLUCION DE LA PRODUCCION INDUSTRIAL POR HABITANTE.



Fuente: informe del CONADE y estimaciones propias.

Frente al crecimiento de la población, el crecimiento industrial resulta raquítico.

Las Cifras del CONADE No afectan el Análisis Formulado en el Primer Número de FICHAS

Ubicados los factores del crecimiento industrial y los elementos negativos del mismo, queda por analizar hasta que punto los datos del CONADE afectan las afirmaciones efectuadas en el número 1 de FICHAS.

El crecimiento industrial puede estudiarse a nivel cualitativo y cuantitativo. A nivel cualitativo, es evidente que las cifras del CONADE no afectan en nada las

observaciones respecto a las deficiencias estructurales de la industria argentina. La rama Automotor, en particular, confirma que el crecimiento industrial argentino no tiene nada que ver con la auténtica industrialización. En el nivel cuantitativo, las afirmaciones del CONADE sólo permiten colocar una curva de estancamiento allí donde antes se registraba una variación de signo negativo, basada en los anteriores datos estadísticos.

En resumen pues, a despecho de alguna variación de mínima importancia en las cifras relativas a los últimos años, las conclusiones presentadas en el número 1 de FICHAS respecto al estancamiento del crecimiento industrial argentino conservan todo su valor a nivel cuantitativo y cualitativo. FIN

Reconocimiento y Pedido a "Táctica" y "Pasado y Presente"

La Dirección de FICHAS ha advertido que en artículos publicados en las revistas "Táctica" y "Pasado y Presente" se transcriben textualmente y/o con variación en algunas palabras conceptos expuestos por los colaboradores de FICHAS acerca de la "pseudointustrialización", el "desarrollo combinado", etc.

Hacemos público nuestro reconocimiento por la aceptación dispensada a esas ideas y nuestro pedido de que, cuando se las transcriba, se indique la fuente.

Significación del capital internacional en la industria argentina:

I. El capital norteamericano

Víctor Testa

DESDE el punto de vista de la nación exportadora, la exportación de capital puede tener lugar en dos formas: el capital emigra al exterior como capital productor de intereses o como capital productor de beneficios. En calidad de este último puede actuar a su vez como capital industrial, comercial o bancario.¹ Las inversiones productoras de intereses se llaman de cartera y las que producen beneficios reciben el nombre de inversiones directas. Las primeras están constituidas por las obligaciones privadas emitidas en la Bolsa del país inversor, y fueron hasta la primera guerra mundial la forma preferida por el capital imperialista. Las inversiones directas, por su parte, consisten en la propiedad total o parcial de empresas ubicadas en el exterior, y constituyen actualmente la forma preferida por el capital imperialista. Hasta la década de los años 20, el grueso de las inversiones directas se dirigió a empresas dedicadas a la extracción de riquezas naturales con vistas al mercado mundial. Desde entonces, y particularmente a partir de 1946, las inversiones directas acentuaron su preferencia por las industrias que producen para el mercado interno de los países donde se radican.²

Dentro de las inversiones directas han cobrado creciente importancia, especialmente después de la segunda guerra mundial, los acuerdos y sociedades entre empresas imperialistas y empresas locales de los países atrasados. Existe desde luego una gran variedad en cuanto a la forma y contenido de los contratos y acuerdos, pero en esta variedad se concreta prácticamente la comunidad de intereses entre el capital imperialista y las burguesías locales de los países atrasados.

A diferencia de los empréstitos, las nuevas formas de inversión no exteriorizan su nacionalidad. Por el contrario, las nuevas inversiones imperialistas son en gran medida encubiertas, revistiendo aparentemente la nacionalidad del país donde se colocan.³ El temor a las nacionalizaciones y simi-

Las inversiones norteamericanas en la industria manufacturera que produce para el mercado interno argentino tienen un peso decisivo, particularmente en aquellas ramas dinámicas que más se distinguen por su crecimiento y lucratividad.

Contra lo que suele afirmarse, las inversiones norteamericanas no evidencian tendencia a ignorar o desatender la "industria pesada".

¹ Rudolf Hilferding, *El Capital Financiero*, Ed. Tecnos, Madrid, 1963, pág. 354.

² En Argentina, el 99,8 % de la inversión privada extranjera en 1959 estaba concentrada en la industria, el comercio y actividades afines. (*Fiat Argentina síntesis...*, ob., cit., pág. 78).

³ Respecto a la tendencia del capital internacional a vestirse con el nombre del país donde se instala, una reciente resolución de la Secretaría de Justicia merece citarse in extenso: "La utilización por entidades con giro internacional de personerías locales como instrumento jurídico, para diversificar su patrimonio... ha otorgado a la mencionada palabra «argentina» (en la denominación de la misma) ... un significado de dependencia de la entidad nacional respecto de alguna extranjera del mismo nombre", *La Nación*, 27 de marzo de 1963.

res medidas antiimperialistas, la presión de las burguesías nativas que procuran participar en los negocios encarados por el capital extranjero, y la tendencia a evadir impuestos mediante la reinversión encubierta de ganancias, son, entre otras, causas determinantes de la tendencia del capital imperialista a encubrir su nacionalidad.

Una consecuencia de la aparente nacionalización de las nuevas inversiones imperialistas, y no la menor, es que resulta extremadamente difícil distinguir el capital local del extranjero, y determinar el verdadero monto de las inversiones internacionales. Por ello, no es posible medir el grado de influencia del capital extranjero sobre la industria de otro país sin antes definir cuidadosamente que se entiende por "empresa extranjera" o "empresa nacional". Por ejemplo, no es válido el criterio que considera extranjeras sólo a las empresas registradas en el extranjero, y tampoco es correcto denominar nacional a toda empresa en la cual el 51 % de las acciones se hallan en manos nativas.

Para determinar realmente la nacionalidad de una empresa es preciso tener en cuenta no sólo la propiedad de su capital sino también el control sobre la operación de la empresa, es decir, debe distinguirse entre la propiedad con poder para fijar la política de la empresa y la propiedad que sólo autoriza a cobrar dividendos. Un estudio sobre las inversiones internacionales impone el análisis de la estructura de propiedad en cada empresa. En general, la elevada concentración y centralización de la propiedad, característica de la época imperialista, permite rastrear hasta cierto punto la huella de las relaciones entre las empresas metropolitanas y sus filiales en los países atrasados. En cambio los trabajos publicados sobre el tema en los últimos años no aplican este criterio. En consecuencia los valores que se dan corrientemente sobre la participación extranjera en la industria argentina están disminuidos con respecto a la realidad.

El presente trabajo no pretende analizar el peso de los capitales extranjeros en la industria argentina, para lo cual sería necesario aplicar el método arriba mencionado. Conforman sólo una primera aproximación al estudio de la estructura de los capitales norteamericanos invertidos en la industria argentina, y se basa únicamente en los datos correspondientes a 1961 que publica la Cámara de Comercio Norteamericana en la Argentina. En su revista *Comments* de abril 1962. Se decidió estudiar sólo el capital estadounidense en virtud de su peso decisivo en el to-

CUADRO 15

LAS EMPRESAS INDUSTRIALES NORTEAMERICANAS EN LA ARGENTINA, 1961

Concepto	Total de cada concepto (A)	Número de empresas que dieron informac. (B)	Promedio por empr. (C=A ÷ B)
Personal de planta	36.156	81	448
Personal total	79.311	90	880
Inversión hasta 1961 (millones m\$n.)	28.156	71	406
Ventas 1961 (millones m\$n.)	63.575	56	4.135
Superficie cubierta de planta (m ²)	1.340.538	69	19.400
Potencia instalada (HP)	100.361	58	1.730
Energía eléctrica consumida 1961 (Kwh)	106.172.156	44	2.400.000

NOTA: Como no todas las empresas dieron el personal de planta, se ha calculado ese valor para aquellas que sólo suministraron información sobre el personal total, en base a la relación personal de planta sobre personal total obtenido para las empresas que dan ambos datos, y que resultó ser 64 %. Así se llega al total de 90 empresas con 53.129 personas ocupadas en sus plantas. Tal valor es el usado en los análisis de este capítulo.

ESTE CUADRO DEBE LEERSE ASI:

Sobre 90 empresas industriales norteamericanas instaladas en la Argentina, 81 dieron información sobre el personal de planta que empleaban, el cual ascendía a 36.156 personas con un promedio de 448 por empresa. Etcétera.

tal del capital extranjero invertido en la argentina (1), y en virtud también de la facilidad de acceso a la mencionada publicación. Cabe advertir, por lo tanto, que los datos de Comments son representativos en cuanto a la estructura de las inversiones norteamericanas en la industria argentina, pero revelan sólo una parte de las mismas. Es decir, proyectan sólo una pálida sombra del capital americano en la industria argentina.

2. Las inversiones norteamericanas controlan una parte substancial de la industria argentina.

La información de Comments (de aquí en adelante mencionada como "la guía") se presenta en dos partes: la primera es una lista de empresas norteamericanas en el país, basada en cuestionarios llenados por las empresas que integran la Cámara. La segunda parte, que se analizará más adelante, consiste en una lista de empresas jurídicamente argentinas que operan mediante acuerdos de producción y venta con sus similares norteamericanas

Del cuestionario enviado por la Cámara a las empresas norteamericanas que operan en el país, sólo el 80 % fué devuelto. Los formularios así obtenidos no tenían en todos los casos la totalidad de los datos pedidos; por esta causa las cifras relativas a las 94 empresas industriales que se resumen en el cuadro 15, reflejan parcialmente la importancia de estas empresas.

El total de personal de planta ocupado, 53.129, por las empresas norteamericanas que figuran en la guía, personal que es ligeramente superior al número de obreros, ofrece una primera aproximación sobre la importancia de la industria norteamericana en el país. Teniendo en cuenta que las empresas que figuran en la guía no son todas las existentes en el país, y que la parte referida a empresas argentinas asociadas es muy incompleta (según la guía ocupan 17.651 obreros) se puede deducir que las empresas estadounidenses, junto con las que siendo aparentemente nacionales están asociadas con capital norteamericano, ocupan más de 100.000 obreros. Esa cantidad representa alrededor del 10 % del total de los obreros industriales. La participación de estas empresas en la producción total es mucho mayor que la cifra indicada, pues la productividad de las fábricas pertenecientes a compañías norteamericanas supera ampliamente el promedio nacional².

¹ Según estimaciones, en 1959 el 31,1 % del capital extranjero invertido en el país era norteamericano. Por otra parte, en el período 1954-1959, el 49,3 % del capital invertido correspondía a ese origen. (FIAT, Argentina, síntesis... ob cit, pág. 78 y 79)

Otro índice de la participación del capital norteamericano en la industria del país puede obtenerse comparando las ventas de todas las Sociedades Anónimas industriales con las ventas de las empresas que aparecen en la guía (cuadro 16).

En el cuadro 16 se refleja el peso decisivo que las empresas norteamericanas tienen en Alimentos y Bebidas —debido principalmente a los frigoríficos—, Química, Vehículos y Maquinaria y Aparatos Eléctricos. También en Caucho —aunque el cuadro no lo refleje— el capital norteamericano domina el mercado³.

El gran peso de la industria perteneciente o vinculada a capitales extranjeros no es una novedad. Dorfman afirmó, en 1942, que esos capitales sumaban "arriba de 2.000 millones de pesos, o sea la mitad del capital total de la industria argentina, a pesar de que la información suministrada es evidentemente, trunca."

"Así, pues, —agregaba— una parte considerable de los capitales invertidos en fábricas que funcionan dentro del territorio argentino no son nacionales; derivan y dependen de grupos industriales o financieros con ramificaciones en todo el mundo, que también aquí ejercen su acción⁴.

² "En las industrias manufactureras el producto de las compañías norteamericanas representa más de 3.000 dólares por empleado, esto es, de dos a tres veces la producción por empleado para toda la industria del rubro en Latino América" (S. Pizer y F. Cutler, *El papel de las inversiones estadounidenses en la economía de América Latina*, Secretaría de Comercio de los Estados Unidos, Washington, 1957, pág. 14.)

³ En la industria del Caucho "cuatro manufacturas de neumáticos producen casi 60 % del valor de la producción. Dos de esas compañías, Neumáticos Goodyear S.A. y Firestone de la Arg. S.A. tienen 70 % de la capacidad productiva de neumáticos." (Comments, diciembre 1961, pág. 37).

⁴ Adolfo Dorfman, *Evolución Industrial Argentina*, Editorial Losada, Bs. As., 1942, pág. 305. Es interesante comparar ésta cita con otra actual del mismo Dorfman: "Para el total de las industrias fabriles, el porcentaje que ha correspondido a los capitales públicos fué del orden del 10 % en Argentina y Chile y del 5 % en Brasil y México. En casi todos los casos el impacto principal se debe a las refinerías de petróleo y a la siderurgia integrada, con participación variable en algunas otras ramas (Dorfman, *Problemas estructurales del desarrollo industrial...* ob. cit., p. 484). Ante las críticas o aplausos sobre la participación estatal en el desarrollo económico de América Latina, las cifras muestran que es bien pobre, comparado con la participación del capital extranjero.

CUADRO 16

COMPARACION DE LAS VENTAS DE 47 EMPRESAS INDUSTRIALES NORTEAMERICANAS EN LA ARGENTINA CON EL TOTAL DE SOCIEDADES ANONIMAS INDUSTRIALES (1960)

Rama industrial	Ventas 1960 (millones de \$ m/n.)			
	Empresas norteamericanas			Socied. Anón. ventas totales
	Nº de empr.	Ventas	% sobre ventas de Soc. Anón.	
Extractivas .	2	756	4,1	18.449
Alimentos, Bebidas y Tabaco ...	5	15.355	18,8	81.564
Textiles	2	1.602	3,8	41.723
Madera y Corcho ...	—	—	—	2.205
Papel y Cartón	—	—	—	4.440
Imprenta y publicaciones	—	—	—	6.570
Cuero	—	—	—	4.547
Caucho	—	—	—	11.239
Química ...	13	6.207	15,6	38.653
Petróleo ...	1	9.885	885,0	1.115
Piedras, Vidrio y Cerámica	3	265	3,4	7.872
Metales	3	953	4,2	22.936
Vehículos y Maquinaria	8	9.508	22,0	43.028
Máquinas y Ap. Eléctricos	7	3.776	19,2	19.663
Varios	3	338	15,8	2.133
TOTAL ...	47	48.645	15,9	306.177

NOTA: Los datos referentes a las Sociedades Anónimas han sido extraídos de Estadística de Sociedades Anónimas, publicado por la Dirección Nacional de Estadística y Censos en enero de 1963. Los correspondientes a las 47 empresas

3. El capital norteamericano prefiere las industrias que presentan un mayor índice de crecimiento.

Las empresas norteamericanas que operan en Argentina se han distribuido en todas las ramas industriales aunque sin poner el mismo interés en cada actividad (cuadro 17).

Las ramas que han atraído mayor número de empresas son Química, Farmacia, Vehículos y Maquinarias, Aparatos Eléctricos. De acuerdo a su participación en la producción se destacan Frigoríficos, con 3 empresas (Swift, Armour y La Blanca) que realizan 22,2 % de las ventas de las empresas norteamericanas; Automotriz, con 4 empresas y 28,2 % de las ventas. A su vez Aparatos Eléctricos con 12 empresas alcanza el 16,9 % de las inversiones de todas las empresas estudiadas. Por último, se destaca también Petróleo, que con una sola compañía (Esso) supera al 17,0 % de las ventas registradas por la guía.

Exceptuando los frigoríficos, se advierte que el mayor número de empresas norteamericanas opera en las ramas más recientes de la industria; a su vez, el peso del capital estadounidense es menor en las industrias más antiguas. Es decir, cuanto más reciente es una industria, más atención merece por parte de los capitales norteamericanos. Esta tendencia resulta más notable considerando que las inversiones en Frigoríficos y Petróleo datan de antes de 1920.

También se destaca el hecho de que las industrias más atractivas para el capital norteamericano y en las cuales tiene mayor participación relativa, son aquellas que más han crecido desde el año 1935 a la fecha. Por otro lado, aquellas ramas donde mayor ha sido el retroceso relativo de la producción no han merecido la atención del capital norteamericano.

estadounidenses pertenecen a Comments de abril de 1961. La falta de correspondencia de los valores en el rubro petróleo debe ser consecuencia de una omisión de las grandes empresas petroleras por parte de la Dirección General de Estadísticas.

ESTE CUADRO DEBE LEERSE ASI:

En 1961, 5 empresas industriales norteamericanas instaladas en la Argentina, pertenecientes al rubro Alimentos, Bebidas y Tabaco, efectuaron ventas por valor de 15.355 millones de pesos, cantidad que representa el 18,8 % del total de ventas de las sociedades anónimas industriales dedicadas a esas actividades. Etcétera.

CUADRO 17

CLASIFICACION DE LAS EMPRESAS INDUSTRIALES NORTEAMERICANAS EN LA ARGENTINA SEGUN RAMA (1961)

R a m a	Empresas		Personal de planta		Inversiones hasta 1961		Ventas 1961	
	Número	%	Número	%	Millones m\$ñ.	%	Millones m\$ñ.	%
Extractiva	4	4,3	1.707	3,2	758	2,7	1.205	1,9
Alimentos y Bebidas ..	4	4,3	2.000	3,8	216	0,8	1.817	2,9
Frigoríficos	3	3,2	10.715	20,2	6.200	22,0	14.108	22,2
Textiles	2	2,1	3.873	7,3	1.196	4,2	1.150	1,8
Papel y Cartón	1	1,1	113	0,2	—	—	—	—
Química	10	10,6	4.695	8,8	6.264	22,2	5.079	8,9
Farmacia	12	12,8	2.839	5,3	2.325	8,3	2.360	3,7
Cosméticos y Perfumería	7	7,4	912	1,7	257	0,9	638	1,0
Petroquímica	3	3,2	159	0,3	1.005	3,6	388	0,6
Petróleo	1	1,1	2.230	4,2	874	3,1	11.000	17,3
Caucho	4	4,3	1.264	2,4	15	0,1	19	0,0
Piedras, Vidrio, Cerámica	4	4,3	661	1,2	186	0,7	370	0,6
Metales	5	5,3	904	1,7	226	0,8	949	1,5
Vehículos y Maquinaria Automotriz	12	12,8	1.482	2,8	1.153	4,1	2.442	3,8
Aparatos Eléctricos ..	4	4,3	10.818	20,4	2.525	9,0	17.932	28,2
Varios e indeterminados	12	12,8	7.750	14,6	4.767	16,9	3.133	4,9
TOTAL	6	6,3	1.044	2,0	187	0,7	980	1,6
TOTAL	94	100	53.129	100	28.159	100	63.575	100

ESTE CUADRO DEBE LEERSE ASI:

En 1961, 4 empresas industriales instaladas en la Argentina, pertenecientes al rubro Extractivas, ocupaban 3,2 de cada 100 obreros empleados por las empresas norteamericanas, con el 2,7 % de las inversiones de las mismas y el 1,9 % de las ventas en el año. Etcétera.

4. El fenómeno decisivo de las empresas americanas es la concentración.

Considerando la distribución de las empresas de acuerdo con el número de personas empleadas (cuadro 18), se pone de manifiesto una característica que hace a la influencia económica

y política de los capitales norteamericanos invertidos en el país: su concentración.

Mientras sólo 7 empresas (7,5 % de las registradas en la guía) ocupaban en sus plantas menos de 25 personas, 21 empresas (22,3 % del total) daban trabajo a más de 500 personas cada una, y tenían el 78,5 % del personal total de planta.

CUADRO 18

CLASIFICACION DE LAS EMPRESAS INDUSTRIALES NORTEAMERICANAS EN LA ARGENTINA SEGUN EL PERSONAL OCUPADO EN SUS PLANTAS (1961)

Personal de planta	Empresas		Personal de planta		Inversiones hasta 1961		Ventas 1961	
	Número	%	Número	%	Millones m\$ñ.	%	Millones m\$ñ.	%
Hasta 10	1	1,1	10	0,0	4	0,0	15	0,0
Entre 11 y 25 ...	6	6,4	123	0,2	56	0,2	127	0,2
„ 26 y 50 ...	7	7,4	283	0,5	400	1,4	260	0,4
„ 51 y 100 ...	15	16,0	1.177	2,2	1.436	5,1	968	1,5
„ 101 y 300 ...	25	26,6	4.279	8,1	2.249	8,0	3.233	5,1
„ 301 y 500 ...	15	16,0	5.650	10,6	3.272	11,6	7.143	11,2
„ 501 y 1.000 ...	7	7,4	5.008	9,4	1.167	4,1	4.230	6,7
„ 1.001 y 3.000 ...	10	10,6	16.692	31,4	6.837	24,3	21.260	33,4
Más de 3.000	4	4,3	19.907	37,5	12.616	44,8	26.336	41,4
Indeterminado	4	4,3	—	—	120	0,4	—	—
TOTAL	94	100,0	53.129	100,0	28.159	100,0	63.575	100,0

ESTE CUADRO DEBE LEERSE ASI:

Las empresas con más de 3.000 personas ocupadas en sus plantas, ocupaban el 37,5 % del personal total de las empresas industriales norteamericana en la Argentina, realizaron, 44,8 % de las inversiones totales del mismo grupo hasta el año 1961, y participaron con 41,4 % de las ventas. Etcétera.

Comparando la relación inversión —ventas en las empresas de distintos estratos, se observa que las empresas cuyo personal de planta era inferior a 300 personas (57,5 % del total de empresas) tenían el 14,7 % de la inversión y el 7,2 % de las ventas, mientras que el grupo de más de 500 (22,3 % del total de empresas) tenían el 73,2 % de la inversión y el 81,5 % de las ventas.

Esas grandes empresas —que por otra parte pertenecen al “big business” que domina la economía estadounidense— son precisamente las que en razón de sus vinculaciones económicas y políticas tienen a su alcance la posibilidad de influir en la política gubernamental.

Respecto a la distribución por tamaño de las

empresas norteamericanas, comparadas con sus similares argentinas (Tesis 1), se observa que en las últimas predominan los establecimientos con pocos obreros, mientras que en las empresas norteamericanas los pequeños establecimientos prácticamente no existen. En ambos grupos la concentración industrial es, sin embargo, el fenómeno decisivo¹.

¹ Precisamente en el estudio de S. Pizer y F. Gutler (ob. cit.) se mencionó que “300 compañías matrices americanas abarcan casi 1.000 firmas subsidiarias y sucursales en Latino América”, y “representan el 85 % de los capitales invertidos por las compañías norteamericanas en Latino América” y “las 4/5 partes de las ganancias totales” de las mismas.

5. Las empresas norteamericanas en Argentina son casi tan antiguas como la industria nacional.

En su libro, Dorfman destacaba que la afluencia de inversiones norteamericanas al mercado mundial coincidía con el nuevo fenómeno que comienza en la década de los veinte: la exportación de industrias. Además señalaba que el capital norteamericano era el que mayor atención había prestado a ese tipo de inversión².

Con el objeto de apreciar la importancia actual de las empresas norteamericanas fundadas en el país antes de 1942, se han analizado los datos de la guía correspondientes a empresas que Dorfman mencionaba entonces. Del total de 47 que citaba Dorfman, 23 empresas siguen funcionando en 1961 según la guía.

Comparando, para cada rama de industria, el número de empresas que señalaba Dorfman con los que indica la guía, y haciendo la relación entre el personal de planta ocupado en 1961 por ambos grupos, se obtiene el cuadro 19. De él se deduce que las empresas indicadas por Dorfman son, en la actualidad, las más importantes de las empresas norteamericanas en el país. En efecto, esas 23 empresas (24,5 % del total) ocupaban en 1961 el 57,8 % del personal de planta, habían invertido el 51 % del total y sus ventas alcanzaban al 44 % de las realizadas por todas las empresas que figuran en la guía.

El análisis anterior se confirma en el cuadro 20, donde se han agrupado las empresas que aparecen en la guía de acuerdo al período de fundación.

Las empresas fundadas antes de 1939 ocupan el 74,7 % de personal de planta actual, poseen el 76 % de las inversiones y sus ventas representan el 73,2 %. Solamente las empresas fundadas antes de 1929 ocupan la mitad del personal actual de planta.

Haciendo la comparación por rama de los datos de Dorfman y los ofrecidos por la guía, surge que en las ramas Extractivas (minerales), Frigoríficos, Textiles, Petróleo y Caucho, las firmas que mencionaba Dorfman constituyen actualmente casi el 100 % de las empresas norteamericanas en el país. En automotriz, excluyendo Kaiser, ocurre lo mismo.

Donde más notable es la aparición de empresas nuevas es en las industrias que precisamente se han desarrollado con posterioridad al estudio de Dorfman: Química, Farmacia, Metales,

² A. Dorfman, *ob. cit.*, cap. 9.

Vehículos y Maquinaria, Aparatos Eléctricos. En cuanto a la industria Automotriz, si bien ha aparecido una sola empresa nueva, todas han variado sustancialmente su forma de operar.

Dorfman señaló cómo se distribuían en 1936 las inversiones industriales norteamericanas en Argentina, Chile, Brasil y Uruguay. En ese entonces se calculaba en 236 millones de dólares el capital norteamericano invertido en estos cuatro países, ocupando alrededor de 50.000 obreros. Tomando para las mismas ramas que señalaba Dorfman su participación relativa en la actualidad, se obtiene el cuadro 21.

En este cuadro se observa que han adquirido mayor importancia relativa dentro de las inversiones norteamericanas, las que se desarrollaron a partir de la década del treinta; Química, Farmacia, Vehículos y Maquinaria, Aparatos Eléctricos; fenómeno análogo al que ocurre en Brasil. En cuanto a las ramas de Petróleo y Frigoríficos, que fueron las primeras en recibir el aporte de capitales norteamericanos, desciende notablemente su porcentaje de participación. Por otra parte, las industrias Automotriz y del Caucho, han mantenido su peso relativo debido a que la industria ha seguido el ritmo de crecimiento de las inversiones norteamericanas.

Las cifras señaladas evidencian que las empresas norteamericanas se han radicado en el país en la década del treinta y a veces antes, desde entonces se desarrollaron de acuerdo a las posibilidades del mercado, participando activamente en el crecimiento industrial del país. En los años que con mayor evidencia se patentizó el dominio inglés en la Argentina a través de los pactos Roca-Runciman y siguientes, se estaban creando las bases para el actual control norteamericano de la economía del país. Desde hace tres décadas todo crecimiento de la industria se produjo juntamente con una mayor participación estadounidense. La guerra agudizó el proceso, al quitarle todas las posibilidades al capital inglés.

Durante el gobierno peronista se produjo una relativa paralización de la corriente de capitales norteamericanos hacia el país: sólo 10 empresas de ese origen se establecieron entre 1946 y 1955 (cuadro 20). Sintomáticamente, durante esa época se estanca el crecimiento industrial argentino.

A partir de la caída del gobierno peronista, la influencia política y económica del imperio estadounidense en nuestro país crece a pasos agigantados. Desde entonces se han producido numerosas radicaciones de capitales que la guía sólo refleja parcialmente, pues la mayoría se ha realizado en empresas argentinas bajo distintas formas de sociedad con capitales loca-

CUADRO 19

COMPARACION ENTRE LAS EMPRESAS QUE APARECEN EN LA GUIA DE NEGOCIOS NORTEAMERICANOS Y LAS MENCIONADAS EN EL LIBRO "EVOLUCION INDUSTRIAL ARGENTINA" DE A. DORFMAN

R a m a	Empresas mencionadas por A. Dorfman que figuran en la guía		Número total de empresas dadas por la guía de negocios norteamericanos
	Número de empresas	Personal de planta en % sobre los totales de rama dados por la guía (1961)	
Extractivas	1	38,7	4 (1)
Alimentos y Bebidas	2	47,0	3
Frigoríficos	2	95,0	3 (2)
Textiles	2	100,0	2
Química	1	70,5	10
Farmacia	3	27,6	12
Cosméticos y Perfumería	1	40,5	7
Petroquímica	—	—	3
Caucho	1	100,0	1
Piedras, Vidrio, Cerámica	2	98,0	4
Metales	—	—	4
Petróleo	1	49,0	5
Vehículos y Maquinaria	2	38,4	12
Automotriz	2	28,0	4 (3)
Aparatos Eléctricos	3	40,5	12

NOTA: (1) La empresa mencionada por A. Dorfman es National Lead Co.; las otras tres son contratistas de petróleo.

(2) Dorfman menciona el frigorífico Wilson, que no aparece en la guía y no menciona el frigorífico La Blanca.

(3) Faltan en los datos de Dorfman Chrysler, que entonces actuaba como Fevre y Basset, y la IKA, que se instaló en el país en 1955.

ESTE CUADRO DEBE LEERSE ASI:

El 38,7 % del personal de planta registrado por las 4 empresas del ramo Extractivas que aparecen en la guía, fue aportado por 1 empresa que había sido mencionada por Dorfman. Etcétera.

les. El fenómeno más importante provocado por la inversión norteamericana es el desarrollo de la industria automotriz, que se ha transforma-

do en pocos años en eje de la industria metalúrgica.

CUADRO 20

CLASIFICACION DE LAS EMPRESAS INDUSTRIALES NORTEAMERICANAS EN LA ARGENTINA SEGUN PERIODO DE FUNDACION

Período de fundación	Empresas			Personal de Planta		Inversiones hasta 1961		Ventas 1961	
	Número	%	Empresas fundadas por año	Número	%	Millones m\$N.	%	Millones m\$N.	%
1900/1909	4	4,3	0,4	7.783	14,6	4.877	17,3	10.292	16,2
1910/1919	11	11,7	1,1	11.415	21,5	5.655	20,1	18.839	29,6
1920/1929	11	11,7	1,1	7.790	14,7	3.367	12,0	10.892	17,1
1930/1934	10	10,6	2,0	5.129	9,7	1.286	4,6	2.284	3,6
1935/1939	14	14,9	2,8	7.565	14,2	6.188	22,0	4.276	6,7
1940/1945	10	10,6	1,7	2.677	5,0	1.024	3,6	1.441	2,3
1946/1950	5	5,3	1,0	593	1,1	459	1,6	657	1,0
1951/1953	2	2,1	0,6	124	0,2	4	0,0	34	0,1
1954/1955	3	3,2	1,5	6.872	12,9	1.967	7,0	11.150	17,5
1956/1957	9	9,6	4,5	1.177	2,2	1.277	4,5	2.714	4,3
1958	4	4,3	4,0	364	0,7	648	2,3	559	0,9
1959	3	3,2	3,0	655	1,2	—	—	—	—
1960	6	6,4	6,0	752	1,4	1.403	5,0	433	0,7
1961	2	2,1	2,0	233	0,4	—	—	—	—
TOTAL	94	100,0	1,5	53.129	100,0	28.159	100,0	63.575	100,0

ESTE CUADRO DEBE LEERSE ASI:

En el período 1900/1909 se fundaron 4 de las empresas registradas en la guía, o sea el 4,3 % de la muestra; por lo tanto en el período mencionado se fundaron 0,4 empresas por año. El personal de planta de las 4 empresas era de 7.783 (14,6 % del personal de planta de la muestra). Las inversiones hasta 1961 alcanzaban a 4.877 millones de pesos (17,3 % de la muestra) y las ventas de esas mismas empresas sumaron 10.292 millones de pesos (16,2 % de la muestra). Etcétera.

6. Las empresas industriales norteamericanas producen principalmente para el mercado interno.

“Lo que caracterizaba al viejo capitalismo, en el cual dominaba la libre competencia, era la exportación de mercancías. Lo que caracteriza al capitalismo moderno, en el que impera el monopolio, es la exportación de capital¹”.

¹ Lenin, *El imperialismo, fase superior del capitalismo*, Ed. Anteo, Bs. As. 1956, pág. 21.

Desde los tiempos de Lenin el capital exportado por las potencias imperialistas ha sufrido modificaciones de forma; la proporción de empréstitos ha disminuído, aumentando, en cambio, las inversiones directas. Dentro de éstas han alcanzado gran peso los capitales colocados en industrias que abastecen los mercados internos de los países atrasados.

Paralelamente al cambio de forma de las inversiones imperialistas se ha desarrollado una concepción según la cual la aparición de indus-

trias en los países atrasados significa un proceso de industrialización similar al que han seguido los ahora países avanzados. De acuerdo a esta concepción, el imperialismo se opondría al crecimiento del mercado interno y al desarrollo de la industria de los países atrasados. Las grandes potencias estarían interesadas en reducir a los países coloniales y semicoloniales a simples fuentes de materias primas que una vez procesados en las metrópolis se exportarían a la periferia agraria. Nada tan alejado de la realidad ni tan a la medida de la propaganda imperialista.

Arturo Frondizi es un caso típico de la íntima relación que existe entre esta concepción y los intereses del imperialismo. Las siguientes palabras escritas en 1957, ilustran el caso:

“La presión que en los actuales momentos ejercen algunos intereses extranjeros va acompañada por una acción coincidente de ciertos grupos internos que propician una regresión de nuestro desarrollo económico a formas agrícola-pastoriles. Se pretende resucitar como misión argentina la de constituirse en “granero del mundo”, que no es otra cosa que la versión moderna de la visión de Canning que asignaba a

estas tierras la función de “huerta” alimenticia de la industrializada economía británica¹”.

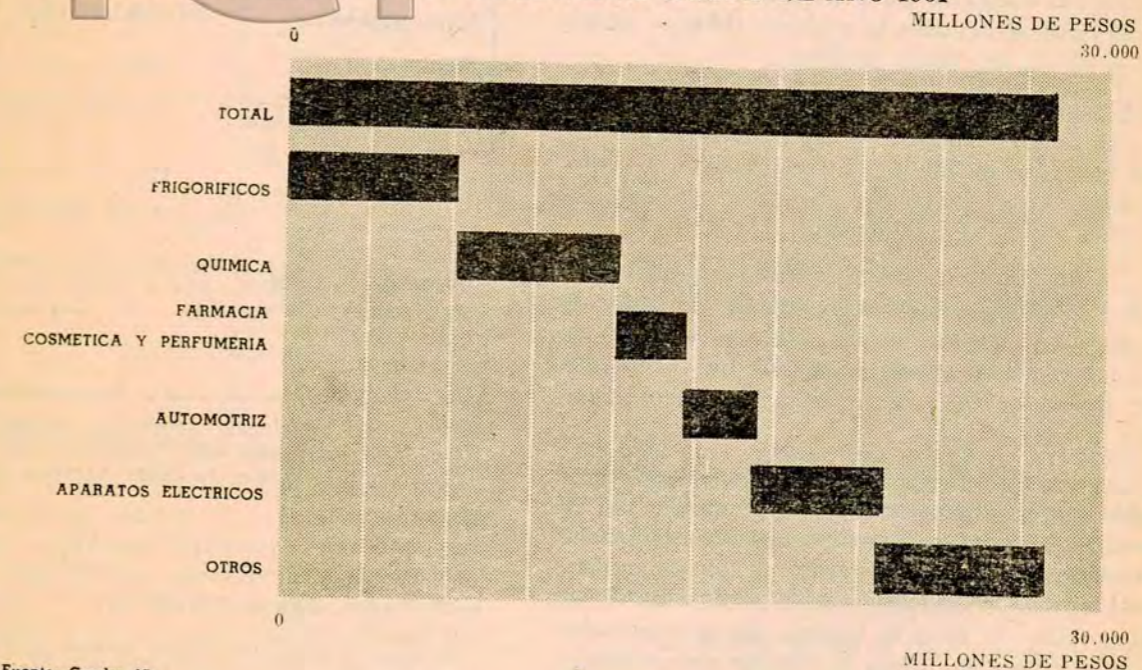
Esta forma de pensar no es exclusiva de políticos burgueses. Prácticamente todas las corrientes argentinas de izquierda tienen una concepción similar de las relaciones entre el imperialismo y los países atrasados. Así por ejemplo el Partido Comunista, acusaba al gobierno frondizista de perjudicar “a la industria nacional en favor de la producción industrial extranjera²”. Jaime Fuchs, uno de los principales teóricos comunistas, escribió un extenso volumen sobre las inversiones norteamericanas en la Argentina, donde dice:

“Más del 50 % del total de las inversiones yanquis (en América Latina) están ubicadas en la explotación de petróleo y minería, y sólo alrededor de un 15 % en industria manufacturera... Solamente un 0,3 % del total de las inversiones directas norteamericanas en América

¹ Arturo Frondizi, *Industria Argentina y Desarrollo Nacional*, Ediciones Qué, Bs. As. 1957, pág. 46.

² Comité Central del P. Comunista, *Llamamiento del Primero de Mayo de 1961 en Nuestra Palabra* del 25 de abril de 1961.

INVERSIONES DE LAS EMPRESAS INDUSTRIALES NORTEAMERICANAS EN LA ARGENTINA HASTA EL AÑO 1961



Fuente: Cuadro 17

El 77,3% de las inversiones norteamericanas en la industria argentina se concentra en ramas que producen para el mercado interno.

Latina figura en la industria de maquinarias³ (subrayado nuestro).

De estas palabras parece deducir que el señor Fuchs desearía una mayor inversión imperialista en la industria manufacturera, especialmente la dedicada a maquinaria. Bien: tal evolución es la que se está produciendo. En 1955, mientras las inversiones norteamericanas en América Latina dedicadas a minería sólo representaban el 15,6% del total de las inversiones directas, la industria manufacturera constituía el 21% de las mismas, siendo superadas únicamente por las inversiones petroleras, que alcanzan al 27,2% del total. Otro detalle omitido por el Sr. Fuchs: mientras las inversiones en minería sólo aumentaron un 54% entre 1919 y 1955, las inversiones en la industria manufacturera lo han hecho un 1.520%¹. Respecto a las inversiones en la industria de máquinas, su monto es escaso no debido a una confabulación imperialista sino porque esa rama industrial no es rentable en los países atrasados, debido a la pequeñez del mercado, la falta de técnicos, la magnitud de la inversión, etc.

En otro lugar Fuchs insiste:

“Los principales recursos mineros son explotados por las empresas norteamericanas... productos que luego de ser elaborados en los Estados Unidos retornan a la mayoría de esos países con el rótulo de “Made in USA...”

“El aumento de las inversiones norteamericanas en la manufactura... se concentró en primer lugar en Brasil, Argentina, México y Chile, países que han levantado sus industrias con sus propios recursos nacionales...”

“El imperialismo norteamericano ha reducido a las economías latinoamericanas al papel de simples productores de un número reducido de artículos que adquiere a precios bajos y trata por todos los medios de evitar su diversificación...”²

La falsedad de proposiciones como las comentadas queda demostrada por el análisis de los productos elaborados por las distintas empresas norteamericanas que operan en la Argentina, clasificando la empresa según el destino de su producción. Si bien el trabajo es aproximativo pues la guía sólo señala el nombre del producto,

CUADRO 21

COMPARACION DE LA DISTRIBUCION DE LOS CAPITALES NORTEAMERICANOS EN ARGENTINA, BRASIL, CHILE Y URUGUAY EN EL AÑO 1936 Y LA CORRESPONDIENTE A LA ARGENTINA EN 1961

Rama	Argentina, Brasil, Chile y Uruguay 1936 (1) (% sobre el total)	Argentina 1961 (% sobre el total)
Automóviles y neumáticos	11,4	9,1
Frigoríficos	40,2	22,0
Petróleo	23,3	3,1
Construcción	9,3	—
Aparatos Eléctricos	0,9	16,9
Alimentación	1,3	0,8
Farmacia	0,9	8,3
Varios (incluye las ramas que siguen)	12,7	39,9
Química	—	22,2
Vehículos y Maquinaria)	—	4,1
Textiles	—	4,2

NOTA: (1) Evolución Industrial Argentina de A. Dorfman, pág. 294, cuadro extraído de Migration of industry to South America de J. Phelps.

ESTE CUADRO DEBE LEERSE ASI:

En el año 1936, el 11,4% de los capitales norteamericanos invertidos en Argentina, Brasil, Chile y Uruguay correspondía al ramo Automotores y Neumáticos, mientras que en 1961 el porcentaje para esa rama industrial era de 9,1%. Etcétera.

³ Jaime Fuchs, *La penetración de los Truts yanquis en la Argentina*, Ed. Fundamentos, Bs. As. 1957, pág. 12.

¹ S. Pizer y F. Cutler, *Ob. cit.*,

² J. Fuchs, *ob. cit.*, pág. 12|14.

CUADRO 22

CLASIFICACION DE LAS EMPRESAS INDUSTRIALES NORTEAMERICANAS EN LA ARGENTINA SEGUN EL DESTINO DE SUS PRODUCTOS

Destino de los productos más importantes	Empresas		Personal de planta		Inversiones hasta 1961		Ventas 1961	
	Número	%	Número	%	Millones m\$N.	%	Millones m\$N.	%
Consumo directo	46	48,9	23.607	44,4	7.120	25,3	23.939	37,7
Suministros para petróleo, petroquímica, química	6	6,4	626	1,2	1.235	4,4	1.013	1,3
Suministros para metales, Vehículos y Maquinarias y Ap. Eléctricos	10	10,6	3.424	6,5	3.096	11,0	2.690	4,2
Suministros para Alimentos y Bebidas y Textiles	5	5,3	4.076	7,7	1.328	4,7	1.250	2,0
Suministros para la industria sin discriminar	16	17,0	8.997	16,9	7.807	27,7	17.429	27,4
Exportación de productos primarios	4	4,3	11.375	21,4	6.400	22,7	14.808	23,3
Producción de máquinas	5	5,3	710	1,3	502	1,8	1.832	2,9
Varios e indeterminados	2	2,2	314	0,6	668	2,4	611	1,0
Total	94	100,0	53.129	100,0	28.159	100,0	63.575	100,0

ESTE CUADRO DEBE LEERSE ASI:

Las empresas cuyos productos son consumidos directamente sumaban 46 (48,9% de la muestra), ocupaban 23.607 personas en sus plantas (44,4% del total de la muestra), habían invertido 7.100 millones de pesos (25,3% del total de la muestra) y vendieron en 1961 23.939 millones de pesos (37,7% del total de la muestra). Etcétera.

la magnitud del resultado es concluyente (cuadro 22)

De los datos del cuadro 22 se obtiene que trabajan para el mercado interno el 93,5% de las empresas industriales norteamericanas instaladas en el país. Sólo producen para la exportación los frigoríficos —que por otra parte colocan localmente aproximadamente el 50% de su producción— y la industria extractiva (National Lead Co). En total 4 empresas sobre 94.

Este resultado coincide con el obtenido por S. Pizer y F. Cutler (*ob. cit.*, pág. 10) quienes afirman que, en 1955, el 88% de las ventas de empresas estadounidenses en la Argentina ha-

bían sido colocadas en el mercado interno. Para toda América Latina esa relación era del 55%. En la industria manufacturera en particular, las ventas locales de empresas yanquis que operaban en Latino América representaban el 94% del total de sus ventas.

El lugar común según el cual el capital imperialista se perjudica con el crecimiento del mercado interno y la industria de los países atrasados, queda pues claramente desmentido por el análisis de la guía de inversiones norteamericanas en la industria argentina.

El capital extranjero no solo participa en el surgimiento de industrias que producen para el

mercado interno, sino que también promueve la exportación de los productos industriales de los países atrasados. Favoreciéndose con los menores costos de mano de obra o beneficios de tipo aduanero etc., el capital norteamericano puede, a través de una industria no metropolitana, alcanzar mercados de otro modo inaccesibles¹.

7. A través de las licencias el capital norteamericano se ha extendido a los sectores más vastos de la industria argentina.

Existe un campo de acción del capital extranjero por su naturaleza dificulta el análisis: la sociedad de los capitales extranjeros con empresarios locales. En este tipo de relación, caben todas las variantes en cuanto al dominio del negocio: desde la mera figuración nominal del empresario local, hasta la participación formal de la empresa extranjera limitada al cobro de un derecho anual por el uso de licencias.

La segunda parte de la guía está dedicada a las empresas nacionales que tienen contratos con firmas norteamericanas. Consiste en una lista muy incompleta donde se dan datos correspondientes a la empresa argentina y al o los contratos respectivos; esta lista comienza con la siguiente observación:

"En los últimos años, las industrias norteamericanas han hecho miles y miles de acuerdos de licencia y asistencia técnica en el extranjero. El volumen de tales acuerdos dice elocuentemente de sus ventajas para compañías inquietas por alcanzar muchos mercados rápidamente con el mínimo de inversión en dólares y en esfuerzo humano".

Los empresarios de los países donde se realizan esos contratos pueden agregar que también para ellos la forma más fácil de lanzarse a la conquista del mercado es buscar un acuerdo con una empresa extranjera. Debido a esta coincidencia de intereses es posible que se haya alcanzado esa extraordinaria magnitud de "miles y miles" de acuerdos realizados por empresas norteamericanas, a los que deben sumarse otros tantos efectuados por firmas europeas.

Al pequeño número de empresas nacionales asociadas con norteamericanas que señala la

CUADRO 23

CLASIFICACION DE LAS EMPRESAS INDUSTRIALES ARGENTINAS ASOCIADAS CON NORTEAMERICANAS, SEGUN RAMA DE INDUSTRIA (1961⁽¹⁾)

R a m a	Número de empresas	Cantidad de obreros
Textiles y Confecciones	3	230
Química	10	510
Petróleo	1	8
Piedras, Vidrio, Cerámica	1	118
Madera	1	70
Metales	6	4.657
Vehículos y Maquinarias	12	4.969
Automotriz	1	1.600
Aparatos Eléctricos	24	5.260
Varios	1	229
TOTAL	60	17.651

(1) Este cuadro sólo incluye la información aparecida en la guía, que como ya se ha señalado, a este respecto es muy pobre. En consecuencia, los valores de este cuadro deben tomarse como indicativos de tendencias, y no como representativos de las empresas argentinas asociadas con estadounidenses.

ESTE CUADRO DEBE LEERSE ASI:

De las 60 empresas argentinas asociadas con similares norteamericanas que menciona la guía, el ramo Textiles y Confecciones registra 3 empresas con 23 obreros. Etcétera.

guía, se lo ha clasificado de acuerdo a la rama industrial en que opera, obteniéndose el cuadro 23. De mismo surge que 52 empresas, es decir, el 85 % del total de la muestra, operan en las ramas Química, Metales, Vehículos y Maquinarias, Aparatos Eléctricos y Automotriz. Se encuentra en este dato la confirmación y acentuación de la tendencia analizada anteriormente sobre la influencia del capital estadounidense en las ramas más nuevas de la industria argentina.

¹ Algunos ejemplos recientes de esta tendencia son: a) El acuerdo entre Bendix International y K.C. para la exportación de lavarropas de éstos últimos para todo Centro y Sud América excepto Brasil y Colombia (*Primera Plana*, 5 de marzo de 1963). b) El acuerdo de la misma empresa norteamericana con César Ferrero para la producción y exportación de frenos hidráulicos (*Clarín*, 2 de junio de 1963). c) El acuerdo entre American Motors e IKA para exportar el Rambler argentino (*La Nación*, 28 de setiembre de 1963), etcétera.

Estados Unidos ante la Industria Argentina

Las industrias yanquis que más necesitan exportan para colocar íntegramente su producción son las de maquinarias, automóviles y artículos eléctricos, es decir, industrias cuya demanda aumenta con la pseudoindustrialización de los países atrasados. En cuanto exportador de mercancías, el imperialismo yanqui, por la naturaleza de su producción, tiene mucho que ganar y nada que perder con la pseudoindustrialización de los países atrasados. No hay en Estados Unidos ninguna industria que, como la textil inglesa, exporte una elevada proporción de su producción y resulte perjudicada por la pseudoindustrialización. Todo lo contrario. Las industrias norteamericanas que más necesitan de los mercados exteriores son aquellas cuyo mercado se ensancha constantemente con el desarrollo industrial de los países atrasados. Por eso precisamente el imperialismo yanqui promueve gustoso los programas de pseudoindustrialización que desarrollan la industria de los países atrasados sin subvertir las relaciones de propiedad que perpetúan el atraso.

Un escritor peronista afirmó temerariamente que "El problema central de Estados Unidos, cuyo aparato productivo ha emergido cuadruplicado de la última guerra, es exportar, no promover los programas de industrialización de los países atrasados, que se volverán contra los intereses del imperialismo, restringiendo más aún los ya mezquinos mercados mundiales".¹ En realidad, precisamente porque después de la guerra la producción norteamericana creció enormemente, es por lo que el imperialismo yanqui se interesa en el desarrollo industrial de los países atrasados, ya que la mayor parte de su producción industrial exportable y buena parte de la agraria y minera, consiste en artículos cuyo mercado en los países atrasados sólo puede aumentar con la pseudoindustrialización. Sobre esto nada mejor que dejar la palabra a los propios interesados, es decir, a los industriales yanquis, agrupados en la poderosa National Association of Manufacturers. El presidente de la misma declara: "No puede haber mayor falacia que la creencia de que nuestro comercio de exportación depende del retardo económico de otros países. El principal obstáculo que tenemos en el comercio de exportación con América Latina es el bajo poder adquisitivo del pueblo. Ese mercado está creciendo no a través del incremento en la riqueza de materias primas sino a través de la industrialización. La historia muestra que cuando el pueblo de cualquier país halla negocios lucrativos en la industria, crece su consumo, creando una mayor demanda de

bienes extranjeros y nacionales. Los mejores consumidores no son los países predominantemente productores de materias primas, sino aquellos que han desarrollado industrias."² FIN

Fé de Erratas y Omisiones advertidas en el n.º 1 de Fichas

El cuadro debe leerse así:																				
Pág. 11 2ª col. línea 35 y sigs.	<table border="1"> <thead> <tr> <th rowspan="2">Actividad</th> <th colspan="2">Población activa (miles)</th> <th colspan="2">Producto (millones de pesos de 1950)</th> </tr> <tr> <th>1947</th> <th>1960</th> <th>1947</th> <th>1960</th> </tr> </thead> <tbody> <tr> <td>Agropecuaria</td> <td>1655</td> <td>1460</td> <td>11011</td> <td>12400</td> </tr> <tr> <td>Industrial</td> <td>1423</td> <td>1915</td> <td>13600</td> <td>15344</td> </tr> </tbody> </table>	Actividad	Población activa (miles)		Producto (millones de pesos de 1950)		1947	1960	1947	1960	Agropecuaria	1655	1460	11011	12400	Industrial	1423	1915	13600	15344
Actividad	Población activa (miles)		Producto (millones de pesos de 1950)																	
	1947	1960	1947	1960																
Agropecuaria	1655	1460	11011	12400																
Industrial	1423	1915	13600	15344																
Pág. 18 2ª col. línea 14	Donde dice: "de obreros entre 1946 y 1954" debe decir: "de obreros entre 1937 y 1946".																			
Pág. 20 cuadro 6	En el encabezamiento de los tres columnas donde dice: "Número de establecimientos" debe decir: Número de obreros																			
Pág. 27 cuadro 11	En la última línea del cuadro donde dice: "5.038.498" debe decir: 3.038.498.																			
Pág. 35	Los datos del cuadro titulado "Contracción de la Tasa de Crecimiento de la Industria Argentina" han sido obtenidos de: Adolfo Dorfman, <i>Evolución Industrial Argentina</i> , para el período 1914/1935-38. Cuadros 12 y 14 (págs. 29 y 31) de FICHAS para el período 1937/1954.																			
Pág. 48	En el gráfico "Crecimiento Industrial y Balanza Comercial", donde dice: "los picos del crecimiento industrial" debe decir: los picos ascendentes del crecimiento industrial".																			
Pág. 52 cuadro 24	En la última línea del cuadro donde dice: "53" debe decir: 436.																			

¹ A. J. Ramos, *América Latina, Un País*, Bs. As. 1949, pág. 206.

² Discurso del presidente de la NAM, mayo 1944, en Félix J. Weil, *The Argentine Riddle*, N. York 1944, pág. 219.

El debate sobre la industrialización soviética, 1924-1928

I. La posición de Preobrazhenski

Alexander Erlich

El hambre de productos durante el invierno de 1925 ocupaba en la argumentación de Preobrazhenski el mismo lugar de honor que la "crisis de las tijeras" de 1923 en la argumentación de Bujarin. En este sentido su punto de partida se asemejaba al de Shanin. A diferencia de los voceros oficiales del partido y del gobierno, Preobrazhenski no adscribía todo el trastorno a falta de previsión por parte de la dirección de la industria o de las autoridades bancarias. La perturbación inflacionaria de 1925 era para él una acentuada expresión de profundos desajustes en la estructura de la economía soviética.

En su opinión las escases del presente eran en gran medida, los resultados de la obligada prodigalidad del pasado. En el período del Comunismo de Guerra fue interrumpida la formación normal de capital: "No acumulamos —lo mejor que pudimos hacer fue utilizar nuestros recursos lo más económicamente posible" ¹². El proceso continuó en los primeros años de la NEP *ya sea en la forma de un "remate" de todos los productos industriales cualquiera fuera su costo, o mediante el empleo de fondos de amortización para incrementar salarios y para reposición de stocks.*

Esa política indudablemente había tenido efectos inmediatos que fueron beneficiosos. Preservó a la población urbana y a los ejércitos en operaciones de morir de hambre durante la Guerra Civil, y permitió un gran incremento en la producción en los primeros años de la NEP: "El consumo de capital fijo constituyó una ventaja en esta época, porque el capital fijo y los stocks de materias primas podían ser un peso muerto si la mano de obra no los transformaba en bienes de consumo" ¹³. Pero pasado el tiempo, los aspectos menos atractivos de este procedimiento se revelaron por sí

mismos. La reserva de mejoras pequeñas y relativamente poco costosas se agotaría gradualmente: "La posibilidad de la racionalización de la producción en el marco de la vieja tecnología se está acercando al agotamiento" ¹⁴. Más aún, la posibilidad de asegurar incrementos de producción, mediante un uso más intensivo de las facilidades existentes, disminuía a medida que se alcanzaban los límites de la capacidad instalada. Puesto que el stock de capital había sido reducido por años de insuficiente reposición, esto equivalía a decir que la recuperación habría de detenerse en un nivel inferior al de preguerra (Preobrazhenski podría haber puntualizado que, por razones que serán discutidas luego, no era imposible que en ese momento se produjera un verdadero retroceso). A fin de impedir que esto ocurriera, la largamente pospuesta renovación de plantas y equipos debía ser llevada a cabo integralmente en un corto espacio de tiempo. Esta reposición "amontonada" requeriría claramente un drástico incremento en el volumen de inversión. Sin embargo, la situación tal cual la veía Preobrazhenski, requería algo de mucho más amplio alcance. Esto se debía en parte al hecho de que semejante reposición in extenso de los equipos, suministraba la mejor oportunidad para una aplicación en gran escala de los progresos tecnológicos que se habían acumulado durante el tiempo de vida de las viejas instalaciones, y que involucraban una más alta inversión de capital per cápita. Otra razón no menos importante para avanzar más allá de "mantener el capital intacto" en su nivel original, reside en la circunstancia de que el impacto del cambio revolucionario había roto el precario equilibrio de la economía rusa, no solamente desde el lado de la oferta sino también del de la demanda. Había incrementado la participación de los trabajadores industriales en el ingreso nacional: "Nuestros actuales salarios están determinados en menor medida que antes de la guerra por el valor de la fuerza de trabajo y en el futuro estará todavía menos determinado por el" ¹⁶. Más importante todavía, sin embargo, fue la transformación técnica. Preobrazhenski describió esta situación muy brevemente algunos años después cuando argumentó que "la renovación de capital fijo en condiciones de rápido progreso tecnológico, inevitablemente se transforma en un incremento en el monto total de capital fijo, como resultado del incremento en la composición orgánica del capital en general". (Zakat kapitalizma [Leningrad, 1931], p. 83). Verdaderamente, esta afirmación se refería al desarrollo bajo el capitalismo, pero Preobrazhenski indudablemente sostenía que era válida también para la economía soviética de la década del 20, cuando él hablaba de la posibilidad de "amortizar el antiguo capital fijo que es tecnológicamente atrasado y sustituirlo gradualmente por otro tecnológicamente superior" (Novaya ekonomika, p. 32), y cuando insistía en que el progreso tecnológico, bajo el capitalismo tanto como bajo el socialismo, involucraba "como regla" un aumento en la composición orgánica del capital (p. 207).

En la Rusia zarista una gran parte del ingreso originado en la agricultura era absorbido por los pagos al go-

bierno y a los terratenientes. A fin de obtener el dinero necesario para cumplir estas obligaciones, el campesino tenía que vender una parte correspondiente de su producto sin comprar nada en cambio. Esto tenía un efecto doble. Por un lado, se generaba un excedente comercializable de bienes agrícolas, relativamente grande; por otro, los requerimientos de la gran mayoría de la población respecto a la producción industrial eran reducidas en el importe total de éstas "ventas forzadas". La suma deducida del ingreso de los campesinos era sin duda *revendida* en su mayor parte. Esta reventa, sin embargo, absorbía una menor porción del producto doméstico que lo que lo hubiera hecho una cantidad correspondiente de gastos campesinos; gran parte de ella (junto con una apreciable fracción de las ganancias industriales) marchaban al exterior ya fuera como servicio de la deuda externa o como pago por la importación de bienes de consumo suntuarios, mientras que su contrapartida física era exportada. La Revolución de Octubre puso fin al viejo sistema. Los pagos por arrendamientos fueron anulados y los impuestos agrícolas en 1924-1925 sumaban menos que un tercio del total de las obligaciones campesinas antes de la guerra. Los efectos inestabilizadores de esta subversión fueron colosales:

De una cantidad dada de la producción comercializable... está sujeta a venta forzosa una cantidad mucho menor que antes de la guerra; esto significa que la demanda efectiva del campesino para los productos destinados al intercambio campesino deben aumentar proporcionalmente... (en consecuencia) la estabilización de la relación entre el volumen total de la producción comercializable industrial y agrícola a nivel de sus proporciones en la preguerra implica un drástico trastorno en el equilibrio entre la demanda efectiva de la aldea y la producción comercializada de la ciudad ¹⁷.

Necesidad de incrementar la Capacidad Productiva para Enfrentar el Crecimiento de la Demanda Generada por la Revolución.

La conclusión era clara: la capacidad productiva tenía que ser incrementada por encima y más allá del nivel de preguerra para alcanzar la incrementada demanda efectiva. El fracaso en solucionar esto podía resultar a los pocos años en una repetición del hambre de bienes; así como el fracaso en proveer suficientemente el mantenimiento del capital hizo inevitable en el pasado, el presente hambre de bienes.

Las posibilidades explosivas de la situación fueron agravadas aún más por otro efecto que la cambiada estructura de ingresos tuvo sobre la conducta campesina. La reducción en el peso de los pagos compulsivos no sólo incrementó la demanda campesina para productos de la ciudad a un nivel dado del excedente agrícola comercializable, sino que también influyó decisivamente sobre el volumen de este excedente haciéndolo depender en mucho mayor grado de la disposición de los campesinos para comerciar.

Esto fue lo que Preobrazhenski tenía en mente cuando afirmó que "como resultado de la disminución de las ventas forzadas el campesinado disfruta ahora una libertad mucho mayor en la elección del momento y los términos en los cuales se desprende de sus excedentes". Era todavía más explícito cuando agregaba que "en nuestros días los campesinos no tienen ningún apuro en vender el grano". Y aunque no llegó a extraer las

implicaciones inmediatas de este estado de cosas, las mismas eran a la vez inconfundibles y ominosas. El campesino medio podía haber estado dispuesto a comerciar la misma cantidad de su producción que antes de la guerra, si, en compensación, la disminución en los pagos compulsorios le hubiera permitido comprar más. Puesto que lo que realmente podía obtener de la ciudad era ahora probablemente menos que antes de la revolución, era lógico para él vender por debajo del nivel de preguerra y desviar la diferencia hacia su propio consumo, así como a la alimentación del ganado, préstamos a los campesinos pobres, o simple atesoramiento. Más aún, la insatisfacción de los campesinos no necesitaba expresarse solamente en la falta de cooperación económica. Podía, como al final de la Guerra Civil, hallar salida en el descontento político, culminando en abierta rebelión:

Si este sistema no satisface un cierto mínimo de necesidades, tendremos subproducción sistemática e insuficiente satisfacción de la demanda efectiva; esto puede influenciar el ánimo de las masas y resultar en aquello contra lo cual el camarada Lenin nos alertó más de una vez: las masas pensarán en un sistema que pueda satisfacer mejor sus necesidades. Aquí reside el mayor peligro y es por ello que estamos tan ansiosos acerca del volumen de inversión¹⁸.

Una vez más el principal villano de la obra, era el exceso de la demanda más bien que su deficiencia.

Esa clase de consideraciones eran las más visibles en el argumento de Preobrazhenski. Sin embargo, naturalmente no eran los únicos puntos en el argumento a favor de una sostenidamente alta tasa de expansión. La descripción de la naturaleza específica de las presiones inflacionarias que habían sido desencadenadas por los cambios de postguerra, estaba complementada por observaciones sobre la estructura de la economía expuesta a esas presiones y por una declaración de los objetivos a largo plazo que debían ser alcanzados. Algunos de estos últimos, como era de esperar, giraban alrededor de problemas puramente políticos tales como los requerimientos de la defensa, y Preobrazhenski y sus camaradas izquierdistas tenían acerca de la inminencia de la guerra una visión más dramática que los demás.

Cada uno de nosotros sabe muy bien que debemos construir el socialismo, que lo estamos construyendo y que lo construiremos. Deberíamos saber sin embargo, que no se nos concederá mucho tiempo para construirlo. Deberíamos esperar una intencionalidad del campesinado rico unido con el capital mundial, que desencadenará una ofensiva tanto económica como político-militar. Estamos construyendo el socialismo en un instante de respiro entre dos batallas¹⁹.

Pero a nivel del análisis, esos temores eran claramente secundarios cuando se los compara con otra clase de argumentos a los cuales nos referiremos ahora.

El Problema de la Población Excedente en el Campo

Como una de las "condiciones de equilibrio básicas" de la economía soviética, Preobrazhenski enumeraba "la absorción gradual de la población excedente del país"²⁰. Nunca incurrió en una caracterización extensiva de este fenómeno excepto para señalar que había sido heredado por la economía soviética de la estructura agraria

del viejo régimen y que el desplazamiento de la mano de obra resultantes de los desplazamientos de los progresos tecnológicos y organizativos para los cuales dejaban amplio margen el atraso del país hacía más dificultosa esa absorción²¹. Tampoco intentó establecer un nexo entre la población excedente y el hambre de bienes mostrando cuán tremendamente enraizadas están las tendencias inflacionarias de una economía cuando su equipamiento aparte de varios años de agotamiento, constituye un cuello de botella para la utilización de la fuerza de trabajo. Sin embargo, se refirió a otro aspecto del mismo problema, cuando puntualizó que la capacidad de los campesinos para retornar a la producción de artículos no agrícolas en sus propios hogares, y así "pasar de largo a la industria estatal" en respuesta a los altos precios de sus productos es grandemente facilitada por "la existencia en el campo de un extenso desempleo encubierto"²². Su conclusión estaba enfáticamente planteada: "todos los intentos para resolver radicalmente el problema del desempleo conducen al problema de la acumulación"²³. La industrialización rápida encabezada por "la expansión del sector de bienes de capital, drena del campo una gran parte del trabajo sobrante. Al mismo tiempo contrarresta el desplazamiento originado por los progresos que economizan trabajo:

Todo el proceso de racionalización del trabajo no producirá estancamiento en la expansión de la fuerza de trabajo empleada en la industria estatal únicamente si el mismo es compensado por la expansión suficientemente rápida en términos absolutos de la base industrial del país. Y esta rápida expansión requiere en la industria una acumulación mucho más rápida que la que tenemos hasta el momento²⁴.

Preobrazhenski no negaba que el problema de la población excedente en el campo podía y debía ser atacado también de modo más directo, principalmente promoviendo la intensificación de la agricultura, "cuya posibilidad es directamente proporcional a nuestro atraso, en comparación con la agricultura extranjera". No obstante, cualificó este reconocimiento insistiendo en que el considerable incremento en la tasa de acumulación en la agricultura que semejante intensificación involucraría inevitablemente, no debía ser forzado "a expensas de esa parte del fondo excedente que la aldea da a la ciudad para los fines de la reconstrucción socialista"²⁵. De lo contrario, podía verse frenada la expansión de la industria que constituye "la llave para la futura solución de todos los problemas básicos del período de transición". En su opinión, esto a su vez rebotaría sobre la agricultura. En primer lugar, reduciría el incremento en el abastecimiento de bienes industriales y así privaría al campesino del más poderoso estímulo para intensificar su propia producción. Y limitaría también las oportunidades para mejorar la eficiencia de la agricultura campesina, afirmadas en el desarrollo de las "economías externas" y con toda seguridad defendería el proceso de modernización mediante el equipamiento intensivo.

La producción expandida en la industria a ritmo suficientemente rápido, el desarrollo de vías férreas, de

canales, de la electrificación, etc., son indispensables también para la economía campesina, la cual sin la asistencia de una industria en crecimiento no puede desarrollar sus fuerzas productivas, ni siquiera mediante la producción en *pequeña escala, menos aún avanzar hacia el nivel de la cooperación*²⁶.

Preobrazhenski exponía el argumento aún con más fuerza: cuando la industria pueda asentarse sobre una nueva base tecnológica, "sólo la corriente de valores desde la ciudad hasta el campo por los canales del crédito a largo plazo, se transformará en un torrente"²⁷.

No es difícil descubrir una concepción básica subyacente en el razonamiento del párrafo anterior, y que ya hemos encontrado en un contexto previo: la "nueva base tecnológica" es consistentemente utilizada para significar la rápida difusión de la tecnología que requiere un mayor monto de capital por cabeza. Esta proposición utiliza el desempleo como un poderoso argumento en favor de una alta tasa de construcción de capital. Una sociedad dedicada a proveer herramientas para sus miembros desocupados a un ritmo más rápido que antes debe, a igualdad de otras variables, mostrar un incremento de la parte de bienes de capital en su producción total; y cuanto más alta la intensidad de capital de las nuevas plantas, más fuerte debe necesariamente ser este incremento.

Necesidad de Incrementar la Inversión en Medios de Producción

A estas consideraciones, Preobrazhenski agregaba otra que era menos obvia, referido a otra característica específica de la tecnología capitalista. Argumentaba, en efecto, que en una economía moderna, si ha de lograrse un incremento discontinuo en el producto final del período subsiguiente, no sólo debe la inversión crecer en relación al consumo del período dado, sino que la producción de bienes de inversión debe crecer en un monto igual a un múltiplo del acrecentamiento que se espera que origine en el producto final: "para incrementar la industria liviana en, digamos, cien millones de rublos, el producto de los medios de producción debe incrementarse en cuatrocientos a quinientos millones de rublos en el período precedente"²⁸. Hay, se apresuraba a agregar, una importante excepción a esta regla. Si existe una capacidad de producción no utilizada como en el primer período de la NEP en la Unión Soviética, el producto puede expandirse por un tiempo sin ningún incremento significativo en la construcción de equipo adicional y puede sobrepasar en su tasa de crecimiento el incremento en nuevas inversiones, las cuales podrían ser confinadas primariamente a construir el capital circulante²⁹. Cuando la capacidad en reserva está exhausta, sin embargo, un mayor incremento en el nivel del producto se asienta en un salto hacia adelante todavía mayor en el volumen de inversión en capital fijo. Más aún, esta in-

VKA, XXII (1927), p. 41. Preobrazhenski no completó el argumento para mostrar que mientras la tasa de crecimiento en el producto iguala la proporción del incremento en el equipamiento respecto al stock total de capital, la tasa de incremento en la inversión iguala a la proporción de este incremento respecto a un volumen de inversión que es una fracción del stock de capital.

versión a la vez que requiere una mayor cantidad de recursos que en la situación previa, mostrará sus primeros efectos en una fecha más distante, puesto que construir el capital fijo así como usarlo requiere tiempo. "Las nuevas plantas comenzarán a producir en tres o cuatro años después de comenzada su construcción; esto es el resultado de una necesidad tecnológica más bien que económica"³⁰.

Es evidente la crucial importancia de estas peculiaridades del equipamiento moderno para el argumento de Preobrazhenski. Ellas ponen filo en su argumento de que la adición al stock de capital debe ser grande. Y explican su insistencia en que la expansión de la capacidad productiva debe comenzar con bastante anticipación al momento en que se llega al límite para el incremento en la utilización del equipo existente, si es que las nuevas plantas han de cubrir ampliamente la brecha e impedir que sobrevenga un hambre de bienes. Pero es que el peso de estos factores ¿no podía ser disminuido extendiendo el tiempo de reconstrucción del equipo mediante el enfrentamiento sucesivo de tareas separadas en el orden de su relativa urgencia? La coincidencia de la "reconstrucción" con renovaciones largamente postpuestas explica en gran medida por qué la satisfacción de la demanda de inversiones no podía en este caso particular ser extendida demasiado liberalmente sin el castigo de una mayor contracción. Implícitamente Preobrazhenski adelantaba otra razón cuando afirmaba que la acumulación requerida debía ser suficiente para "asegurar el desarrollo de todo el complejo de la economía estatal, no sólo de sus partes singulares, porque la conexión en cadena en el movimiento de todo el complejo hacía enteramente imposible un avance aislado"³¹.

Esta frase podía ser interpretada como una referencia al fenómeno de la complementariedad entre las industrias, fenómeno que desde los últimos años de la década del 20 demanda la creciente atención de prominentes economistas occidentales, tales como Allyn A. Young, P. N. Rosenstein-Rodan y Ragnar Nurkse, y que ha sido empleado vinculado con consideraciones de "indivisibilidad" como fundamento para un alto volumen de inversiones en los estadios iniciales del desarrollo económico en las áreas atrasadas.³¹ Sin embargo, Preobrazhenski no desarrolló esta idea, y es difícil decir sobre la base de su breve comentario cuánto peso le asignaba, especialmente debido a que en este punto convergen dos diferentes líneas. Así surge de la frase que sigue inmediatamente: la "conexión en cadena en el movimiento de todo el complejo" es contrastado con "el método capitalista de guerrillas, iniciativa privada, y competencia" que caracterizó la expansión tanto en sus primeras etapas "manufacturera" como de la moderna producción fabril.

Aparentemente, la necesidad de expandirse simultáneamente a lo largo de un ancho frente está ligada con el carácter socialista de la economía. Menos clara, sin embargo, es la naturaleza precisa de esta conexión. ¿Significa que la forma colectiva de propiedad posibilita la aplicación de un tipo de tecnología más elevado que el posible bajo el capitalismo? ¿O la relación causal

corre el camino opuesto, principalmente, que el sistema de planeamiento centralizado (que para Preobrazhenski como para sus opositores era la única forma consistente de economía socialista) no puede operar eficientemente y probar ser superior al capitalismo sin un alto nivel de integración y concentración en la estructura de la producción, que supone a su vez, un grado más alto y una difusión más amplia de la tecnología en gran escala que bajo el capitalismo? ¿O finalmente, es la mayor acumulación, hasta cierto punto, una especie de protección para las empresas estatales, necesaria como resultado de su temporaria inferioridad en la eficiencia comparada con los competidores privados nacionales y extranjeros?

En la *Novaya ekonomika* uno puede encontrar material para apoyar cada una de esas explicaciones alternativas, recibiendo el mayor énfasis los argumentos del tercer tipo. Esto puede parecer un caso típico en que las lealtades ideológicas se colocan por encima de las consideraciones de eficiencia.

Ley de la Acumulación Primitiva Socialista

Si el mínimo irreductible de los requerimientos de capital era tan grande como lo indica todo lo precedente, la cuestión de asegurar los medios adquiriría claramente una fundamental importancia. Preobrazhenski suministró la respuesta mediante una analogía histórica. La potencia productiva de la moderna tecnología permitió al capitalismo del siglo XIX financiar su poderosa expansión principalmente en base a los beneficios obtenidos bajo condiciones de competencia irrestricta y eliminar a los más pequeños mediante la "artillería de los precios baratos". La posibilidad de aplicar esta tecnología dependía, sin embargo, de una gran acumulación de riqueza y de la disponibilidad de fuerza de trabajo libre. Y puesto que estas precondiciones de la superioridad tecnológica del moderno capitalismo tuvieron que ser creadas, como es obvio, antes de que la superioridad existiera, nunca hubieran llegado a existir si las reglas del juego competitivo hubieran sido respetadas desde el principio. Primero debieron realizarse un número de cambios institucionales. La relativa "autarquía" de las primitivas economías campesinas tuvo que ser quebrada y sus participantes forzados a entrar en el mercado; los productores independientes precapitalistas tuvieron que ser separados de sus medios de producción o al menos despojados de una parte del producto de su trabajo. Para alcanzar este resultado hubo que poner en movimiento toda una serie de técnicas altamente no liberales, que iban desde la compulsión desnuda mediante los impuestos y de la manipulación por el Estado de los precios en el mercado doméstico e internacional, hasta la devaluación inflacionaria de la moneda. Este período formativo del moderno capitalismo fue llamado por Marx la época de "la acumulación primitiva". Tenía que encontrar ahora su contraparte en la "acumulación primitiva socialista", la cual debía servir como partera de la sociedad socialista del futuro.

Comprendiblemente, semejante analogía estaba destinada a causar una gran conmoción en la audiencia de

Preobrazhenski. Durante generaciones, los socialistas marxistas habían estado usando la famosa Parte VIII del primer volumen de *El Capital*, no sólo como una contribución a la comprensión de la historia económica sino como un poderoso medio de levantar las mentes de los hombres contra un sistema que "viene al mundo arrojando sangre y barro por todos los poros, de la cabeza a los pies". En realidad, Preobrazhenski no proponía ni la aplicación de métodos violentos contra los pequeños productores no socialistas, ni la elevación de un grupo de la sociedad (los obreros industriales) al rango de un nuevo estrato privilegiado, aunque nada menos que un oponente como Bujarnin lo acusaba de tentar lo segundo.

Para quien gustaba de drásticos remedios tanto en la argumentación como en la práctica, la analogía con el período de la acumulación primitiva del capitalismo servía simplemente como una dramática ilustración para su idea de que la "ley del valor" que gobierna la operación del mercado competitivo y hace que la proporción de cambio entre los bienes dependa de la cantidad relativa de "trabajo socialmente necesario" contenida en ellos, tenía que ser suprimida en la medida de lo posible. Si había de efectuarse un rápido avance desde un bajo nivel inicial, era necesario asegurar "un intercambio de la menor cantidad de trabajo de un sistema económico (socialismo) por la mayor cantidad de trabajo de otro sistema económico (capitalismo)".³² A esto equivale la famosa "ley de la acumulación primitiva socialista". Representaba todo el conjunto de procedimientos que por diversos caminos servían a un mismo fin —obtener "dentro de los límites de lo que es económicamente posiblemente y técnicamente practicable"³³ un traslado de recursos productivos desde el sector privado al sector socialista más allá y por encima de la parte que este último podía obtener como resultado de la acción de la ley del valor en un mercado competitivo.

Ventajas de la División Internacional del Trabajo para la Acumulación Socialista

La necesidad de contrarrestar la "ley del valor" se aplicaba ante todo a la esfera de las relaciones exteriores de la economía soviética. Una de las diferencias cruciales entre la acumulación primitiva capitalista y la acumulación primitiva socialista residía en la eficiencia comparativa entre las regiones en las cuales dominaba el nuevo sistema y aquellas todavía dominadas por el viejo sistema. Los países donde el capitalismo tuvo un temprano comienzo tenían una definida ventaja sobre el resto del mundo en términos de poder económico. El sector socializado de la economía soviética estaba muy atrasado respecto de las industrias de Norte América y Europa Occidental. Preobrazhenski era plenamente con-

* Preobrazhenski no fue el creador de este término que lo hizo famoso. En su primer libro, *Bumazhuye den, gi v epokhu proletarskoi diktatury* (Moscú, 1920), donde él la utilizó por primera vez, dio crédito por esta "excelente expresión" a V. M. Smirnov, un economista soviético bien conocido, quien después estuvo estrechamente asociado con Preobrazhenski en la Oposición de Izquierda.

El Debate Sobre la Industrialización Soviética

ciente de que esa diferencia necesariamente no había de redundar en desventaja para el joven sistema socialista si habían de prevalecer consideraciones puramente económicas. Ciertamente, según él, cada dificultad básica de la economía soviética podía ser mucho menos formidable en un sistema de comercio internacional y préstamos extranjeros que operase sin dificultad. Con respecto a las inversiones directas Preobrazhenski era más bien aprensivo. Temía que las "concesiones", si se permitía que se desarrollasen en gran escala, podían llegar a ser peligrosas para la industria estatal, primariamente porque podían brindar una aguda demostración de la superioridad económica del capitalismo maduro sobre el recién nacido socialismo de un país atrasado. Sin embargo, estaba fuertemente a favor de empréstitos extranjeros, y estaba permitido dejarles cargar una tasa de interés superior a la normal. El peso de semejante pago, argumentaba, sería ciertamente mucho menos que los nuevos valores que podían ser sumados al fondo de la acumulación socialista.

El empréstito a largo plazo es, por un lado, una de las formas mediante la cual el capital extranjero explota la nueva joven economía. Pero, por otra parte, puede acelerar poderosamente el proceso de acumulación socialista. Representa un inmediato incremento discontinuo en el fondo de la acumulación socialista, acelera el proceso de reequipamiento tecnológico de la economía estatal y, consecuentemente, acorta el período durante el cual la industria estatal tiene que permanecer en el grado preescolar del socialismo. Los préstamos extranjeros posibilitan brindar empleo a muchas decenas de miles de trabajadores desocupados que ahora están separados de la producción debido a la falta de elementos materiales de producción en manos del Estado, y de esta forma transforman a los desocupados en participantes de la acumulación socialista...³⁴

La dificultad consistía en el hecho de que esta solución no podía brindar el resultado deseado debido a que el "capital extranjero no está dispuesto a volcarse en gran escala en nuestro sistema económico"³⁵. Por lo tanto, la economía soviética tenía que soportar todo el peso de su propio reequipamiento, y establecer su tasa de acumulación en un nivel correspondiente alto: "si la ley (mundial del valor) hubiera estado operando sin dificultad, semejante acumulación en las condiciones de sobreindustrialización de Europa estaría enteramente desprovista de sentido"³⁶. Esto no significaba que todo el trabajo debía ser hecho por las industrias domésticas de bienes de producción. Preobrazhenski insistía enfáticamente en "la protección, desarrollo y creación de líneas particulares de medios de producción"³⁷, que no sobrevivirían en un libre enfrentamiento con sus competidores foráneos, pero que tenían una real posibilidad de progreso en el futuro. Pero al mismo tiempo, tenía cuidado de no llevar este argumento demasiado lejos. No repetía explícitamente el argumento de Trotsky, de acuerdo al cual, un país cuya estructura industrial (heredada del pasado) le permitía satisfacer mediante su producción doméstica sólo una parte menor de sus requerimientos de capital, no podía intentar alcanzar un mayor grado de autosuficiencia en este campo en el espacio de unos pocos años sin enfrentar graves problemas³⁸. Sin embargo, expresaba la misma idea en una forma más general, cuando subrayaba la necesidad de no pesar las consideraciones sobre la industria naciente contra los beneficios provenientes del "intento de hacer el mejor

uso posible de la división mundial del trabajo, por ejemplo, importar más de aquellas máquinas cuya producción local es menos ventajosa bajo las condiciones económicas existentes"³⁹. Tal política no significa meramente una ganancia en la eficiencia de la expansión sino también, lo que era algo menos obvio, una ganancia en velocidad. La economía soviética tendría que prescindir, a lo sumo, de un monto de consumo corriente igual al volumen del consumo anual de equipos importables, y no al monto del stock total de capital (con todo los elementos subsidiarios) que sería necesario para producir localmente el volumen dado.*

(Continuará en el próximo número)

* Este parece ser, en efecto, el significado del siguiente pasaje: "La industria pesada (no tiene que) esperar que su déficit en los medios de producción sea cubierto por su propia expansión, y que las nuevas plantas sean equipadas con máquinas producidas por ella; esto retardaría grandemente el momento de poner estas plantas en operación y prolongaría la crisis dentro del Departamento I, así como en sus relaciones de intercambio con el Departamento II... (En cambio, ella) elimina el dilema importando el equipo que si lo produjera en el país, distraería la insuficiente acumulación hacia plantas, cuya producción, en vista de la conexión con la economía mundial, podría fácilmente ser pospuesta (VKA, XXII, 1927, págs. 46-47).

NOTAS

12. *Novaya ekonomika* (2ª ed.; Moscú, 1926), pág. 39.
13. *Idem*, pág. 131.
14. *Idem*, pág. 124.
15. "Dentro de un año, no seremos capaces de incrementar la producción de nuestra metalurgia utilizando el equipo de las viejas plantas" ("*Ekonomicheskie zametki*", pt. II, B, marzo 31, 1926), pág. 64.
16. *Ekonomicheskie zametki*, pt. I, P (diciembre 15, 1925).
17. *Idem*.
18. Discurso ante la Academia Comunista, VKA, XVI (1926), pág. 231.
19. *Idem*, pág. 235.
20. "*Khozyaistvennoe ravnošie v sisteme SSSR*", VKA, XXII, 1927.
21. *Idem*, pág. 69.
22. *Novaya ekonomika*, pág. 195.
23. *Idem*, pág. 279.
24. VKA, XXII (1927), pág. 69.
25. *Idem*, pág. 70.
26. *Novaya ekonomika*, pág. 231.
27. *Idem*, pág. 262.
28. *Zakat kapitalizma*, pág. 25.
29. VKA, XXII (1927), pág. 42.
30. *Novaya ekonomika*, pág. 92.
31. Ver A. A. Young, "Increasing Returns and Economic Progress", *Economic Journal*, 38 (diciembre de 1928), reimpresso en el primer volumen de R. V. Clarence Readings in Economic Analysis (Cambridge, Mass., 1950); P. N. Rosenstein-Rodan "Problems of Industrialization of Eastern and Southeastern Europe", *Economic Journal*, 43 (junio-setiembre 1943); R. Nurske, *Problems of Capital Formation in Underdeveloped Countries* (Nueva York, 1953).
32. *Novaya Ekonomika*, pág. 102.
33. *Idem*, págs. 145-146.
34. *Idem*, pág. 150.
35. *Idem*, pág. 323.
36. *Idem*, pág. 327.
37. *Idem*, pág.
38. L. Trotsky, *Towards Socialism or Capitalism?* (London 1926), pág. 89.
39. *Novaya ekonomika*, págs. 183-184.

Nota: El libro de Alexander Erlich *The Soviet Industrialization Debate* se halla en venta en Buenos Aires en Librería Editorial Jorge Alvarez.

Nuestros libros

Dijo LA NACION

CHINA 1964 por Eduardo Galeano

"El autor de esta actualísima radiografía de China Roja, periodista uruguayo de 23 años, demuestra, no obstante su juventud, un notable y hondo sentido de su profesión, que pone al servicio de un objetivo y colorido examen de la realidad de un país clave en el concierto de la geopolítica de estos tiempos."

NAZISMO Y MARXISMO por Adolfo Hitler, Fritz Klein, Stefan Zweig y V. Haya de la Torre.

"Condensan estas cuatro opiniones una serie de conceptos que, por haber sido emitidos en el momento preciso del auge del fascismo alemán, adquieren el significado propio de los testimonios más vívidos, proporcionados por los actores mismos del drama o por espectadores íntimamente compenetrados de sus alcances."

dijo EL MUNDO

PARTIDOS Y PODER EN LA ARGENTINA MODERNA 1930-46
por Alberto Civia

"...lo curioso es que Civia recoge desde un punto de vista liberal, las tesis revisionistas en materia histórica. Se trata de una tentativa de reconciliar las tesis liberales con las revisionistas. El libro contiene también un amplio y documentado capítulo sobre las Fuerzas Armadas."

dijo QUE

PLANIFICACION y DESARROLLO por Oskar Lange

"...el pequeño volumen se lee con extraordinaria facilidad, por la alta calidad didáctica de su texto. Suponemos que no pocos esforzados «izquierdistas» habrán quedado perplejos ante esta exposición sistemática y realista."

dijo MARCHA de Montevideo

POLITICA MILITAR por H. Daalder, Jaques Maitre y J. Meynaud

"He aquí tres inteligentes ensayos, todos ellos vinculados por una preocupación: el papel creciente de los militares en la sociedad contemporánea (la profecía de Spengler cumplida). No es casual que este libro se haya editado en la Argentina."

fichas de actualización profesional

La noción de estructura

Origen

La noción de estructura proviene tanto de las ciencias sociales como de las matemáticas y de la física; Marx la utilizó antes de que Sophus Lie la introdujera en matemáticas en el estudio de los grupos de transformación, y casi al mismo tiempo que el sociólogo Spencer. La gran difusión del término empieza hacia 1930. Corresponde a una preocupación general de los científicos, que se oponen a la inquietud dominante del período anterior. Este era continuista, evolucionista; reflexionaba según el esquema de un devenir continuo; introducía el devenir en la inmovilidad. Estudiaba formas y formaciones. En el curso del siglo XX se afirma una preocupación por lo discontinuo. En lugar de introducir elementos del devenir en lo estable, la cuestión es como resulta posible la estabilidad en el seno del devenir. Se manifiestan otros aspectos, los aspectos "estructurantes" y "estructurados" de lo real. Llevando el análisis de distinta manera y más lejos que antes, la búsqueda de las estructuras alcanza los elementos discretos y estables de las realidades.

Está permitido pensar que estos aspectos, devenir y estabilidad, formación y estructura, entrarán en un conocimiento más profundamente dialectizado del cual el pensamiento de Marx provee el modelo. Está igualmente permitido suponer que una cierta estabilización del mundo alrededor de los años treinta (manteniéndose el capitalismo, erigiéndose el socialismo frente al capitalismo persistente) no ha sido extraña a estas preocupaciones "estructurales" que permitieron y permiten descubrimientos pero conservando una cierta unilateralidad con respecto a un pensamiento dialéctico totalizante.

Concepciones de "estructura"

De los diversos usos corrientes se desprenden tres concepciones:

a) La estructura, es lo *inteligible*, es la esencia en una cosa o en un conjunto de fenómenos. En esta concepción, forma, función y estructura llegan a identificarse completamente, siendo considerados estos términos como casi equivalentes (por ej. la Gestalt-theorie o teoría de la forma).

b) La estructura, es una construcción, a propósito de un objeto o de un conjunto de objetos. El pensamiento extrae de su estudio, un *sistema* de relaciones coherentes, así como las transformaciones que permiten pa-

sar de un sistema a otro y captar sus relaciones. La estructura en esta concepción es la representación formal de un grupo de relaciones construido con vistas a estudiar un conjunto de fenómenos y un problema particular que les concierne. Existe confusión entre *forma* y *estructura*, pero no ya a nivel de realidad sino a nivel de abstracción. La estructura, es el modelo, una representación inconsciente o supraconsciente en lo existente (ver principalmente C. Levy-Strauss, *Anthropologie structurale*).

c) Una última concepción no sitúa la *estructura* ni al nivel de una "realidad" sustancial, ni al de una abstracción construida. La concibe como intermediaria y mediación, y también como constancia relativa en el seno de lo real, como equilibrio inestable entre fuerzas opuestas. Por lo tanto la estructura no se basta a sí misma. Por debajo, hay fuerzas que le sirven de base y la sostienen; por arriba, otras fuerzas, unidades superiores, la mantienen y la controlan. El equilibrio provisorio no se concibe sino por referencia a los otros niveles, a las fuerzas y a los cuadros. Aisladas y tomadas en sí mismas, las consideraciones de equilibrio nos remiten de vuelta a la primera concepción de la estructura.

La noción de estructura en Marx

Observando el pensamiento de Marx en *El Capital* se constata que no excluye ninguna de estas acepciones y concepciones. Marx extrae de las *relaciones de producción* que constituyen la estructura económica de la sociedad, la "base" sobre la cual se edifica una superestructura jurídica y política, y a la cual corresponden las *formas* de conciencia social. La estructura, es aquí la esencia de una sociedad, la sociedad capitalista, definida y determinada por ciertas relaciones de producción. Estructura y forma no se confunden. Las relaciones de propiedad, elaboradas y sistematizadas jurídicamente forman parte de las superestructuras que cumplen ciertas funciones en una sociedad determinada. La conciencia social toma "formas" que dan lugar al estudio de su formación en la historia, de la formación de las ideas e ideologías, de la civilización. La estructura misma *se forma* en el curso de una historia. El conocimiento de la sociedad capitalista implica el de su historia en tanto que "formación económico-social". Su estudio en la actualidad supone una serie de operaciones analíticas y de abstracciones (que captan elementos y que penetran en la totalidad concreta).

Marx, no solamente parte de una abstracción respecto a los actos económicos reales, el valor de cambio, sino que construye una sociedad capitalista abstracta reducida a sus polos y a sus fuerzas esenciales: el proletariado y la burguesía; solamente entonces reintegra

* Basado en Henri Lefebvre: "Critique de la vie quotidienne" II. Fondaments d'une sociologie de la quotidienneté.

todos los aspectos, todos los intermediarios, todos los elementos momentáneamente desechados de la totalidad concreta. *El Capital* construye pues un modelo. La estructura deviene instrumento de análisis y de síntesis dialéctica. En fin, esta síntesis (dejada inconclusa por Marx), después de un largo análisis, pone en evidencia las fuerzas que por dentro minan la sociedad en cuestión, y la conducen a su fin. Estas fuerzas, negativas y positivas a la vez, preparan la desestructuración y la destrucción en el seno mismo de la estructura, en su núcleo, en su corazón. La estructura, pues, no es jamás otra cosa que un equilibrio precario entre fuerzas opuestas, las de la estabilidad momentánea y las de la revolución.

Los tres conceptos de estructura se reencuentran entonces en Marx, pero jerarquizados; el tercero tiene el predominio. El pensamiento marxista distingue (con fuerza aunque con poca claridad) la forma, la estructura, la función, el sistema, la totalidad. (Ver p. ej. la distinción entre formas de la familia y sistema de parentesco, en "*Origen de la familia*" de Engels). Existen estructuras ocultas a las cuales el pensamiento formal llega reconstruyéndolas según esquemas (o modelos).

Estructura y coyuntura

Lo que a primera vista escapa a la estructura puede revelar determinaciones estructurales de extrema importancia en el devenir concreto, a saber las estrategias, las opciones y las elecciones. En resumen, la relación "coyuntura-estructura" es profundamente dialéctica. No sólo la estructura remite a la coyuntura en una implicación recíproca, no sólo debe el conocimiento ponerse tanto en la perspectiva de la estructura (de la estabilidad relativa), como en la perspectiva de la coyuntura (del devenir), sino que la estructura es en un sentido coyuntural y la coyuntura contiene elementos estructurales. Desde el punto de vista de la estructura, la coyuntura se compone de azares y de interferencias. Desde el punto de vista de la coyuntura, la estructura no es sino un éxito momentáneo y vulnerable, ganancia o pérdida en un juego complejo. Cada uno de los términos puede ser considerado a su turno como necesario y como accidental, como creador del acto libre y como impedimento, como fracaso y como probabilidad. En la disolución de una estructura (la deestructuración que comienza con la estructura en su propio seno) aparecen otros elementos estructurales, designados por estos términos: estrategia, opciones, decisiones, informaciones, etc. El *acontecimiento* en todos los niveles, en todas las escalas de la sociedad, no es pues irreductible. Incluso una Revolución se prepara, en tanto que fenómeno total y efervescencia creadora; entra en las estrategias o la trastorna, no surge de lo incondicional. Lo "vívido" y lo global, lo cotidiano y lo total no se separan nunca jamás. Lo que aparece como coyuntural en lo uno puede aparecer como estructural en lo otro; lo que aparece como acontecimiento en lo uno, puede aparecer como estrategia en lo otro. Ejemplo digno de mención: la confusión ya muchas veces señalada entre lo *público* y lo *privado* que caricaturiza su supe-

ración anunciada por Marx en y por la praxis revolucionaria. Esta confusión ha personalizado y "privatizado" el poder y hecho pública la vida privada al mismo tiempo que la "reprivatiza". A nivel de la sociedad global, es esta una situación coyuntural resultante de la interacción de los poderes estatales con los nuevos medios puestos a su disposición por las técnicas modernas. A nivel de lo cotidiano, se trata de una verdadera estructuración. A nivel de la sociedad global, a escala del Estado y de los poderes, es utilizada por las estrategias. A nivel de lo cotidiano, dependen de ella múltiples acontecimientos, y la forma misma de los acontecimientos. Una cierta función social, la de información y de comunicación, se cumple así tomando una forma que no tiene con la función ningún vínculo de necesidad absoluta.

Vuelta a vuelta la coyuntura aparece como presión del devenir (infinito y continuo) sobre la estructura, como virtual rompimiento de ésta, como objeto de determinación rigurosa, proveniente de una lógica (lógica de la decisión, teoría de las estrategias) o de una teoría formal (teoría de la información). A veces la estructura se nos aparece como el elemento sólido y estable, y como la fragilidad siempre puesta en duda, siempre comprometida, resultado precioso y momentáneo del devenir y de la historia. Punto de apoyo de la acción y de la libertad, por lo tanto de una desalienación, la estructura llega a ser alienante desde que se fija; pero desde que queda fijada y representada, es desmantelada ya por el devenir.

La estructura sería entonces el aspecto terminado (determinado, lógico) de un movimiento en el cual la coyuntura sería el aspecto infinito y móvil. La coyuntura se expresa en una estructura, y la estructura significa una coyuntura. Sin embargo, la modificación de la coyuntura trasforma la estructura y hasta la hace estallar. La estructura tiende a mantener y a estabilizar a la coyuntura. De donde surge entre ellas una relación dialéctica en la cual no tiene una primacía absoluta ninguno de los dos términos, sino un tercero: el desarrollo. Los conflictos y trastornos posibles, por ello tienen la mayor importancia. El devenir no surge de una espontaneidad pura de lo que hay de imprevisto. Toma la forma del porvenir, o sea de lo posible y de lo proyectado.

Estructura y sistema

Se ha distinguido cuidadosamente los conceptos (forma, función, estructura) para mejor aprehender las conexiones. Se procederá de la misma forma para distinguir *sistema* y *estructura*. El empleo de la palabra "sistema" es tan vago y oscuro como el del término "estructura". Se tiende a identificarlos, desde que se insiste sobre algunos rasgos de la estructura: la coherencia, la lógica interna, el todo en el cual los elementos se reparten y se mantienen según una ley immanente. El término "sistema" era falsamente claro, porque se lo utilizaba tanto para designar lo "real" como para construcciones conceptuales (los "sistemas jurídicos" por ejemplo, a los "sistemas políticos") y puras abstracciones (los "sistemas filosóficos"). En todos estos casos,

lo que predomina es el carácter de equilibrio, de cohesión interna, pero todavía hay que saber de donde proviene este carácter: de la lógica, de lo real, o de ambos. Si no se contesta a esta pregunta, el concepto permanece equívoco, de donde proviene quizá la ambigüedad de la noción de estructura de la cual uno siempre se pregunta si es construida (modelo) o constada (esencia), o mixta entre estos dos polos.

Se podría quizá reservar la palabra "sistema" (en las ciencias sociales) a las estructuras que producen sus propios elementos con una regularidad periódica, imponiendo así al tiempo social la forma de ciclo. Es esa una forma (entre otras) de coherencia y de temporalidad, caracterizada por un proceso circular: los elementos cambian, sus conexiones duran.

Límites del estructuralismo

El *estructuralismo* actúa privilegiando en forma absoluta a la estructura, en la cual absorbe los otros términos considerados, con las relaciones que ellos designan. A pesar de que lo niega, el estructuralismo substantifica a la estructura, presentándola como esencia y como inteligible, conciliando así tardíamente la ontología aristotélica con un platonismo que no se atreve a decir su nombre. Lo estable deviene a la vez acto y forma, prototipo y modelo de lo real. Se deja así de lado al mismo tiempo una cierta elasticidad o plasticidad de las estructuras, las contradicciones internas y la acción profunda de lo negativo, o sea del tiempo.

Delimitado y limitado, el estructuralismo contiene muchas verdades. Algunas fueron descubiertas por él. Asignándole su lugar y su parte, no se cae en un eclecticismo. Se trata de situar las unilateralidades en una dialectización progresiva de los conceptos. Se acepta limitándola la noción de estructura. El estructuralismo, valorizando exageradamente las estructuras, compromete la noción (en síntesis: "el estructuralismo contra la estructura"). El estructuralismo puro, a pesar de sus esfuerzos, deja escapar la historicidad como la diversidad de las realidades sociales. Encuentra su terreno de elección en los grupos arcaicos y en las supervivencias. Fracasa frente a los diversos procesos en tanto que modalidades históricas de un devenir que rompe los obstáculos. El método puramente estructuralista (si es que estas palabras tienen algún sentido) no puede abordar los problemas del mundo moderno. Tiende, como el empirismo, a excluir el pensamiento dialéctico (aunque no lo logra). Exagerando la importancia de las estabilidades, tiende a rechazar el concepto de alienación (sin exceptuar su forma extrema: la cosificación). Cosifica el acto y la obra, precisamente porque no tiene una noción precisa de la alienación y de la cosificación. La escuela estructuralista da validez a ciertos enojosos resultados de la extrema división del trabajo en la práctica social y en el conocimiento. Los cristaliza y los petrifica, identificándolos después de haberlos separados.

Estructura y modelo

Se conserva el concepto metodológico de modelo precisando sus atributos y propiedades:

a) Pule ciertos rasgos del concepto en general, de la elaboración conceptual o conceptualización. El concepto clásico, resumiendo un haber experimental y práctico, se volcaba demasiado hacia el pasado, y también hacia lo simple. El *modelo*, herramienta más dúctil, explora elementos de lo complejo y de lo aleatorio. Con él, el pensamiento deviene "proposicional" en un sentido nuevo: programático. Sin embargo, si bien el "modelo" puede el concepto, no puede prescindir de él. Supone la elaboración conceptual.

b) El modelo, como el concepto, es una abstracción científica y un nivel de abstracción. Siempre reexaminable, no puede pasar ni como una realidad o entidad inmanente a lo real bajo las apariencias de los fenómenos (tentación ontológica que no evita el estructuralismo), ni como norma o valor (tentación normativa). La metodología de los modelos prohíbe su fetichización.

c) El modelo se construye para confrontarse con la experiencia y la práctica (con la "realidad"). Sirve, aunque sólo fuera para apreciar la separación entre él y los hechos, entre lo abstracto y lo concreto, entre la constatación y lo posible. El modelo sirve: es un instrumento de trabajo en el conocimiento. Sólo el concepto posee la dignidad del conocer.

d) Con respecto a un conjunto de hechos, no puede haber un modelo único. Para mejor captar lo actual y lo posible, se deben construir varios modelos. La confrontación entre ellos tiene tanto interés teórico como la confrontación entre uno de ellos y lo concreto. Así la diversidad y la discusión se revalorizan en el proceso del conocimiento. Ningún modelo se basta a sí mismo y no puede pretender bastarse asimismo deteniendo la investigación. Se sortean así dos obstáculos: ontologismo y criticismo, dogmatismo y empirismo (o relativismo puro).

e) el concepto de *modelo* puede también el de hipótesis. Todo modelo engloba una hipótesis (en el sentido más amplio, teórico o estratégico). Toda hipótesis termina en la construcción de un modelo, paso intermediario entre la invención de la hipótesis y su verificación. El modelo transfiere así sobre sí mismo las cualidades de la hipótesis: verificabilidad, fecundidad. Debe permitir pasar del lujo filosófico a la economía de la filosofía, desprendiendo la hipótesis de la especulación.

f) El modelo, debiendo probar su fecundidad, debe tener un carácter operativo u operacional. Sin embargo, este rasgo no debe ser convertido en fetiche. Las técnicas operativas ligadas a tal modelo deben de ser examinadas con mucha prudencia y desconfianza. La fetichización de este carácter, forma parte de una ideología bien definida: el tecnocratismo. El modelo operacional deviene la propiedad de una burocracia y de una tecnocracia, prácticamente y teóricamente. Por este rodeo, se vuelve hacia el aspecto más inquietante del estructuralismo. La fetichización del concepto de "modelo" se integra a una estrategia, la del grupo social de los tecnócratas.

LA CLASE OBRERA

Clase
Alienada

?

Clase
Predestinada

?

Clase
Conformista

?

Clase
Revolucionaria

?

El proletariado no es revolucionario por esencia ontológica, por estructura absoluta. Es revolucionario en determinadas coyunturas. Conforme a los conceptos de Marx, el proletariado ha demostrado ser una fuerza social y política en escala mundial. La revolución mundial anunciada y prevista está en marcha. Pero contrariamente a los conceptos de Marx, el proletariado no se ha mostrado capaz de interrumpir la historia —o la prehistoria del hombre— y de poner fin a las alienaciones instituyendo la vida nueva. ¿A qué se limita hasta hoy su capacidad social y política? A obtener la industrialización mundial o, dicho de otro modo, a mundializar la industrialización • En torno a esta observación de Henri Lefebvre se ha estructurado el número 3 de FICHAS • Anticipo del sumario: Mito y Realidad del Proletariado, por Henri Lefebvre • La Burocracia Sindical, por C. Wright Mills • Autoritarismo y Democracia en la Clase Obrera, por Alfredo Parera Dennis • Bonapartismo, Conservadorismo y Quietismo en la Clase Obrera Argentina por Gustavo Polit • Proletariado y Revolución Permanente, por Isaac Deutscher • El Obrero Norteamericano: Alineación en la Prosperidad, por Ely Chinoy • Y las secciones permanentes • Aparece en la segunda quincena de setiembre • **Fichas de investigación económica y social.**